31 Horrores

Miranda Soriano

Capítulo 1

1. El Baile de los Esqueletos

Era hora, la hora justa.

Dada la medianoche, el suelo del cementerio comenzó a temblar.

La tierra crujió y se sacudió, las lápidas se resquebrajaron, saliéndose de lugar como si algo las empujara desde abajo. El barro se abultaba en todas partes, inflándose y aplanándose como los pulmones de alguna criatura enorme enterrada en las entrañas del planeta.

Las puertas del cementerio chirriaron y se agitaron, pero permanecieron cerradas. Dentro, el mausoleo se abrió con un estruendo cuando el helado viento de la noche ululó y golpeó y agitó las cercanías; a lo lejos, las copas de los árboles y arbustos más lejanos se mecían de un lado al otro

Se escuchó el bufido de un gato negro que saltó desde una lápida y echó a correr en dirección a la salida. Un búho solitario emprendió el vuelo y se perdió en la oscuridad, surcando el cielo bajo la luna con forma de cuña.

Luego, todo se tranquilizó por varios segundos. Silencio. El viento cantó, y se detuvo.

El suelo se abrió, dejando escapar figuras encorvadas envueltas en harapos y manchadas de tierra, figuras que tenían las cuencas vacías y los huesos expuestos, invadidos por larvas que se retorcían a montones, con los cráneos llenos de insectos y los corazones podridos, secos y resquebrajados.

Cientos de esqueletos se incorporaron lentamente, tambaleándose, recogiendo sus brazos y piernas cuando estas se salían de lugar; sus huesos chasqueaban apenas se movían, creando una cacofonía de agudos repiqueteos y golpecitos secos.

Tic

Zaz

Hic

Clic

Tic

Zaz

Hic

Clic

Una docena de esqueletos salió del mausoleo, haciendo crujir sus cuellos, acomodándose las costillas, arreglándose las corbatas y alisándose los vestidos de seda; se alinearon frente a la entrada, luciendo sonrisas desnudas de piel.

Una tonada profunda resonó desde el corazón del cementerio, elevándose por los boquetes abiertos en la tierra, opacando por completo el sonido del viento.

La canción elevó su volumen. Era lenta, grave, una melodía funeraria que crecía y crecía; se alargaba y regresaba, y las notas sacudían los guijarros sobre el suelo como el lamento de todas las almas que buscaban salvarse del inframundo, cual lloriqueo de mil instrumentos olvidados.

Y entonces un esqueleto aplaudió,

Clack

y saltó, formando una estrella con sus extremidades, y cuando cayó de vuelta al suelo, la sonata cambió sus tiempos y notas compulsivamente, como una sinfónica que tuviera ataques epilépticos.

El resto de los esqueletos también aplaudió,

Clack clack clack clack clack

y saltaron de lugar, lanzando las manos al aire y sacudiendo el resto del cuerpo al ritmo de la canción enloquecida.

Aterrizaron encima de las lápidas sin dejar de sacudirse, moviendo el vientre hacia delante y de regreso, agitando los brazos en el cielo y dando vueltas y vueltas; dando un pasito para adelante y dos para atrás, meciendo las cabezas con el ritmo chirriante de fondo, cayéndose y levantándose para seguir bailando como la muerte les había enseñado.

Los esqueletos giraban y saltaban, agitaban las manos, rodaban por el suelo, daban traspiés y chocaban, se unían, sacudían los huesos y cambiaban de pareja, todos juntos al ritmo de la sonata enloquecida.

Entonces se tomaron de las manos y formaron círculos de todos los tamaños, círculos de esqueletos que rodaban todo el cementerio. Saltaron y comenzaron a girar hacia la izquierda dando saltitos con una pierna, y

luego hacia la derecha con la otra pierna; traqueteando y crujiendo, saltando y saltando, girando sin marearse.

Pop pop pop pop pop pop pop pop pop

Felices de vivir, tan solo vivos en muerte, danzando porque todo comenzaba con el baile de la medianoche, porque la sonada enloquecida subía de volumen y ascendía hacia los pueblos más lejanos, enseñando a otros esqueletos a levantarse y bailar para conquistar el mundo.

Porque así sonaba el apocalipsis.

Los círculos se deshicieron, transformándose entonces en filas de cadáveres que se dirigían a la entrada del cementerio sin dejar de bailar; la verja temblaba conforme el volumen de la canción se elevaba, los barrotes vibraban y un par se salieron de lugar mientras el ejército de esqueletos no paraba de acercarse.

La canción alcanzó una nota aguda sostenida y los barrotes se doblaron y estallaron, rociando una lluvia de metal sobre el asfalto y varios de los cráneos que ya atravesaban la salida.

Los talones de la legión no muerta resonaron contra el asfalto, tomando un solo compás sin dejar de avanzar,

Tap-tap

Clack-clack

Tap-tap

Clack-clack

Agitaban las manos a los lados del cuerpo, flexionaban los codos, se tomaban de las caderas, y volvían a lanzar las manos al aire entretanto la melodía avanzaba con ellos, haciendo temblar los cristales de las casas y disparando las alarmas de los vehículos aparcados en la calle.

El estruendo hacía oscilar las paredes de los hogares, la tierra volvía a agitarse e inflarse.

Tap-tap

Clack-clack

Tap-tap

Clack-clack

Hasta que pudieron llegar a la ciudad.

La canción continuaba, frenética, veloz, sin sentido, y los esqueletos le seguían el ritmo; abrían y cerraban las mandíbulas, aplaudían, taloneaban, chocaban y se empujaban mientras el volumen volvió a alzarse en una nota sostenida como la de un grito agudo.

Las casas y edificios se tambalearon, mientras en las paredes se abrían grietas gigantescas. Los techos se sacudieron y se desplomaron con un estruendo sobre las cabezas de quienes habitaban los edificios; aquellos que lograron salir a la calle antes de que sus hogares les aplastaran, fueron atacados por los esqueletos.

Intentaron escapar, pero los no muertos eran demasiado veloces; los apresaron tomándoles de los hombros, tirándoseles encima, y les hundieron los dientes podridos en brazos y piernas, arrancaron sus ojos de las cuencas y les sacaron las tripas del torso con huesos afilados cual navajas.

Un torrente espeso de sangre pronto cubrió la calzada entera de la calle principal, escapándose de entre los muros destruidos y brotando a chorros de los cuerpos desmembrados. El charco se extendió bajo los pies de los esqueletos, que no habían parado de danzar, y que ahora se alejaban poco a poco de la ciudad aplastada.

Cuando el último corazón humano dejó de palpitar, la tonada volvió a ser profunda y lenta, y los esqueletos siguieron el camino a la siguiente ciudad, saltando, aplaudiendo, balanceándose y sacudiéndose.

Tap-tap

Clack-clack

Tap-tap

Clack-clack

Sin detenerse.

Capítulo 2

2. Onicofagia

A través de los arbustos observó al chico abrir la puerta, cruzar el umbral y cerrar detrás de sí nuevamente con el chasquido del seguro.

Echó un último vistazo a la calle desierta y luego se incorporó con cuidado de no hacer ningún ruido. Se deslizó a través de las sombras, ahí por donde los faroles de la calle no alumbraban, y alcanzó la casa apenas unos segundos después. Pegó la espalda contra uno de sus muros laterales y se agachó para evitar que la luz que de pronto derramó una ventana a su lado la alcanzara a delatar.

Escuchó abrirse la puerta del refrigerador mientras el chico tarareaba, cerró el refrigerador, revolvió algunos platos en el fregadero y terminó por alejarse tras soltar un profundo bostezo.

Annie dejó escapar un suspiro aliviado cuando la luz de la cocina se apagó y los pasos del chico se alejaron por un pasillo hasta perderse escaleras arriba.

Se asomó a través de una ventana que antes había evitado y vio que el primer piso estaba a oscuras; inspeccionó la cocina y se le pintó una sonrisa en el rostro al ver la puerta trasera. Jamás le ponían seguro. Ninguno resistente, por lo menos.

Se escabulló hasta llegar al patio trasero e intentó abrir la puerta, pero ésta no cedió a la primera. Annie no se preocupó. Soltó el pomo y tomó la correa de su bolso para ponérselo delante. Revolvió lentamente el interior lleno de los instrumentos que había elegido con cuidado unas horas antes, y por fin encontró el martillo y el desatornillador.

Colocó la punta plana del desatornillador contra el umbral entre la puerta y su marco de madera y utilizó el martillo para golpear la base del desatornillador con firmeza. Sus brazos se sacudieron, se detuvo para verificar que no había llamado la atención del chico, y luego volvió a golpear.

La puerta se astilló con un sonido seco y Annie no tuvo más que empujar para que esta se abriera. Guardó las herramientas y entró a la casa. Ahí era mucho más cálido que afuera y, con otro vistazo, se dio cuenta de que el lugar era bastante bonito.

Atravesó la pequeña cocina sin hacer ruido, sin chocar con ningún mueble y sin siquiera volver una partícula de polvo de lugar. Desde hacía mucho tiempo que había logrado sentirse cómoda con su gran cuerpo y, en lugar

de intentar adelgazar, se había vuelto tan ágil y rápida que nadie que la viese a primera instancia creería que podía correr trescientos metros sin derramar una gota de sudor.

Alcanzó la estancia, que le gustó todavía más; en el centro de la sala había una televisión de buen tamaño, una mesita y, justo enfrente, un sofá reclinable. Sobre el piso se extendía una alfombra de felpudo suave, y Annie tuvo que reprimir un impulso de quitarse los zapatos y correr sobre la alfombra que tan agradable al tacto debía ser. Volvió la mirada a las escaleras que daban al piso de arriba, diciéndose que ya habría tiempo para hacer esas cosas.

Subió tan silenciosamente como antes. No tardó en ubicar la habitación principal, de la que salían sonidos apagados y que derramaba su luz a través de la rendija inferior de la puerta. Aparte de eso, el pasillo estaba negro como boca de lobo.

Annie volvió a ponerse el bolso delante. Sonrió rápidamente cuando encontró su hacha de carnicero y la tomó. Decidió dejar este último en un rincón para volver después por él.

Se aproximó a la alcoba y la abrió tan pronto estuvo a su alcance, encontrándose de frente con el chico, vestido solamente con sus calzoncillos. Este palideció, se congeló y abrió los ojos como planos. Annie alzó el hacha por encima de su cabeza al tiempo que tomaba por el cuello al chico, quien apenas reaccionó para intentar zafarse; descargó la cuchilla en su frente, cortando un agudo quejido de tajo.

Los brazos del cadáver cayeron a sus costados, sus rodillas perdieron la fuerza y sus ojos rotaron hasta mirar eternamente al cielo, mientras que de su boca abierta bajó una larga gota de saliva. Annie forcejeó para sacar el hacha del cráneo. Al lograrlo, un chorro caliente de sangre le empapó el rostro. Se relamió los labios, satisfecha, y dejó caer el cuerpo.

Se agachó a su lado y sostuvo con firmeza la muñeca izquierda del cadáver contra el piso de madera. Levantó el hacha una vez más y cortó de un golpe limpio la mano izquierda, separándola del cuerpo. Annie se levantó y se volvió a agachar cerca del brazo derecho.

Repitió el proceso tres veces. Tres golpes secos contra la madera, y tres extremidades más arrancadas del cuerpo.

Se metió el hacha en el cinturón y recogió ambos pares de manos y pies para llevarlos escaleras abajo. Salió de la habitación tras apagar la luz. Recogió su bolso al pasar a su lado. Su respiración estaba tranquila y ella se sentía relajada.

Llegó a la cocina, encendió la luz, y depositó con cuidado los miembros cercenados en la pequeña barra al lado del fregadero. Volvió a tomar el hacha y la pasó por el agua para limpiar los restos de sangre y piel que se le habían pegado. Tomó las manos y pies y los remojó largo rato en el agua, frotando con fuerza los dedos que ya empezaban a entumecerse.

Usó jabón y estropajo para cerciorarse que no quedara ni rastro de la suciedad. Talló y talló, y el agua del lavabo pronto quedó tintada de rojo con espuma flotando en la superficie.

Limpió todo hasta quedar satisfecha.

Secó manos y pies con una toalla de cocina que colgaba de un clavo en la pared, y los dejó una vez más sobre la barra para ir a buscar un tazón hondo en alguna de las gavetas que había sobre su cabeza. Encontró uno color rosa, bastante bonito, y lo puso al lado de los trozos de carne y hueso. Cogió el hacha.

Primero y porque eran los más fáciles, cortó los dedos de la mano y los echó al tazón. Luego, los de los pies, astillando una y otra vez la barra, creando nuevos charcos de sangre que se extendían, goteaban al alcanzar el borde y se unían los unos con los otros hasta dejar la barra inundada de rojo.

Veinte dedos.

Dejó el hacha y tomó el tazón con una gran sonrisa. Avanzó dando saltitos hasta llegar a la estancia.

Se quitó los zapatos usando sus propios pies y dio un último salto para aterrizar en la alfombra; tomó impulso para deslizarle sobre esta y luego se tiró en el sofá. Se estremeció de alegría por lo cómodo que era.

Tanteó la mesita hasta encontrar el control remoto de la televisión y la encendió. Cambió de canal distraídamente mientras se acomodaba y dejaba el tazón en su regazo; pasados unos segundos, alargó la mano hacia este, tomó uno de los dedos y se lo llevó a la boca.

Mordisqueó la uña y se comió los trocitos que se desprendían de esta, haciendo fuerza cuando no querían ceder. La sangre volvió a brotar cuando Annie hizo palanca con los dientes y un trozo enorme de uña se partió por la mitad, alcanzando la cutícula. Lo recogió con la lengua para saborearlo y tragárselo.

Terminó con la uña y pasó a morder y chupar la sangre del dedo como si fuese una paleta de dulce. La carne cedió bajo sus molares y un trozo de piel se escurrió por su garganta, y Annie continuó royendo hasta que sus

dientes se toparon con el hueso de la primera falange.

Arrojó el dedo a lo lejos, sin separar los ojos de la televisión pues sabía que aún tenía bocadillos suficientes.

Diecinueve, para ser exactos.

Capítulo 3

3. Hermandad de la Bala

Lucas aplastó la lata de cerveza y dejó que se deslizara entre sus dedos hasta chocar contra el piso. Tragó, llevándose las manos a la entrepierna, con la cara fruncida mientras chocaba las rodillas compulsivamente.

—Es la quinta lata —lloriqueó, con la frente perlada de sudor—. ¿Ya puedo…? ¿Ya puedo ir al baño?

Kevin estalló en carcajadas, bebiéndose un vasito de tequila mientras Jacob, el tercer y último chico en la casa, le reía la gracia y verificaba la hora en su reloj de pulsera. Eran las once veintisiete de la noche. Lucas había aguantado las ganas de ir a orinar por más de una hora y, sí, tras cinco latas enormes de cerveza.

Lo meditó por varios segundos y al final asintió con la cabeza. Lucas saltó de su silla, tirándola a un lado, y salió corriendo al sanitario.

Jacob y Kevin se quedaron en medio de la cocina riendo a carcajadas, empujándose el uno al otro al no poder articular nada con sentido durante los primeros segundos. Luego, Kevin pudo tomar algo de aire.

—Esto está saliendo perfecto —dijo, sobándose el estómago—. Y tú que creías que no funcionaría.

—¿Quién se iba a creer que éramos parte de una fraternidad que tortura a sus postulantes?

—Chicos desesperados por amigos.

Y de nuevo se soltaron a reír cual posesos.

Jacob tomó a Kevin por los hombros e intentó ponerse serio para darle instrucciones.

—Oye, oye —chilló, ahogado en sus risas—, tienes que preparar el arma antes de que regrese, ¡rápido!

Kevin asintió y se puso de pie dando tumbos. Chocó con el borde de la mesa y casi tropezó con sus propios pies una docena de veces antes de llegar al cajón en donde escondía el revólver de calibre .38, de seis balas. Vació las balas en el cajón con un movimiento torpe, sin parar de reír. De los tres, él era por lejos el más ebrio.

—¿Crees que se asuste? —dijo, arrastrando las palabras.

—Espero que se cague en los pantalones —confesó Jacob, y ambos rieron.

Kevin giró el cañón y lo cerró con un movimiento de muñeca. Se acercó a la mesa tan torpemente como se había alejado y depositó el revólver plateado en el centro de esta, atiborrada de latas y botellas vacías de alcohol.

Se sentó al lado de Jacob en el momento justo en que se escuchaba la cadena del váter. Le dieron la bienvenida a Lucas con sonrisas malévolas y renovadas risitas.

Lucas se adentró en la cocina con paso vacilante, mirando a sus superiores por turnos mientras levantaba su silla y la disponía en el lugar de antes. Estaba tiritando y no había dejado de sudar. Se sentó y se obligó a tragar saliva, haciendo sonar su garganta.

—Ya solo queda una prueba, ¿verdad?

—Es correcto —dijo Jacob, asintiendo—. Estás a sólo un paso de formar parte de La Hermandad de la Bala. Hasta ahora todos quienes han intentado formar parte, han fracasado o renunciado…

Kevin escupió su bebida, ahogándose con su propia risa, pues era bien consciente de que Lucas había sido el único tarado que les había creído. Jacob carraspeó, intentando no ser contagiado por sus risitas.

—Lucas —retomó—, espero que tú, contrario al resto, no seas un cobarde.

Lucas negó con la cabeza.

—La última prueba es sencilla —continuó Jacob—. Lo único que tienes que hacer es sobrevivir a una ronda de Ruleta Rusa.

Lucas no se había dado cuenta del revólver hasta que Jacob lo señaló, y palideció de inmediato.

—¿Es en serio?

—¡Que si no! —chilló Kevin—. Claro que es en serio. No es más que una ronda, seis disparos. Dijiste que no eras un cobarde.

—Pero hay una bala en la recámara, ¿no es así? De una forma u otra, uno

de nosotros…

Jacob hizo un gesto con la mano para mandarlo callar, mientras sonreía. Él y Kevin sabían que dentro, en realidad, no había ninguna bala, pero Lucas no tenía por qué enterarse.

—Nadie va a morir —dijo, tomando el revólver y colocando el cañón sobre su sien derecha, mirando a Lucas sin parpadear—, te lo demuestro.

Y jaló el gatillo.

Lucas saltó de su silla, levantando las manos sobre su rostro para cubrirse de la explosión, pero sólo logró escuchar un *click*. Soltó un bufido. Jacob le pasó el arma a Kevin, risueños de nuevo, y los ojos de Lucas saltaron de uno al otro.

—Sí, ¿lo ves? —canturreó Kevin, bebiéndose lo que quedaba de su botella—. ¡No hay nada que temer!

Se colocó el cañón en la mandíbula y disparó. Lucas volvió a saltar, pero no hubo más sonido que el del gatillo golpeando una recámara vacía. Cuando Kevin le tendió el arma, Lucas la tomó con manos temblorosas.

Vaciló, vio con temor los destellos plateados del arma y volvió a alzar la mirada hacia Kevin y Jacob, que asentían y vitoreaban sin dejar de reír. Lucas no dijo nada. Se removió en la silla, que crujió bajo su peso, y dejó el arma sobre la mesa para limpiarse el sudor de las manos.

Asintió, como animándose a sí mismo, y tomó el revólver para dirigirlo a su sien izquierda, pero no pegó el cañón contra su piel, sino que lo dejó suspendido en el aire a varios centímetros de su cráneo. Respiró hondo y cerró los ojos. Se relamió los labios intentando no pensar en nada, ignorando la vocecilla en su cabeza que le decía que aquello estaba mal.

Apretó el gatillo.

Solo escuchó un *click*.

Las risas se volvieron carcajadas cuando Lucas abrió los ojos. Soltó la pistola y se toqueteó la cara, ¡estaba bien! La risa se le contagió poco a poco mientras el sudor frío que le cubría el cuerpo se tornaba caliente.

—¡Eso es! —dijo Jacob—. Te dije que no pasaba nada.

Lucas asintió, inocente.

—¿Ya soy un Hermano?

—Lo que quieras, hombre. Esta cosa no tiene balas, ¡te engañamos!

Jacob se disparó contra la cara nuevamente y el *click* resonó contra las risas de Kevin, consolando al pobre Lucas, que sonreía por primera vez en toda la noche. Kevin tomó el arma y la puso contra su frente mientras sacaba la lengua, y disparó. *Click*. Dio un trago profundo a un vaso rellenado de vodka y su cara se puso roja; al tragar, volvió a estallar en carcajadas.

Lucas tomó la pistola con decisión, haciendo payasadas para hacerlos reír.

—Me engañaron, ¡me engañaron!

—Y fue perfecto.

—Miren esto —gritó, se puso de pie y se metió el cañón a la boca hasta que éste tocó su paladar, sonriendo mientras lo hacía—. ¡Miden! Miden edto.

Jaló el gatillo y el estallido de la bala le arrancó la parte superior de la cabeza en una oleada de sesos, huesos y sangre hirviendo. Su cuerpo se tambaleó y cayó de espaldas sobre los mosaicos moteados de sangre, tirando la silla con un estruendo. Jacob y Kevin quedaron rociados de trozos de piel y dientes. El revólver chocó contra el refrigerador, cayó haciendo una grieta en el suelo, y se quedó quieto.

Jacob se congeló, pero las risas de Kevin continuaron histéricas.

—La recámara, ¿no la vaciaste?

—¡Qué importa! —dijo Kevin, doblándose por el estómago—. Mira cómo quedó. ¡Sí que lo engañamos!

Capítulo 4

4. Llorar es Válido

Respiró hondo, entrelazó las manos frente a su nariz y cerró los ojos para concentrarse en rezar con todas sus fuerzas.

Orar para su salvador era como gritar dentro de su mente, saturando cada pensamiento con las mismas palabras, repitiéndolas sin permitirse pausas, llamando sin parar al Verdadero Creador igual que los cristianos harían para alabar a Jesucristo.

Afuera de su celda se escuchaban pasos, botas chocando contra cemento, golpes a barrotes de metal lejanos, gritos incesantes de otros presos que se burlaban de los gestos malhumorados de los guardias.

Apretó los ojos con mayor fuerza y gritó dentro de su mente aún más alto, callando el exterior. Se frotó las manos, ignorando cualquier sensación que no fuesen las oraciones y su corazón palpitando.

—… e hice sacrificios en Tu nombre, porque Tú eres todos, pero nadie merece ser Tú.

Sintió sudor escurriéndole por la frente y las comisuras de los labios, y percibió una sensación inquietante que hormigueaba en todo su cuerpo, creciendo a cada instante, con cada palabra que gritaba y repetía.

—Tú, que tienes mil vidas y mil ojos para ver todo, júzgame digno de tu presencia; júzgame digno de tu poder y sabiduría —rogó —. Déjame verte. No tengo miedo.

Algo crujió dentro de su habitación, muy cerca de él, como el sonido de una larva gigantesca arrastrándose sobre sus propios líquidos fétidos; igual que huesos grandes partiéndose y carne viva siendo aplastada, carne estallando y transformándose dentro de un solo ser.

—No tengo miedo. Déjame verte.

Escuchó más crujidos acuosos, ojos enormes parpadeando.

—Déjame verte.

Un estruendo recorrió la habitación entera, arrojándolo contra el suelo como si fuese presa de un terremoto. Abrió los ojos mientras intentaba incorporarse, pero se quedó congelado, de rodillas, al ver la parte

posterior de su habitación.

La pared se había transformado en una masa uniforme de tejido viviente rojo y rosado. Había trozos de carne que colgaban del techo, se extendían sobre los muros posteriores y estaban dispuestos sobre el suelo como si intentasen invadir por completo la celda acolchada. Entre los pedazos de piel había venas palpitantes que se hinchaban entretanto cientos de ojos de mil criaturas diferentes se abrían paso por la carne y giraban en todas direcciones.

El sonido que provocaban al moverse, al palpitar, era viscoso, y el aire se impregnó de un olor metálico.

Él se tiró sobre el piso con los brazos extendidos delante de sí.

—Gracias, mi Creador, gracias —dijo. Alzó las manos y las entrelazó por sobre su cabeza, en signo de plegaria continua—. Gracias por escucharme, por permitirme ver su presencia. Ruego con humildad que me permita ser parte de Usted, de Su poder y Su sabiduría; pero, si me considera indigno, dejaré que Usted y solo Usted decida mi destino, sea este cruel, brutal o profundamente doloroso.

La habitación tembló una vez más y los sonidos viscosos incrementaron. La carne se reventó, haciendo que de la misma se asomaran dientes en fila, tan grandes y puntiagudos como estacas. Formaron una sonrisa gigantesca que atravesaba de lado a lado la pared, y la sonrisa pronto se abrió conforme articulaba palabras con voz chillona, vibrante, de tono tan elevado que hacía doler los oídos.

—LEVÁNTATE —ordenó.

Hizo caso, temblando de miedo. Miró a la criatura que estaba delante suyo y tuvo el impulso de retroceder y vomitar, pero se obligó a permanecer quieto, con los brazos a los costados y la vista al frente.

—Gracias, Verdadero Creador, por permitirme verle —dijo.

—ME HAS LLAMADO.

—Sí —admitió—. Asesiné a tres personas, utilicé su piel para crearle a Usted un altar y recé por Su atención durante meses.

—¿POR QUÉ QUIERES SER PARTE DE MÍ?

—Porque sin Usted no valgo nada.

El Verdadero Creador guardó silencio, apretó los dientes y su sonrisa se agrando, agrietando las paredes a sus costados. Afuera, nadie parecía

darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Cuando volvió a abrir la boca, lo hizo hasta que ambas hileras de dientes chocaron con el suelo y el techo, revelando un túnel oscuro que tenía la misma textura que todo lo demás que lo conformaba: carne palpitante, incontables ojos inyectados en sangre, líquido fétido que empapaba todo tejido existente.

—ERES DIGNO.

El chico supo lo que eso significaba, así que avanzó en dirección al túnel, ignorando la peste y los escalofríos que le recorrían el cuerpo. Ya no podía pensar en nada. A lo lejos podía escuchar gritos.

Se aproximó a la garganta del Creador a paso lento, hasta que estuvo completamente dentro. No lo supo de inmediato, pero para cuando se dio cuenta de que había abandonado la Tierra para ya no volver jamás, quiso echar a correr devuelta a la seguridad de su celda.

Con una súbita ráfaga de energía, dio la media vuelta, pero de inmediato chocó con una pared de carne y venas. La salida había desaparecido.

—¿QUÉ SUCEDE? —pidió saber el Verdadero Creador—. ¿NO FUISTE TÚ EL QUE ME LLAMÓ? ¿NO FUISTE TÚ EL QUE PIDIÓ SER PARTE DE MÍ POR TODA LA ETERNIDAD?

Tragó saliva. No supo cómo responder.

Los gritos parecieron acercarse por la manera en que aumentaron su volumen, y el túnel se estremeció con un rugido; las paredes se hundieron y dieron vueltas, como el interior de una oruga masiva que surca las profundidades más oscuras del universo. El chico se llevó las manos a los oídos, que habían comenzado a sangrarle.

—¡Haz que pare! —chilló, cayendo de rodillas—. ¡Por favor, haz que se callen!

La pared detrás de él desapareció, convirtiéndose en un corredor sin fin como el que tenía enfrente, todo lleno de sangre y ojos, palpitando al ritmo de un corazón enorme que no podría llegar a ver nunca.

—¡Silencio! Por favor, ¡que se callen!

—ESTE ES EL CONOCIMIENTO ABSOLUTO: LA MALDAD —dijo el Creador, con un tono incluso más agudo que antes; los tímpanos del chico reventaron, provocándole escuchar un pitido eterno, aunque continuaba oyendo la voz de su Creador y los gritos de otras almas como la suya—. ESTA SERÁ POR SIEMPRE LA INTENSIÓN MÁS PRIMITIVA. ¿QUIERES QUE

TE LA MUESTRE?

—No, ¡ya no quiero! Me arrepiento, me arrepiento. Oh, cómo me arrepiento…

Sobre su cabeza la piel reventó, bañándolo de sangre, y dos ojos enromes con docenas de pupilas cada uno, le miraron fijo; entonces cada ojo reflejó horrores que el chico ya conocía, horrores que sabía de memoria y algunos que jamás habría imaginado: seres peores que el Verdadero Creador, peores que la crueldad humana y más desgarradores que los mil infiernos que el ingenio religioso pudiese ofrecer.

—Por… Por favor —rogó, tiritando, con un nudo en la garganta y sin poder apartar la mirada—. Detente.

—PUEDES LLORAR. TODOS TERMINAN HACIÉNDOLO.

A la mañana siguiente, dentro de la celda del preso en tratamiento psiquiátrico número 73908, no se pudo encontrar nunca un cadáver.

Capítulo 5

5. Aliméntate y Aúlla

La llamaban “La Villa de los Rugidos”.

Decían que la bruja que vivía ahí se había vuelto loca porque le habían roto el corazón, razón por la cual condenaba a todo aquel que se atreviera a entrar en sus dominios, fuese hombre, mujer o niño.

Muchos caballeros, intentando ser héroes, habían entrado en la Villa buscando asesinar a la bruja para liberar de su hechizo a cientos de inocentes, pero ninguno jamás regresaba pues terminaban siendo parte de la legión de sirvientes de la bruja, dejando su vida humana en el pasado.

Se contaba que, antes de ser una bruja, la actual dueña y señora de la Villa de los Rugidos solía ser una joven hechicera con buena mano para las recetas y pociones. Era dulce y humilde, y siempre ayudaba a los más necesitados curando sus aflicciones y enfermedades, por lo que su pueblo la quería infinitamente; solían hacerle obsequios sencillos y regalarle ramos de las flores más hermosas, pues ella no pedía nada a cambio de sus servicios.

Pero un buen día se enamoró.

Y él, por supuesto, no le correspondió.

La hechicera se sumió en una profunda rabia, tanto que llegó a odiarse a sí misma, y se maldijo para ser la chica más fea del mundo. Creía que si un hombre no podía amarla por quien era interna y externamente, entonces haría que todo el que cruzase miradas con ella se arrepintiera el instante.

Escapó de su pueblo y huyó tan lejos como sus pies se lo permitieron.

Se topó entonces con un bosque precioso y ahí mismo, con su magia maldita, se construyó un castillo en la colina más alejada, transformando el bosque que lo rodeaba en un mar de árboles secos y animales muertos. Sobre el castillo se extendía un cielo violeta, adornado con tornados de nubes negras y cuervos que surcaban el aire eternamente helado.

Se confinó en su castillo, pero no pasó mucho tiempo antes de que una docena de sus viejos vecinos, enfermos y moribundos, se presentaran ante sus puertas pidiendo auxilio.

“No quiero morir” decían, “sé que sigues siendo la chica buena de siempre. Por favor, ayúdanos.”

La bruja estuvo a punto de ordenar a sus cuervos que bajaran del cielo para arrancarles los ojos a los visitantes, cuando se le ocurrió una mejor idea. Les dejó entrar y pidió que pasaran al comedor, insistiendo a que esperaran un momento mientras ella hacía los preparativos. Les dijo que los curaría entretanto eran sus invitados en un gran banquete improvisado.

Le creyeron.

La bruja emergió de la cocina apenas un par de minutos después, con un centenar de platillos flotando a sus espaldas. Llevaba también una vasija circular muy grande entre las manos, que contenía un líquido púrpura brillante.

Los platos se colocaron sobre la mesa por sí solos, seduciendo a los invitados rápidamente. Cuando todo estuvo listo, la bruja vació un chorro del líquido púrpura en la bebida de cada invitado.

Se sentó a la cabeza de la mesa y observó atentamente cómo todos comían con apetito. Tras cada bocado, sus semblantes se libraban de dolor, los malestares se disipaban y su salud volvía a sus cuerpos mil veces más fuerte. Bebieron de la poción alegremente, comentando lo delicioso que había estado todo y agradeciendo como jamás lo habían hecho.

Sin embargo, conforme dejaban sus cubiertos sobre los platos y colocaban las copas vacías en la mesa, sus cuerpos se transformaron, volviéndose criaturas de mandíbulas enromes con dientes afilados. Su piel se cubrió de pelo negro, espeso, a la vez que sus manos y pies sangraban para volverse garras bestiales.

Algunos se tiraron al piso sin creer lo que estaba pasando, otros se levantaron entre quejidos, incrédulos, mientras pedían clemencia a la bruja que reía.

Rogar por piedad no funcionó.

Sus ojos se hundieron dentro de sus cráneos, haciéndose pequeños y tornándose amarillos. Sus narices se achataron y sus orejas se desplazaron hacia arriba entretanto su cuerpo seguía creciendo, creciendo y creciendo; la tela que conformaba sus ropas se reventó. Las súplicas se transformaron en ladridos rasposos y aullidos que resonaron contra todas las paredes del castillo.

Corrieron sobre sus cuatro patas hacia todos lados, lanzando bufidos, chocando con las sillas, la mesa y las paredes, sin poder acostumbrarse a su nuevo cuerpo mientras intentaban aferrarse a esa humanidad que ya comenzaba a evaporarse de sus mentes.

La bruja rio hasta que los lobos dejaron de corretear y fueron a sentarse a sus pies. Eran más grandes que cualquier lobo, de pelaje negro como el carbón, cuya maldición los hacía obedecer a la bruja sin rechistar.

Aquella noche una docena de inocentes se volvió parte de su servidumbre.

Los familiares de los ahora lobos intentaron ir a buscarlos, pero terminaron engañados igualmente.

La noticia de la bruja que envenenaba a inocentes corrió por todos los reinos y se transformó en una leyenda que ahora todos conocían como real, pues los aullidos dentro de la Villa nunca se detenían.

Capítulo 6

6. Cosecha de Almas

Se sacudió el barro de la túnica tras haberse incorporado, luego, tomó la pala y le dio unos últimos golpecitos con ella al hoyo recién cubierto.

Al terminar, alzó la mirada para contemplar sus dominios.

Hasta donde se podía ver y en todas direcciones, se extendía la infinidad del camposanto del Inframundo, conformado por nada más que tierra negra y enormes árboles secos y resquebrajados a la distancia. Por sobre su cabeza se alzaba un cielo de intenso color turquesa, cubierto apenas por un manto de neblina que permitía distinguir algunas de las luces en forma de esfera que brotaban de los retoños maduros, allá a lo lejos.

Todas las luces tenían un color e intensidad distintas, pues iban desde el gris más tenue hasta el rosa más brillante; algunas eran tan pequeñas que podrían pasar a través del ojo de una aguja, mientras que otras tenían el tamaño de cien soles unidos. Ciertas luces lanzaban chispas mientras ascendían y se movían dando vueltas y trazando trayectorias inquietas en el cielo, entretanto otras se desplazaban en completo silencio hasta perderse de vista. Algunas se movían unidas, en dúos o tríos, o grupos de diez o veinte, pero había otras que eran solitarias y lograban seguirle el paso a las demás sin problema.

De pronto, a sus pies, un retoño rígido de color carmesí se asomó por entre la tierra, justo sobre el agujero que había cubierto veinte segundos antes, y creció hasta alcanzar la altura de unos veinte centímetros.

Una flor amarillenta nació de la punta del tallo. Sus pétalos crecieron y se abrieron rotando con velocidad, mientras, una luz ascendía desde las raíces, atravesaba el tallo y brotaba del centro de la flor.

Esa alma era de un tono amarillo brillante y, cuando ascendió vacilante hasta el cielo, creció hasta tener el diámetro de una pelotita de tenis.

La esfera iluminó el rostro esquelético de la Muerte, vertiendo luz colorida sobre esa figura humanoide que no tenía ojos sino piel que se hundía sobre cuencas oculares vacías y una grotesca sonrisa formada sólo por colmillos que se extendía hasta los oídos inexistentes, y la Muerte se despidió del alma amarilla hasta que no la pudo sentir más.

Al sacudir las manos se dio cuenta de que estas y sus uñas estaban embadurnadas por completo de un líquido denso y pegajoso, tal como si las hubiese hundido en una cubeta con sangre. Se toqueteó la túnica y dio

con más manchas de la misma consistencia.

Se preguntó cuántas almas habría sepultado ese día.

Sus cálculos se vieron interrumpidos por el estruendo de algo que caía flácido a varios metros de distancia, detrás de sí.

La Muerte no lo escuchó, pero sintió las vibraciones, los cambios en el aire, la agitación de la tierra; sentía todo lo que ocurría allí, incluso si todo eso ocurría a millas de distancia.

Se giró lentamente y la pala cambió entre sus garras hasta transformarse en una afilada guadaña de metro y medio de largo.

El ser que había caído del cielo ahora se incorporaba, tiritando, entre lamentos. Era un humano; hombre, a juzgar por el tamaño de sus bocanadas y el grosor de su torso.

La Muerte lo encaró y de inmediato sintió cómo el hombre movía los labios pidiendo alguna clase de explicación tan solo para gritar horrorizado cuando la Muerte se quitó la capucha de la cabeza.

Su sonrisa permaneció inmutable.

Apenas percibió sus intenciones de echar a correr, la Muerte alzó una mano y le obligó a detenerse sin siquiera tener que tocarlo. Aferró la hoz con ambas manos y la balanceó hacia delante y atrás para asegurar un golpe certero, a una distancia tal que la punta de la hoja apenas rozaba su pecho cuando movía el arma en su dirección.

Atrás y adelante, y una vez más.

Y cortó el aire de un golpe.

Enterró la hoja en el centro de su pecho, destrozándole las costillas y el esternón en el acto. La cuchilla se abrió paso hasta salirle por la espalda. Él escupió un chorro espeso de sangre con bilis y saliva, y esta se deslizó por su barbilla. Sus ojos se abrieron como platos, tornándose rojos.

La Muerte curvó la hoja de la guadaña y el pecho del hombre se abrió en una línea vertical sangrienta que regurgitó un torrente de sangre y órganos.

Acercó la guadaña y, con ello, a su víctima.

Sus dedos se deslizaron por su torso y, al hallar el agujero en su pecho, la Muerte metió la mano dentro, guiándose por los restos de costillas. Encontró el corazón. Latía de forma frenética y no dejó de hacerlo

mientras la Muerte le enterraba las uñas y lo arrancaba del pecho de un tirón.

El hombre cayó al suelo cuando la guadaña desapareció detrás de la Muerte, y comenzó a transformarse en una momia. Sus músculos se disolvieron, la sangre se secó en sus venas, la piel se le pegó a los huesos y los dientes se le cayeron. Su esqueleto se dobló sobre sí mismo, haciéndose más y más pequeño.

El viento lo desbarató, convirtiéndolo en cenizas que se hundieron en la tierra, sin dejar rastro del humano que antes había sido.

La Muerte le dio la espalda y caminó algunos pasos pensando en el lugar óptimo para enterrar el corazón que llevaba consigo.

Se desvió hacia el norte y luego hacia el este, y caminó por varias horas hasta que creyó que la tierra bajo sus pies era la correcta.

Se hincó, dejó la hoz a su lado y el corazón delante de sí. Cavó un agujero del tamaño justo y cuando estuvo listo, tomó el corazón para depositarlo en su tumba. Lo cubrió.

Se sacudió el barro de la túnica tras haberse incorporado, luego, tomó la pala y le dio unos últimos golpecitos con ella al hoyo recién cubierto.

Capítulo 7

7. Te Diré qué es lo que Vive en esa Casa

Tyler colgó la pizarra en la pared y escribió en letras grandes “CASA JULIET”, para que pudiera verse desde la distancia.

En su sótano, dispuestos sobre cojines y colchas en el suelo, estaban sus amigos; Greta, Elisa y Bruno. Todos se conocían desde el jardín de niños y, hace apenas unas semanas, habían entrado a primer año de secundaria. Como cada vez que juntaban algo de tensión y necesitaban divertirse un buen rato, decidieron pasar la noche del viernes en casa de Tyler.

Ya era tarde, cerca de la madrugada. En toda la noche no habían dejado de hacer bromas, comer chatarra y competir de mil formas diferentes. A esas alturas ya estaban tan desvelados y su mente tan alejada de la realidad que su diversión se había tornado extraña y oscura, influenciada sobre todo por el mes favorito de los cuatro: el espantoso octubre.

—A ver, a ver. Cállense —pidió Tyler, dando golpes contra la pizarra. Era una suerte que sus padres estuviesen pasando la noche fuera, o seguro les hubiesen enviado a dormir muchas horas atrás—. ¡Que se callen!

—Shhh, shhhh —chitó Elisa, escupiendo gotas de saliva al par restante que se reía por razones desconocidas—. Hemos de contar lo que vimos, ¿se olvidan? O jamás sabremos qué es lo que habita ese lugar.

—¡Ah! Por supuesto —dijo Greta, controlando al fin su risa. Le dio un zape a Bruno para que hiciera lo mismo.

Tyler suspiró, esperó a que todos le miraran, y señaló las palabras en la pizarra, escritas con tinta negra. Se aclaró la garganta.

—Ya todos conocemos la mansión abandonada —comenzó a decir—, construida más de un siglo atrás por una pareja rica que tuvo una hija loca: Juliet. Ella era una bruja, según dicen.

Los demás asintieron. Tyler continuó.

—Sé que todos hemos visto y oído cosas distintas acerca de lo que embruja la mansión —dijo, y tomó un rotulador rosa—. Pero yo sé en verdad que ahí dentro todavía se encuentra el espíritu de la bruja. Cuando sus padres murieron, ella terminó siendo la única heredera de la fortuna y, tanto hombres como mujeres, intentaron acercársele para sacarle algo

de plata.

Ante esto, Greta giró los ojos, Bruno ladeó la cabeza y Elisa arqueó una ceja.

—Se dice que incluso intentaron envenenarla y contrataron a un asesino a sueldo, pero ella no moría con el veneno y el asesino desapareció sin dejar rastro —dijo Tyler—. A los noventa y nueve años, Juliet murió en la habitación principal, maldiciendo a todos quienes conoció y también a cualquiera que se atreviera a poner un pie dentro de su propiedad. Sin embargo, Juliet solo amaba dos cosas: la magia negra y la ópera. A día de hoy, continúa guardando con recelo sus discos de música en el sótano, y cada año, en la noche de su cumpleaños, los toca para que el mundo sepa que ella sigue allí, siendo dueña de la mansión.

Al terminar, Tyler se giró en redondo y comenzó a hacer garabatos en la pizarra, dibujando a una anciana y un tocadiscos que emitía ondas espeluznantes. Cuando trazó su última línea en la pizarra, miró a los demás, que de inmediato saltaron de sus asientos en desacuerdo para unírsele al frente.

—¡Oh, no! —dijo Bruno, tomando un marcador amarillo—. Estás equivocado, ¡más que equivocado!

—Yo escuché que Juliet se fue de esa casa a los dieciocho años y jamás regresó —dijo Greta, tomando un marcador verde.

—Déjenme continuar a mí —dijo Elisa, escogiendo un marcador azul. Empujó a todos de vuelta a los cojines y tomó el lugar que Tyler ocupaba dos segundos antes—. Yo les diré lo que en realidad vive en esa casa.

Y destapó el marcador, inclinándose hacia delante con aire perverso.

—En esa casa, oh, en esa casa vive algo con lo que jamás querrían toparse: le llaman Entoctu, un ser infernal que anda en cuatro patas y es tan grande como un león —relató Elisa—. De pelaje azul profundo, con púas enormes en la espalda y garras de acero que resuenan eternamente contra las paredes de la mansión. Además, sus ojos son enormes, completamente blancos, y su hocico está repleto de dientes como los de un tiburón, detrás de los cuales hoy dos lenguas largas como serpientes.

Hizo una pausa dramática, haciendo que les corrieran escalofríos a los demás.

—Dicen que se alimenta de la sangre de los gatos, y es él quien les entrega sus siete vidas tras robarles la primera —continuó Elisa—. Es tan ágil que puede caminar por los techos y las paredes, y se dice que cuando habla lo hace con voz profunda y melodiosa, en una lengua que Belcebú le

enseñó milenios atrás.

Mientras hablaba, comenzó a garabatear en la pizarra una criatura parecida a la de su relato. Al acabar, se giró a ver a los demás con una sonrisa orgullosa.

Bruno se incorporó, negando no la cabeza, y apartó a Elisa mientras decía:

—¡Ambos están mal! Me he acercado lo suficiente a esa mansión para saber que dentro no hay fantasmas o criaturas ancestrales, sino evidencias de que allí dentro se oculta un homicida.

Nadie dijo nada, así que Bruno continuó.

—En el patio delantero me topé con agujeros cubiertos hace poco y huesos asomándose de entre el césped. Había cuchillos y hachas y machetes salpicados de sangre seca regados por el suelo, y escuché risas histéricas de alguien que se golpeaba la cabeza muy dentro de la mansión —dijo, girándose para dibujar una cuchilla afilada y una gran sonrisa sin rostro—. Estoy seguro de haber visto cadáveres tras las ventanas. Desde la mansión salía una peste horrible que te hacía vomitar apenas la percibías. Yo apenas pude salir vivo de ahí porque, si me hubiese quedado un segundo más asomándome por la verja, ese demente seguro me hubiera atrapado y justo ahora yo estría seis metros bajo tierra.

Concluyó. Miró al resto, desafiante, y se sentó.

Greta negó con la cabeza, poniéndose de pie lentamente para ocupar por fin el lugar de honor.

—Todos están equivocados —dijo, haciendo tronar sus dedos—. Amigos míos, la casa misma es de lo que debemos estar aterrados.

Los demás intercambiaron miradas.

—La casa Juliet, desde el comienzo, ha sido un portal a un mundo repleto de pesadillas —dijo Greta—. Con cada puerta que se abre, un nuevo ser entra a esta realidad, con cada puerta que se cierra, un humano abandona la Tierra y se pierde para siempre en las entrañas de esa mansión. Nadie que entre ahí podrá salir, porque La Casa Juliet ha sido maldecida y así permanecerá por siempre.

Dibujó con cuidado una imagen detallada de la mansión que todos conocían, justo en medio de los dibujos del resto.

—¿Cómo es eso posible? —dijo Elisa—. Que tantos monstruos compartan

un hogar…

—¡Es de locos! —dijo Bruno.

—Pero es la verdad —se defendió Greta—. ¿Quién dice es imposible?

—Quizá —dijo Tyler—… Quizá Juliet era en verdad una bruja, ¡una bruja poderosa! Y la maldición que dejó caer en la mansión fue tan inmensa que una dimensión de pesadillas oyó su llamado y le concedió a Juliet su deseo, ¡sí, es probable!

—Entonces, si la casa es un portal —dijo Elisa—, ¿Entoctu pudo llegar desde el mismo?

—¡Claro! —terció Bruno—. Y quizás el único hombre que entró y pudo salir de la casa se volvió loco por todo lo que vio, convirtiéndose en un asesino.

Elisa se acercó nuevamente a la pizarra y garabateó figuras malévolas asomándose por las ventanas de la mansión; Tyler se le unió para pintar fantasmas gritando alrededor del jardín; Bruno dibujó una silueta humana escapando de la casa. Greta se abrió paso entre ellos a empujones e hizo rayones a lo largo de la mansión, como truenos y relámpagos saliendo de puertas y ventanas, proyectando su maldad hacia el mundo.

—Y seguro hay espíritus que encienden velas de calabaza en Halloween.

—Y descendientes de brujas que desentierran los huesos de los muertos del patio trasero.

—Y hadas engañosas que devoran niños.

—¡Y fenómenos tan deformes que aquel que los viera terminaría perdiendo la vista!

Todos hablaban al mismo tiempo, mientras sus marcadores se movían a lo largo de toda la pizarra, hasta que su superficie estuvo llena de sus macabras ideas.

Se apartaron lentamente, con los ojos fijos en el dibujo. Hablaron sin darse cuenta.

—Creo que…

—…podemos estar de acuerdo en que…

—…dentro de esa casa…

—…habita todo lo malo.

Jamás se atrevieron a poner un pie dentro.

Capítulo 8

8. Harta de Tí

Los peores años de su vida quedarían siempre marcados por la universidad. ¿Quién decía que eran la mejor época en la vida de cualquier joven? Personas como Leticia, seguramente.

Leticia.

Era su compañera de piso desde hace más de dos años: una chica horrible que gozaba de acosar a otros solo porque era un gramo más esbelta y dos centímetros más alta, justo esa clase de basura humana que se cree que merece todo porque hace que otros deseen ya no tener nada.

Siempre trataba mal a Silvia porque tenía una espinilla nueva, porque sus dientes estaban torcidos, porque no le gustaba el color de su chaqueta, porque era una chica fea y odiosa a la que nunca nadie querría porque era demasiado callada y demasiado torpe.

Hasta entonces, Silvia lo había soportado en silencio. ¿Qué más le quedaba? Seguir insistiendo a los profesores y directivos del instituto no daba resultado, porque creían que todo era un juego de niñas. "Esas cosas pasan" decían, "así aprendes a ser fuerte". "Intenta que no te afecte, solo son palabras" insistían.

Pero claro que dolía, y luego los insultos se volvieron demasiado personales.

"¿Por qué crees que tu madre ya jamás volvió?"

"Si yo fuese tu hámster, también me habría escapado de ti."

"Eres tan buena en la escuela porque, allá afuera, no puedes hacer nada bien."

"El mundo real te va a tragar viva y terminarás besándole las botas a alguien como yo, así que mejor acostúmbrate."

"¿Qué vacío intentas llenar devorando así la cena?"

"Maldita cerda."

"Puta asquerosa."

Cada cosa que Silvia hacía, cada cosa que no hacía, Leticia estaba ahí para reírse de ella; incluso se burlaba de su nombre cuando no

encontraba algo nuevo de lo que quejarse.

Aquel día Silvia decidió hacerse un nuevo corte de cabello, encerrada en el cuarto de baño para prevenir que su compañera entrara a molestarle. Recortó su flequillo con manos temblorosas, pensando en lo mucho que Leticia tendría que decir al verla.

Dio un último corte y se separó del espejo para mirarse con cuidado. Una sonrisita se le formó en los labios. Se veía bien.

Se veía bien, ¿cierto?

Se sobresaltó al escuchar un repiqueteo en la puerta, seguido de inmediato por la voz de Leticia.

—Sal de ahí, tengo una cita importante esta noche.

Silvia cerró los ojos y respiró hondo, intentando contar hasta diez. Leticia golpeó con violencia.

—¡Apresúrate!

—Estoy ocupada.

—¿Qué es lo que haces? ¿Qué tanto puede tardar alguien en ir a cagar?

—No seas vulgar.

—Cierra la boca y abre la puerta —chilló Leticia, girando el pomo asegurado repetidas veces—. ¡Anda! Debo arreglarme.

—Estoy ocupada. Usa el otro baño.

—Ese baño es asqueroso, apesta a tu perfume. No entraré ahí.

Silvia hizo puños con las manos, cuya derecha aferraba aún las tijeras.

—Abre, ¡abre ya! ¿Qué tanto puedes estar haciendo? —dijo Leticia. Su tono se volvió acusador, burlón—. ¿Es que te estás tocando, cerda?

Ya era demasiado.

—¿Te masturbas ahí a solas porque sabes que nadie en su sano juicio se acostaría contigo?

La cabeza de Silvia comenzó a palpitar entretanto la voz de Leticia le

taladraba el cerebro.

—Eres una asquerosa, puta solitaria —chilló.

Silvia se echó a temblar.

—¡Te vas a morir así, como la sucia bestia que eres!

—¡BASTA! —rugió Silvia, descargando los puños sobre el lavabo, que se zafó de la pared y se resquebrajó bajo sus manos—. Cállate ya, ¡cierra la boca!

Se giró en redondo y se precipitó hacia la puerta, la abrió de un tirón y se abalanzó sobre Leticia; ambas cayeron al suelo y rodaron un par de veces hasta que Silvia logró colocarse a horcajadas sobre Leticia, que gritaba y pataleaba intentando soltarse al tiempo que la otra le tomaba por el cabello y azotaba su cráneo contra el piso.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

—Quítame las manos de encima —gritó Leticia, lloriqueando.

El rostro de Silvia estaba completamente enrojecido y había comenzado a llorar por la rabia. Tenía tensas las mandíbulas, mostrando los dientes como un perro de ataque.

Pero Leticia no se callaba.

Chillaba y gritaba y lloraba y rogaba, y seguía llamándola de formas horribles: loca, maldita, completa estúpida.

¡Que se calle, que se calle!

Un grito agudo pidiendo socorro se vio interrumpido cuando Silvia le aprensó la escurridiza lengua entre los dedos.

Los ojos de Leticia se abrieron de manera imposible y comenzó a negar con la cabeza cuando vio que Silvia alzaba unas tijeras y se las metía a ella en la boca para atravesar con su doble filo su lengua. Un torrente de sangre le bañó a ella la cara entretanto soltaba gritos deformes, y pronto comenzó a ahogarse con su sangre; Silvia se manchó ambas manos y sintió cómo Leticia temblaba bajo ella.

Dio otro par de cortes hasta que un tejido largo y pesado se desprendió de la boca de Leticia.

Las tijeras brillaban con tonalidades rojas, sus manos apestaban al cargar

pedazos de lengua, y Leticia se había callado.

Silvia soltó un bufido y se apartó de Leticia, que se estremecía y se toqueteaba la cara son producir otro sonido que sollozos burbujeantes. Segundos después se detuvo. La habitación se llenó de silencio y Silvia se echó a reír sin pensar.

Leticia jamás volvería a decir nada.

Nunca jamás.

Capítulo 9

9. Encerrado con Mis Ancestros

Me adentré en las catacumbas hace cuatro días, y la salida ha desaparecido como por arte de magia.

Las catacumbas familiares son un laberinto abandonado, repleto de ataúdes y estatuas olvidadas por el tiempo. Si uno se queda dentro sin ninguna fuente de luz, es imposible incluso verte la propia nariz.

Nadie baja a las catacumbas si no es acompañado de otra docena de personas preparadas e, incluso así, nadie permanece aquí abajo más que por un par de minutos.

Entrar me había estado prohibido desde que tuve uso de razón. Mis hermanos llegaron a contarme historias acerca de cómo aquí abajo el tiempo se altera y suceden cosas que no tienen explicación, pero jamás me lo tomé en serio. En parte, eso me ha condenado.

Salí de mi hogar tras cumplir los diecisiete y me olvidé de todo con respecto a la catacumba hasta hace unos días, cuando mi padre murió.

Tras el funeral, algo me hizo adentrarme en las catacumbas donde habían depositado el ataúd de mi padre, después de que todos se hubieran ido.

Bajé hasta este mundo de ultratumba con linterna en mano, poniendo todo de mi parte para no acobardarme, hasta que las cosas empezaron a ponerse mal.

Comencé a escuchar susurros, pasos siguiéndome, lamentos lejanos, huesos repiqueteando, ataúdes sacudiéndose, estatuas cambiando de lugar, y luego un grito lejano que me envió de vuelta por donde vine. Sentí que mi sangre se helaba cuando no pude encontrar las escaleras que llevaban a la luz del día.

Creí que había dado un giro equivocado, pero cuando intenté comprobar que había seguido el camino correcto con las marcas que había dejado en las paredes, me percaté de que incluso estas habían desaparecido.

Volví a los pasillos del laberinto para buscar alguna otra salida, sin embargo, este parecía crecer a cada paso que daba y parecía estar deformándose para confundirme. Lo que sea que estaba jugando con mi mente se divertía más tras cada segundo, arrancándome la cordura y devorándose mi tranquilidad.

Caminé hasta que mis piernas dolieron, así que descansé. Apagué mi linterna para no gastar baterías, pero, cuando intenté encenderla de nuevo, ya no funcionó. Tuve que abandonarla.

Ahora estoy completamente solo, encerrado en un lugar lleno de cuerpos y cenizas que esperan a que me les una; escucho pasos y susurros donde no hay nada, y siento mil miradas sobre la espalda cuando todo lo que hay a mi alrededor son paredes e infinita oscuridad.

Cuanto los días tras despertar de siestas que duran demasiado. De todas formas, por más que descanse, siento que jamás logro recuperar el aliento.

—¡Holaaaaa!

No hubo respuesta.

Decidí seguir pegado a la derecha después de tantear las paredes, como hice desde que descubrí que me encontraba perdido acá dentro.

Comencé a llorar sin darme cuenta.

—¿Alguien me escucha?

Algo se arrastró detrás de mí, pero no me giré. Algo goteó del techo y cayó sobre mis mejillas y cuello, pero no hice ni ademán de limpiarme.

—Por favor, por favor.

Estoy perdido.

—¡¿HOLA?!

Tropecé con mis propios pies y caí al suelo, sintiendo que mi garganta ardía y mi estómago se doblaba sobre sí mismo.

Cómo duele.

Qué hambre tengo, qué cansado estoy. Por Dios, ¿qué hice para merecer esto? ¿Quién me ha maldecido? ¿A qué ancestro he hecho enfurecer?

Negué con la cabeza y relamí mis labios resecos.

—Lo… Lo siento —dije, sollozando—. Lo que sea que haya hecho, lo lamento… Pero, por favor… Tienen que dejarme ir.

No hubo respuesta, pero minutos después algo allá a lo lejos se desplomó contra el suelo, creando un estruendo que resonó en la profundidad de las

catacumbas. Algo se incorporó dentro de la oscuridad.

Estoy tan cansado, tan perdido…

—¡Taylor!

Alcé la cabeza.

—Taylor, muchacho, ¿por qué lloras de esa manera? —gritó una voz, sonaba lejana, pero se acercaba a paso veloz, con el repiqueteo de unas buenas botas—. Tranquilo. Ya estás a salvo.

Oh, no.

Me incorporé y hui de la voz, sin poder controlar el llanto, cuyas lágrimas eran calientes como sangre.

Oh, Dios, no.

—¿A dónde crees que vas?

Y el correteo de tacones se acercó, persiguiéndome, gritando advertencias que ya había oído antes un millón de veces:

—¡No te alejes cuando tu padre te llama!

Capítulo 10

10. Eres el Rostro sin Nombre

Existen personas que ya han experimentado cualquier tipo de maravillosa emoción, han tenido tanto que dejan de sentir cualquier cosa pasado algún tiempo, pues han creado resistencia a aquello increíble, y allí es cuando nace la necesidad de hacer cosas horribles que vuelvan a inyectarte algo de la emoción que uno necesita para seguir viviendo.

Invocar al Rostro sin Nombre te permite gozar de una nueva aventura sin reprimendas ni compromisos.

Has de hacerlo durante un día nebuloso, con neblina tan espesa que no permita ver nada más allá de un par de metros, una neblina que cubra por completo el panorama, el azul del cielo y los rayos de sol. Debes estar completamente solo en casa y no debe haber nadie cerca, por un par de kilómetros de distancia. Las granjas son los lugares ideales.

Haz silencio absoluto en tu hogar; apaga la radio, desconecta los aparatos eléctricos, asegura las puertas y ventanas en su lugar, y luego enciende en cada habitación varias velas de tal forma que la casa reluzca entre la neblina.

Deja que las llamaradas anaranjadas se escapen a través de las ventanas. Para esto puedes utilizar docenas de velas en cada cuarto y no te preocupes, no habrá incendio alguno mientras estés consciente de a quién le dedicas este ritual.

Cuando las velas estén preparadas, sal de la casa y ve al pórtico, sin abandonar tu propiedad.

Permanece de pie, con la mirada fija en la neblina, por varios minutos. Olvídate de todos tus demás sentidos por un rato y oblígate a permanecer inmóvil aun si el cuerpo entero comienza a dolerte y tu mente divaga presa del aburrimiento.

Quédate quieto. Muy, muy quieto.

Tras un tiempo sentirás que el ambiente cambia: puede que la temperatura baje drásticamente, puede que unas náuseas abominables te invadan, puede que sientas que comienzas a flotar separándote del suelo o, llanamente, puede que solo sientas que algo anda mal. Puede que ni siquiera llegues a definirlo, pero lo sentirás.

Entonces, debes comenzar a silbar como si llamaras a alguien; chasquea la lengua y golpéate las rodillas. Pide que se acerque con voz tranquila y

decidida a pesar de que sientas que estás por ver a la muerte a los ojos.

Pero no digas ningún nombre ni trates de inventarte alguno. Si quieres, puedes llamar su atención con apodos, diciéndole algo como: “Vamos, chico, acércate”.

O tan solo di: “Ven”.

Hazlo hasta que escuches un repiqueteo de casquillos acercándose a ti con paso torpe, como si quien se acerca estuviese bailando, y luego insiste a que continúe aproximándose con voz más animada, alegre de por fin oírle.

Parecerá que tarda en acercarse mucho más tiempo del necesario, pero, eventualmente, llegará hasta tu campo visual como una gran mancha negra tambaleándose entre la niebla.

Deja de llamarlo cuando escuches que te saluda.

Su voz es extraña, como salida de un sueño, a la vez que juguetona y risueña, pero temblorosa y también apresurada.

Dirá hola repetidas veces, cual cascabel de serpiente, y danzará mientras su sombra crece y va tomando forma y nitidez.

Aparecerá ante ti un caballo con el cuello torcido en espiral y cuyo rostro es el de un hombre maduro, sonriente, sin párpados ni cejas. El caballo seguirá bailando de un lado al otro incluso cuando ya no pueda acercarse más a ti.

Se postrará muy cerca de ti, como si quisiese plantarte un beso en la frente o arrancarte los ojos con los dientes.

Dicen que apesta a azufre y tabaco, y que tiene una mirada enloquecida que te obligará a retroceder y apartar la vista constantemente, porque, si lo miras por mucho tiempo, no podrás salir nunca del trance.

Continuará diciendo “hola” hasta que te mire a los ojos. Luego soltará un suspiro y dirá un último “hola” seguido de tu nombre.

Salúdalo y espera a que te pregunte si deseas algo de él. Dile que sí.

Te preguntará si quieres tomar su papel por una noche. Dile que sí.

Asegurará que no es algo para los débiles. Dile que eres fuerte.

Y luego, sin separar los labios, te preguntará si quieres bailar. Por última

vez, responde que sí.

Su sonrisa se agrandará y retrocederá unos pasos sin dejar de danzar. Ahora puedes abandonar tu hogar y bailar con él, como prometiste. Bailarán hasta que llegue la noche, siguiendo cada uno sus propios ritmos entretanto escuchan canciones inexistentes. Haz gala de tus mejores pasos para deleitar a la criatura a la que has invocado, ¡sin miedo!

Apenas caiga la noche tú y él intercambiarán cuerpos, cual si sus almas cambiaran de recipiente, y podrás pasar doce horas atormentando a inocentes y devorándote sus almas como si no hubiese un mañana; mientras, él visitará el mundo con tu cuerpo, practicando maldades en tu nombre.

Despertarás sin poder recordar mucho de lo que hiciste, pero te sentirás satisfecho, con la única maldición de que, de ahora en adelante, nadie podrá reconocerte.

Capítulo 11

11. Mía por Derecho

—Un poco más a la derecha. ¡Sí, justo ahí! ¡Perfecto!

Cristian retrocedió dos largos pasos, sin separar la mirada de la figura que colgaba del techo de la capilla, y sonrió satisfecho.

Se ajustó la chaqueta y echó un vistazo a su alrededor, en donde varias docenas de trabajadores hacían decoraciones, movían bancas, arreglaban flores, limpiaban alfombras, colocaban cubiertos sobre mesas, chequeaban listas de invitados, verificaban los aperitivos, y daban los últimos toques a su vestuario y al de su prometida para esa misma noche; esa gran, gran noche.

Un escalofrío de emoción le recorrió el cuerpo entero. ¡Y pensar que apenas una semana antes creía que su vida se había arruinado! Para impedirlo, esa ceremonia se llevaría a cabo en unas horas, costara lo que costara e incomodara a quien incomodara, sin importar nada.

—¡Cristian!

Una voz resonó a lo largo de la capilla, interrumpiendo sus pensamientos. Al girarse, Cristian vio a su antiguo amigo James, que justo se le acercaba a toda prisa con el aliento pesado y la frente perlada de sudor mientras gritaba:

—¡Oye! No te atrevas a darme la espalda ahora.

Varios de los trabajadores dejaron sus tareas para mirar la escena que comenzaba a desatarse.

—No quiero hablar contigo —declaró Cristian. Miró a uno de los ayudantes del maestro de ceremonias y le gritó—: ¡Tú! Ve y busca a alguien de seguridad. Quiero que saquen a este hombre de aquí de inmediato.

El chico asintió y salió corriendo fuera de la capilla, justo en el momento en que James tomaba a Cristian por los hombros para encararlo.

—¿En qué diablos estás pensando? —dijo, histérico—. ¿Cómo te atreves a continuar con esta locura? Tienes que detenerte ya mismo.

—¿Quién te dejó entrar? —replicó Cristian—. Creí que te había quedado claro que no quería volver a verte en mi vida.

—No sé cómo es que te has salido con la tuya, pero, si no detienes todo esto ahora mismo, encontraré la forma de sabotear la ceremonia entera —dijo James rápidamente—, y te meteré a ti y a toda tu demente familia en el manicomio.

Murmullos se extendieron a lo largo de la capilla, murmullos de indignación e incredulidad, y Cristian se zafó bruscamente de James, empujándolo varios metros lejos de sí.

—¿Cómo te atreves? —gritó Cristian—. ¿Quién te da el derecho de decidir a quién puedo amar y a quién no?

Todos salvo James vitorearon de acuerdo con Cristian. James miró a su alrededor confundido y preocupado, y tragó saliva con fuerza, sintiéndose cada vez más impotente.

—Eres un cretino —logró articular—. Sabes perfectamente que no haces esto por amor.

—Me tienes harto —dijo Cristian, alzando una mano e ignorándolo—. ¡Seguridad! ¿Dónde está seguridad? Que alguien saque a este hombre de aquí, por favor.

El ayudante del maestro de ceremonias de pronto se apareció en la entrada de la capilla con dos hombretones a sus espaldas y comenzó a señalar en dirección a James, que no entendía cómo aquello podía estar sucediendo. Negó con la cabeza y se precipitó hacia él al tiempo que los hombres de seguridad echaban a correr hacia ambos.

—Estás loco, Cristian —le gritó a la cara, aferrándolo por la camiseta—. ¡No puedes hacer esto!

Cuando lo retuvieron, todos comenzaron a aplaudir, aliviados de que se llevaran al aguafiestas.

—Puedo y lo haré —dijo Cristian.

Los hombres de seguridad tomaron a James por los hombros mientras este se removía e intentaba hacerse escuchar por sobre los aplausos y gritos de alegría que habían crecido hasta inundar el edificio entero.

—Lo haré, y no me importa nada más —dijo Cristian, alzando la mano en la cual conservaba su sortija de compromiso. La multitud le aclamaba como a algún justiciero del amor—. Le amo, y no me importa nada pues ella es mía por derecho.

Los aplausos se tornaron ensordecedores y la seguridad arrastró a James hacia la salida en tanto este perdía las fuerzas poco a poco, mirando a

cada uno de los presentes sin entender cómo podían estar de acuerdo con la boda. ¿Es que todos se habían vuelto locos?

Sus ojos se deslizaron hasta el altar donde colgaba el cuerpo inerte de Cathy, sujeto por arneses y firmes cables de acero que bajaban desde el techo y se unían a cada una de sus extremidades por medio de tornillos y clavos que le atravesaban la piel grisácea hasta unirse al hueso.

Cada cable estaba conectado a ella como los hilos que usa un titiritero para manipular a su marioneta.

Justo ahora, Cathy tenía los brazos alzados a ambos lados entretanto sus piernas flotaban en el aire con el solo objetivo de que, algunas horas más tarde, alguien pudiera enfundarla en su elegante vestido de novia.

James sintió que un torrente de bilis le subía por la garganta y los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Todos… Todos se irán al infierno, malditos locos.

Los aplausos continuaron cuando lo llevaron lejos, y reaparecieron en la ceremonia.

Las estilistas recogieron el cabello de Cathy y lo arreglaron con cientos de florecitas que hacían juego con su vestido, largo y encantador, y le habían clavado un ramo de flores en las manos. Cristian, por su parte, hizo lo propio para lucir lo mejor posible en su noche de bodas. Apenas podía contener su emoción mientras deseaba a que el momento del beso llegara.

El trato estaría sellado tan pronto uniera sus labios con los de Cathy pues entonces todo lo que era de ella, sería suyo, y viviría como siempre lo había deseado, sin estar atado a nadie más que aun cadáver putrefacto.

Y cuando le hicieron la pregunta, Cristian aceptó; y cuando le preguntaron lo mismo a Cathy, su cabeza se movió en una afirmativa impulsada por uno de los cables atornillados a la base de su cuello, con los ojos muertos fijos en la nada.

El público estalló en alabanzas y gritos de júbilo cuando Cristian se acercó y besó el cadáver que colgaba del techo; besó a la chica que había muerto una semana atrás en un accidente automovilístico y que había jurado que Cristian lo tendría todo tan pronto ellos dos estuviesen casados.

Lo único que él tuvo que hacer fue una revolución amorosa que alterara a varios cientos, y entonces su matrimonio con un cadáver no se vio tan disparatado. Poniendo excusas y adornando palabras, nada puede ser

imposible.

Cuando la besó, se sintió bien.

¿Quién diría que los labios de un cadáver sabrían a un millón de dólares?

Capítulo 12

12. Sonrisa Naranja

Se bebió el contenido pegajoso de un tubito de plástico y arrojó la envoltura al bote de basura dispuesto a su lado. Alargó la mano y hurgó en su bolsa de caramelos. Tomó un chocolate con forma de cráneo caricaturesco, le quitó la envoltura y lo devoró en un parpadeo.

¡Cómo amaba Halloween!

Los disfraces, los sustos, las decoraciones, los dulces, las bromas, el clima, las fiestas, los trucos, el terror, la manera en que la noche parecía jamás llegar a su fin. ¡Lo adoraba todo!

Había salido a pedir dulces con sus amigos unas tres horas antes, a eso de las siete de la tarde, mientras sus padres salieron a una fiesta, llevándose también a su hermanito con ellos. Cuando Stevie llegó a casa tras haber recorrido varias manzanas disfrazado del Hombre Polilla, se dio cuenta de que sus padres seguían fuera, lo que significaba paz absoluta.

Se sentó a la mesa del comedor a comer sus caramelos, sin nadie que le advirtiera acerca de las caries o por problemas de peso.

Eructó y sintió el sabor de todos los dulces que se había zampado. Se sobó la panza levemente inflada y sonrió.

—Ah, qué delicia —dijo, besándose las puntas de los dedos—. ¡Muah! Fue una cena espectacular, ¡un manjar digno de los dioses!

Se puso de pie, aun dándose palmaditas en el estómago mientras hablaba.

—Pero no puedo comer nada más.

Tomó la bolsa de dulces y la dejó sobre la barra de la cocina, para luego sacar todos los dulces y meterlos en un recipiente con tapadera hermética. Su plan era guardar algunos caramelos para mañana, y para el día siguiente a ese; y obsequiarle algunas paletas de fresa a su hermanito tampoco sonaba mal.

Mientras acomodaba los dulces para que todos entrasen sin problemas en el envase, echó un vistazo al reloj que colgaba de una de las paredes de la cocina; por la hora, seguro estaban pasando las mejores películas de terror en la televisión, esas que ya no tienen censura. ¡Perfecto!

Dejó el recipiente en un estante y se dirigió a la puerta de la cocina, que daba al recibidor de la casa. Tras atravesar este había un corto pasillo que finalmente desembocaba en el living.

Stevie salió de la cocina y apagó las luces, pero, apenas iba a dar un paso en dirección al living, se detuvo en seco.

El resto de la casa estaba completamente a oscuras, así que las únicas luces que se veían eran aquellas que entraban por las ventanas, procedentes de los faros en las calles. Tal oscuridad le permitió ver unos ojos en forma de triángulos y una sonrisa de dientes puntiagudos debajo de estos, reposando sobre el respaldo de uno de los sofás del living, brillando con un resplandor anaranjado.

Stevie miró a la calabaza con el ceño fruncido.

Se giró para ver la puerta principal y comprobó que el seguro estaba echado.

Volvió a mirar a la calabaza, sin moverse de lugar, pero ahora con una sonrisa tímida sobre los labios.

—¿Has estado ahí toda la noche? No te vi al entrar, amigo.

Se acercó unos pasos, pero volvió a detenerse y se llevó una mano a la barbilla. Miró a la puerta una vez más y, tras analizarlo un par de segundos, quitó el seguro y la abrió.

—Creo que debo dejarte afuera. Por seguridad, ya sabes —dijo, como si la calabaza pudiese entender—. No puedo dejar que la casa se incendie.

Giró sobre sus talones, pero, cuando miró hacia el living, la calabaza había desaparecido.

Stevie echó a correr hacia la estancia, temiendo que la calabaza se hubiera caído y la vela dentro estuviera a punto de quemar el sofá. Al asomarse a través del respaldo, no vio nada.

—¿Dónde…?

La puerta se cerró con un golpazo que lo hizo saltar, y se giró en esa dirección.

La calabaza estaba en el piso, a metro y medio de la puerta que ahora volvía a tener el seguro. Su sonrisa brillaba con fuerza.

Stevie tragó saliva, apretó y aflojó los puños, y se acercó con cuidado a la calabaza, sin apartarle la mirada de encima. Se detuvo en el umbral del

living y miró hacia el pasillo y las escaleras, pero ahí tampoco había nadie. La calabaza le devolvía la mirada, inmutable.

—¿Papá? —chilló Stevie—. Si esta es otra de tus bromas…

Silencio.

Allá afuera, a lo lejos, podía oír a chicos andando por las calles y la música de una de esas bandas de horror punk que tanto gustaban a su vecina gótica. Stevie respiró hondo y se agachó para recoger la calabaza. Cuando la tocó se sorprendió al sentir que estaba helada.

La colocó debajo de su brazo y, con la mano libre, abrió la puerta una vez más, un tanto molesto porque se percató que estaba temblando. Salió, bajó los escalones hasta la calle y dejó la calabaza sobre uno de estos; luego echó a correr de vuelta a la seguridad de su hogar. Dio un portazo, echó el seguro y se quedó pegado a la madera de la puerta por unos segundos hasta que pudo recuperar el aliento.

Se separó lentamente de la puerta y regresó a la cocina por una silla, que utilizó para colocarla contra la entrada principal de tal manera que detuviera a cualquier intruso. Si llegaban sus padres, podían llamarlo o utilizar la puerta trasera, daba igual, Stevie no quería arriesgarse, por tonto que fuera estar asustado de una calabaza.

—Ya no necesito ver ninguna película de terror —se susurró, pasándose una mano por el cabello—. Santo cielo…

Subió hasta su habitación y encendió las luces. Del techo colgaban figuras de origami en forma de murciélagos y en las paredes había posters de muchas películas clásicas de horror: desde *Pesadilla en la Calle Elm* hasta *Jigsaw*, y en la cabecera de su cama se alzaba un cuadro pintado a mano de *Hellraiser*. En ese momento Stevie no prestó atención a nada de ello pues fue directo al sanitario para quitarse el disfraz y lavarse el maquillaje de la cara.

La habitación de su vecina gótica quedaba justo al lado de la suya, por lo que podía oír con toda claridad el concierto que se desarrollaba en aquel cuarto forrado de negro con adornos de cruces invertidas en las paredes. Stevie reconoció el riff principal de *Halloween in Heaven* de *Type O Negative* mientras se lavaba los dientes.

Salió del baño enfundado en su pijama favorita. Ya se había relajado por completo con respecto al incidente de la calabaza, concluyendo que había sido una tontería trabar la puerta con una silla.

Se dio un golpecito en la frente y se encaminó escaleras abajo, pero, apenas vio la puerta, se dio cuenta de que ésta estaba abierta. La silla

estaba tumbada en medio del pasillo y la misma calabaza de antes estaba postrada en uno de los escalones que daban al segundo piso, subiendo para encontrarse con él.

Stevie gritó y echó a correr de vuelta a su habitación. Resbaló a medio camino y miró sobre su hombro. La calabaza estaba ya en el segundo piso, mirándole sin dejar de sonreír; su brillo era casi cegador.

—¡Ayuda! —gritó, poniéndose de pie—. Por favor. ¡Betty! Betty, ¡sé que estás ahí!

Se encerró en su habitación y se dirigió a la ventana, llamando a su vecina, pero no logró hacerse escuchar por encima de los bajos de la canción.

—Betty, ayúdame —gritó a todo pulmón. Se agachó a recoger uno de sus zapatos y lo arrojó a la ventana de ella—. ¡Betty, llama a mis padres! Hay… Hay algo…

Algo comenzó a golpear la puerta de su alcoba con fuerza.

La madera se sacudió y rechinó, y de pronto el pomo comenzó a girar hacia todos lados.

—¡Betty!

La puerta se zafó de sus tornillos y cayó al piso con un estruendo al tiempo que la canción terminaba y daba paso a otra.

Stevie se giró en redondo. La calabaza estaba ahí, brillando, sonriéndole, y los gritos del pequeño no pudieron escucharse por encima de *The Misfits* , que cantaban sin pena *In the Doorway*.

"In the doorway, shining so bright…"

En el umbral, brillando tan radiante, había una sonrisa naranja salpicada de sangre.

Capítulo 13

13. El Mejor Enterrador del Mundo

La noche estaba tranquila, no había vientos fuertes ni tráfico, y Judas tenía el presentimiento de que nadie se pasaría por el cementerio hasta el amanecer.

Tras quitar las hojas secas de las lápidas y acomodarlas en un montoncito bajo un árbol, dejó sus herramientas a un lado y se sentó en el suelo, cerca de su lámpara de aceite, que reflejaba flamas amarillentas sobre su rostro.

Se dispuso a recostarse contra una de las lápidas cuando una mancha blancuzca comenzó a materializarse a varios metros de él, envuelta en una estela de brillos helados. La mancha tembló bajo la mirada de Judas, se elevó y volvió al suelo, y entonces tomó la forma de una esfera de luz del tamaño de un balón de soccer.

—¿Qué hay, Priscila? —dijo Judas, mientras la esfera se le acercaba flotando en el aire—. No te veía hace mucho.

—Quería… pasar… a… saludarte… —dijo, con voz de ultratumba—. Hoy… es… tu… aniversario… como… enterrador… de… este… cementerio.

—No puede ser, ¿es hoy? —suspiró, sonriendo—. El tiempo vuela. Doce años pasan en un parpadeo.

—Dímelo… a… mí. Llevo… treinta… y… siete… años… muerta.

Judas se rio.

—Me… agrada… tenerte… aquí —dijo Priscila.

—¿En verdad?

—Contigo… los… espíritus… se…sienten… a… salvo.

—Me alegro. Yo me siento como en casa en este lugar.

—Todos… confían… en… ti. Esperan… que… no… te… vayas… nunca.

—¿Todos? —arqueó una ceja, risueño—. ¿Incluso tú, mi dulce Priscila?

—No… te… hagas… el… gracioso.

Judas volvió a reír.

—Estoy jugando —dijo—. En verdad me alegro al poder ayudarlos. Adoro este trabajo.

—Y… ¿qué… harás… cuando… ya… no… puedas… seguir…?

—¿A qué te refieres?

—Es… que… ya… estás… viejo.

—Golpe bajo.

—Cuando… mueras… nadie… cuidará… de… nosotros… de… la… misma… manera… en… que… tú… lo… haces.

—¿En verdad lo crees?

Priscila ascendió y descendió, como si asintiera con el cuerpo entero.

—Entonces debería hacer algo al respecto —dijo Judas, rascándose la barbilla—. Algo como… Como buscar un discípulo que aprenda todo lo que sé acerca de este cementerio.

—Un… discípulo… que… no… le… tenga… miedo… a… nada.

—¡Exacto! Alguien que no le tema a los fantasmas —dijo Judas—, y que mantenga el secreto de lo que ocurre en este lugar; que prometa no decirle a nadie que este cementerio engendra fantasmas de aquellos que son enterrados en su tierra.

—Es… buena… idea.

—Y, cuando muera, haré que me entierren aquí para seguir vigilando que mi discípulo cumpla con su deber y guarde la promesa.

—Eres… muy… dulce.

—Lo sé.

—Ya… lo… arruinaste.

Judas echó a reír. Se puso de pie y recogió su lámpara y herramientas.

—Pero basta de charlas, tengo cosas que hacer.

—Espera… un… momento —dijo Priscila, y ascendió hasta toparse con el rostro de Judas, impidiéndole el avance—. Yo… y… los… demás… te…

hemos… organizado… una… sorpresa.

—¡Vaya! No debieron

—Cállate… y… sígueme.

Priscila comenzó a avanzar entre las tumbas y estatuas de ángeles hasta las profundidades del cementerio, a ese lugar donde sólo te podías adentrar si eras el enterrador o venías acompañado del mismo.

Judas la siguió mientras, al otro lado de la carretera, un grupo de chicos le miraban a través de unos binoculares.

—Está… ¿Está hablando solo? —murmuró uno de ellos.

—Les dije que estaba loco —respondió otro—. Debe tener algún tipo de desorden mental, como esquizofrenia o…

—Ya es un anciano, debe estar senil —dijo un tercero—. Tantos años como sepulturero debieron afectarle el cerebro.

—Sí, y apuesto a que se cree que es el mejor enterrador del mundo.

Echaron a reír y comenzaron a alejarse. Judas siguió paseándose entre las tumbas, respondiéndole al aire.

Capítulo 14

14. La Ciudad de los Insectos Parlantes

Cassie tenía veintisiete años. Era lista, alta, delgada, y ciega de nacimiento.

Había recibido una oferta de trabajo como secretaria en una pequeña ciudad de la que jamás había oído hablar, un pueblito lejano de casa: el Condado Sectarlan. Sería su primer empleo con el que pudiera independizarse por completo, así que no dudó al aceptar la propuesta.

Salió de casa de sus padres junto con su perro de servicio, Cookie, y comenzó su nueva vida en Sectarlan.

Al principio, le pareció un lugar bastante solitario, pequeño y caluroso, pero no tardó en acostumbrarse a la escasez de vecinos y pobladores en general.

Sus compañeros de trabajo, por otro lado, eran muy amables, aunque tenían un acento muy extraño. Chasqueaban a menudo la lengua entre palabras y usaban un tono de voz muy agudo y rasposo; Cassie también se dio cuenta de que todos se frotaban constantemente las manos, sin importar lo que estuviesen haciendo.

Lo que más le molestaba era que comían de manera ruidosa y odiaban que los tocasen. Cassie les había preguntado muchas veces si podía tocar sus rostros para familiarizarse con sus rasgos, pero siempre se lo negaban rotundamente, casi molestos.

Cassie pensó que todo era cuestión de tradiciones, así que lo dejó pasar.

Había pasado ya un mes entero en Sectarlan cuando Cassie se percató de la verdad.

Caminaba de vuelta a su hogar tras haber terminado su turno, cuando Cookie se detuvo bruscamente y comenzó a temblar, con las patas flexionadas y la espalda curvada hacia arriba. Comenzó a gruñir a los pocos segundos.

—¿Qué pasa? —preguntó Cassi, aferrando la correa con ambas manos—. ¿Quién está ahí?

Cookie ladraba histérico, gruñendo e intentando atacar a aquella cosa que sólo él podía ver, algo que estaba fuera de su alcance.

—Tranquilo, Cookie —pidió, pero él no la escuchó—. ¡Siéntate, siéntate!

—Por Dios…

Quien habló, sollozando, se acercaba a ambos por el frente, como tambaleándose.

—¿Quién es? —dijo Cassie—. ¡No te acerques más!

—¿Por qué estás aquí? —dijo la voz—. ¿Cuánto tiempo llevas en este lugar?

La voz continuó acercándose, sin hacer caso a los ladridos o las advertencias y, cuando estuvo a un metro de Cookie, este chilló atemorizado y retrocedió para meterse entre las piernas de Cassie, que había alzado las manos para intentar detener a quien se aproximaba.

—¿Cómo es que…? —dijo la voz.

Tomó a Cassie por los hombros y ella notó de inmediato que sus manos estaban pegajosas, bañadas de una sustancia parecida al flujo nasal, mientras que su piel se sentía áspera y dura, y parecía estársele cayendo.

—¿Cómo es que sigues…?

—¡Apártate de mí!

Cassie intentó zafarse, pero él era fácilmente más fuerte. Cookie volvió a ladrar varias veces, pero no se movió de lugar.

—Eres ciega —se percató la voz, ahora devastada—. No puedes ver nada, por eso no te has ido.

—¿Qué dices? Si no me sueltas, gritaré.

—No, aguarda, por favor. No te haré nada. Solo tengo que advertirte: tienes que salir de aquí —hizo una pausa y echó un vistazo alrededor—. Tienes que abandonar el condado antes de que se den cuenta de que te he advertido.

—¿Advertido?

—Este lugar —continuó, ahora susurrando, y empujó a Cassie hacia el suelo junto a él, cubriéndose tras una barda de ladrillos—, este lugar está infestado con insectos gigantes. Insectos gigantes con cuellos largos y rostros de hormiga, con patas en los torsos y amalgamas de miembros y cabezas con colmillos y lenguas babeantes de ácido. Si te quedas por

mucho tiempo, terminarás convirtiéndote en una de ellos.

—Eso no es posible —dijo Cassie, pero no logró levantarse. Estaba temblando.

—Es la verdad. Tienes que creerme.

—No puede ser cierto. No puede ser, porque los insectos no hablan.

—Es lo único que pueden hacer como nosotros —dijo, soltó un quejido adolorido y por fin se separó de Cassie entretanto tosía un líquido apestoso—. Es… Es muy tarde para mí, pero tú aun tienes oportunidad. Vete de aquí.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Dónde te ocultabas?

—Me tenían atrapado —gruñó—. Ya estoy malherido, no hay forma de que pueda irme.

—No puedo dejarte —dijo Cassie, intentando acercarse, pero la voz le rehuía—. Debe haber alguien que pueda curarte. Debo…

—¡Debes irte! Deja que tu perro te guíe, y no te detengas hasta que alguien, un humano, te encuentre.

Cassie tanteó la correa y Cookie se acercó para lamerle el rostro, como si quisiese consolarla, disculpándose por no haberle dicho antes que el pueblo era una madriguera de monstruos.

—¡Ahí vienen! —chilló la voz—. ¡Huye! ¡Vete ya!

Cassie se puso de pie dando tumbos, silbando para que Cookie la siguiera, mientras escuchaba crujidos detrás de sí.

Oyó gritos llamándola y luego el sonido de algo estallando y derramando su contenido viscoso al suelo al tiempo que las advertencias de la voz se detenían de tajo.

Cookie corría tan rápido como Cassie podía seguirle. Dobló por varias calles sin disminuir la velocidad y, de pronto, volvió a detenerse. Un sonido como de estática inundó el aire, seguido de inmediato por los chasquidos de mil puertas y ventanas abriéndose violentamente. Un segundo después, el rugido de un enjambre de alas enormes inundó el aire y le revolvió los cabellos a Cassie y su perro.

—Cookie, ¡sigue corriendo!

El perro chilló, pero obedeció. Trotó por algunos segundos hasta que Cassie sintió que algo enorme le arrebataba la correa; se detuvo, escuchó a Cookie ladrar rabioso, una voz con el acento de Sectarlan le llamó "mal perro", y Cookie chilló adolorido hasta que su llanto se extinguió y un chorro de líquido tibio empapó las mejillas de Cassie. Sabía a sangre. La sangre de Cookie.

—¡No! —lloriqueó, retrocediendo—. Cookie… No. ¡No!

—Cassie, tranquilízate —pidió una voz calmada. Era uno de sus compañeros de trabajo—. Te gustaba vivir aquí hace apenas unos minutos. ¿Por qué no volvemos a eso?

—¡Mataste a mi perro, maldito!

—Estaba atacándome —se defendió. Luego, soltó un suspiro extraño—. ¿Qué te parece si dejamos todo esto en el pasado? Olvídate del hombre con el que te topaste y olvídate de Cookie. Tu vida a partir de ahora será mucho mejor que antes, ¡te gustará ser un insecto!

Cassie negó con la cabeza, sin dejar de retroceder, sin dejar de escuchar el aleteo en el cielo y la manera en que varias de las criaturas aterrizaban a pocos metros de ella. Las lágrimas le escurrían calientes por las mejillas, tintadas de rojo.

—No, no quiero ser un bicho. ¡Jódete!

—Ya no tienes elección, cariño.

Uno de los insectos se escurrió detrás suyo hasta que pudo atrapar a Cassie por la espalda, mientras ella gritaba y se sacudía en contra de los ocho brazos que la retenían. El insecto que le hablaba se acercó para dejarle algo en claro.

—Has vivido aquí treinta días. ¿Crees que ese no es tiempo suficiente para que nuestra maldición te afecte por igual?

Hizo un gesto con la cabeza y la criatura que la sostenía comenzó a transportar a Cassie a una casa, mientras el resto de los insectos gigantes le dejaban el paso libre.

—Cuando tu metamorfosis termine —continuó—, ya no querrás irte de aquí, porque solo en Sectarlan pueden vivir los insectos parlantes.

Cassie estuvo dos semanas en confinamiento, sintiendo cómo su cuerpo se deshacía y sus huesos se rompían para salírsele de la piel. Sintió a sus ojos agrandarse, sintió que sus oídos se caían de lugar, sintió a sus dientes abandonar sus encías mientras dos pares de mandíbulas tomaban

el lugar de sus mejillas. Unas antenas le brotaron de la frente y dos nuevos brazos le salieron de los costados, derramando sangre y mucosidad.

Se enteró que Sectarlan estuvo condenado hace años, cuando una nube tóxica cubrió por completo al condado, lo que transformó a todo el que permanecía demasiado tiempo ahí en insectos gigantes. Nadie podía ayudarlos; nadie podía salir, pero sí entrar.

Como insecto, Cassie siguió siendo ciega, pero eso no evitó que escuchara los rumores del nuevo poblador en Sectarlan.

Decían que era ciego y, además, sordo.

Capítulo 15

15. Un Tenebroso Amante

Mirna esperó pasada la medianoche, hasta que estuvo segura que sus padres ya estaban dormidos, para levantarse de la cama.

Salió con cuidado de su habitación, bajó las escaleras con el camisón ondeando alrededor de sus piernas desnudas y abandonó su hogar para perderse en el camino de grava que conectaba a la carretera.

Sólo la luna iluminaba el paisaje, mientras que un frío helado transformaba su respiración en nubecillas de tono blancuzco. Apretó el paso y, al ir a medio camino, dobló a la izquierda, adentrándose ahora en un sendero de tierra suave flanqueado por extensos campos de alto césped donde las vacas continuaban pastando. No le prestaron atención cuando ella pasó como una exhalación en dirección al cobertizo.

Se detuvo ante la puerta, de la que pendían gruesas cadenas sujetas por un candado igual de pesado. Se esforzó por controlar su respiración. Tras hacerlo, pegó el oído derecho a la madera; alcanzó a escuchar pasos vacilantes a lo lejos: una criatura deambulando en el fondo del cobertizo, que gruñía y parecía estarse quejando dolorosamente. Mirna sonrió y se metió una mano en el camisón, extrayendo una llave roja que colgaba de un hilito del mismo color atado a su cuello.

Abrió el candado y dejó que este se deslizara al suelo junto con las cadenas, que se hundieron en el barro. Abrió la puerta, entró, y cerró detrás de sí.

Tanteó con experiencia el costado derecho del cobertizo y no tardó en descubrir el candelabro y la cajita de fósforos que siempre dejaba sobre la misma mesa, siempre en la misma posición.

—Hola, cariño —dijo, con tono suave, entretanto encendía las tres velas que sostenía susodicho candelabro—. ¿Qué tal estás? ¿Cómo te trata hoy la luna llena?

Obtuvo una sarta de gruñidos como respuesta y aquello le entibió el corazón, obligándola a sonreír, conmovida.

—Siento no haberte visitado antes, con lo solito que estás… Pero no podía arriesgarme a que mis padres sospechasen.

Se acercó hasta el fondo del cobertizo, donde, bajo la luz de las llamas, comenzaba a formarse el contorno de una mesita tumbada junto con un vaso y un plato de cerámica hechos pedazos; la comida y agua que habían

contenido ahora estaba esparcida por el suelo. Mas allá había una larga alfombra rosada cubierta de cabellos marrones y, sobre esta, un colchón con tres o cuatro cobijas hechas jirones.

Encima del desastre reposaba un hombre lobo estático sobre sus cuatro patas. Miraba fijamente a Mirna, mostrando los dientes, con las orejas echadas hacia atrás y la espalda arqueada; sin embargo, conforme ella se acercaba, la criatura relajó sus músculos y su mirada pasó de ser una de furia a una de expectación total. Se relamió el hocico y Mirna le sonrió tiernamente.

—Aquí estoy, cariño —dijo ella—, por fin contigo.

Él se incorporó lentamente sobre sus patas traseras, tras lo cual le dobló la estatura a Mirna, pero ninguno despegó la mirada del otro.

Mirna alzó la mano que tenía libre y la criatura inclinó su cabeza en su dirección, dejándose acariciar por la mejilla y la oreja mientras cerraba los ojos mansamente y soltaba un suspiro.

—Eso es — Mirna le dio un beso en el hocico—. Ya estoy aquí.

Dejó el candelabro sobre el piso y se desabotonó el camisón, revelando su pálido cuerpo cubierto con rasguños y moretones rojos y púrpuras, además de cicatrices de garras y colmillos ya cicatrizadas; memorias de muchas noches similares a la actual.

No tuvo en cuenta el frío y dejó que él la arropara con sus zarpas mientras la atraía hasta sí, retrocediendo a la seguridad de la cama. La sonrisa de Mirna se renovó mientras él se dejaba caer entre las cobijas, permitiéndole a ella recostarse con la cabeza sobre su pecho.

El lobo le lamió las mejillas, con los ojos cerrados, y Mirna rio dulcemente, como suspirando; pero cuando sintió las garras de su amante enterrándose en su piel, ahí en esa zona delicada de la espalda baja, lo detuvo.

—No, cariño —su tono de voz continuaba siendo bajo, cariñoso, pero ahora tenía un tinte de firmeza—. Aún no.

Él vaciló, flexionó sus garras, y se detuvo tras unos segundos.

Mirna entonces se sentó a horcajadas sobre el estómago de él, se quitó el cabello de la frente y comenzó a examinarse el cuerpo a detalle. ¿Qué parte sería la mejor para usar esa noche?

Las manos y brazos estaban fuera de cuestionamiento, pues eran demasiado visibles. La espalda y las piernas aún le dolían por la última

vez; y el cuello simplemente era una zona demasiado arriesgada. Lo que le quedaba…

Se toqueteó el vientre bajo la mirada expectante del hombre lobo, cuyos ojos negros como el carbón apenas eran diferentes a los de un cachorro observando a su dueño. Mirna detuvo sus yemas unos centímetros bajo su ombligo y asintió para sí. Era una buena elección.

Alargó la mano para tomar una de las garras de su acompañante y con un rápido movimiento se hizo una herida horizontal ahí donde había acordado. Los ojos del lobo se dilataron apenas olió la sangre, y su enorme boca se abrió de par en par, dejando caer a sus costados espesos hilillos de saliva.

El bajo vientre de Mirna se cubrió de una cascada pequeña de sangre, deslizándose lentamente hacia su entrepierna. Soltó una risita. Acarició la cabella del lobo como solo lo podría hacer una profusa enamorada, y dijo:

—Bebe, cariño.

El lobo se inclinó en dirección a la herida, posicionando sin apenas esforzarse a Mirna sobre su hocico, y lamió la sangre mientras ella se dejaba llevar por el calor de su pelaje, por la fuerza en sus movimientos, por aquellos besos inhumanos.

No había nada en el mundo que la hiciera sentir tan feliz, tan satisfecha; el éxtasis de dar vida la embriagaba.

Se había enterado poco después de darle refugio a ese hombre mitad bestia, que cualquier ser humano maldecido con transformarse en algo mitad animal, tenía que beber sangre humana cada cierto tiempo, o morirían consumiéndose en su propia locura. Hombres lobo, vampiros, sirenas, centauros; ninguno podía vivir más de un par de meses sin ella.

Y para Mirna no era molestia alguna darle un poco de la suya a la criatura que la hacía sentir tan viva cada vez que aquel astro fiel a la Tierra cambiaba su posición.

Además, la adrenalina que le daba el saber que podría perder el control del lobo en cualquier momento dado era un tipo de droga que no podría conseguirse en ningún otro lado, bajo ningún loco precio.

El roce de la lengua del lobo comenzó a raspar su piel, dejándola casi tan roja como la sangre, y Mirna volvió a la realidad. Empujó la cabeza de la criatura, diciéndole que se detuviera, pero él se negó las primeras veces.

—Vamos, vamos, cariño —dijo ella—. Detente.

Sintió náuseas cargadas de temor cuando él no hizo ademán de moverse, con la vista fija en la herida, pero la tranquilidad volvió a apoderarse del cuerpo de Mirna cuando el lobo lamió una última vez, suspiró, y se volvió a mirarla.

Le lamió las mejillas, manchándolas un poco de rojo, y Mirna volvió a reír.

Era la más bella historia de amor que pudiese imaginar.

—Ahora —dijo, abrazándolo—, ya es momento.

Hicieron el amor hasta el amanecer y Mirna, minutos antes de que sus padres abandonaran sus propias camas, abandonó a su amado, lo encerró una vez más, y volvió a casa llena de nuevas marcas de amor y con su siempre renovada razón para esperar el fin del día.

Capítulo 16

16. Donde Reinan las Espinas

Se acercó lentamente a la enorme cabaña de donde provenían cánticos y música de tambores violentos entremezclada con arpas de acordes angelicales.

Le seguían, a varios metros de distancia, casi treinta individuos con las caras pintadas de negro y anaranjado brillante, cada uno con un diseño diferente: imitando las fauces de distintas criaturas con la pintura o con letras crípticas en la frente y mejillas. Todos tenían los ojos inhumanamente abiertos y enrojecidos debido a la carencia de párpados, que arrancaban a cada habitante de la tribu cuando cumplían los diez años.

Estela alzó las manos atadas con una soga y pudo retirar la cortina que servía de puerta a la cabaña, encontrándose con otra multitud de caras embadurnadas de negro y naranja; quiso echarse a llorar, pero algo que no era su propia voluntad la hizo morderse la lengua y resistir.

Se había sentido así desde que vio aquel letrero en la carretera que suplicaba a los turistas no desviarse por el camino de rosas salvajes, por hermoso que pareciera. Entonces la sensación había aparecido como un pensamiento arriesgado al cual acabó escuchando. Conforme avanzó y saltó la barda de seguridad, el pensamiento fue transformándose en una sensación constante, como una esfera de energía que se movía dentro de ella y la impulsaba a seguir adelante.

Había caminado por horas sin rumbo y, para cuando se encontró con los primeros hombres salvajes, la sensación había opacado casi por completo su sentido común y la obligó a permanecer cerca de ellos mientras estos la analizaban con cuidado y llamaban al resto de la tribu, comunicándose en un lenguaje que Estela no entendía.

La despojaron de sus pertenencias y zapatos, pero la dejaron conservar sus ropas, y Estela tampoco opuso resistencia cuando le ataron las manos.

Ahora la dirigían a una cabaña, justo en el momento en que el ocaso se alzaba en el cielo. Quienes estaban dentro permanecían empeñados en crear aquella extraña música ceremonial, y muchos de ellos tenían los ojos en blanco, escondiendo la pupila detrás de sus cuencas.

Estela se percató de que estaban hipnotizándose a sí mismos.

En medio de ellos y directamente frente a Estela, había un camino formado por cientos de tallos espinosos que nacían de la tierra desnuda y se entrelazaban los unos sobre los otros, perdiéndose hacia el norte, donde habían creado la forma clara y perfecta de un trono espinoso coronado en el respaldo por cinco grandes puntas afiladas que se volvían hacia el cielo.

La multitud detrás de Estela entonó algún tipo de orden, ejerciendo tal presión sobre ella que se vio obligada a adentrarse en el sendero espinoso con los pies descalzos.

Dejó escapar un chillido agudo de dolor que se perdió entre el sonido de los tambores; un chorro de sangre le escurrió de la planta del pie derecho, y la multitud volvió a ladrar la misma orden de antes.

Estela levantó la otra pierna y pisó las espinas, gritó otra vez, pero no se dio la vuelta. La misma sensación obscura la comandaba.

Pensó fugazmente que debió haber hecho caso al letrero, pero, ¿cómo iba a saber que terminaría ahí, en un lugar donde regía la locura, donde idolatraban al dolor, donde reinaban las espinas? ¿Cómo, si no podía oponerse a la sensación obscura?

¿Cómo oponerse a sí misma?

La sensación dentro de su cuerpo la despojó de sus penosos pensamientos y le indicó que siguiera caminando. Con cada paso se doblaba el dolor, la sangre cubría a salpicones las ramas verdosas, y la melodía la atrapaba más y más con su extraña magia.

Quienes la habían dirigido a la cabaña se metieron en la misma, perdiéndose entre sus compañeros músicos, sin apartarle los ojos de encima a Estela.

Ella no lograba entender qué estaba sucediendo y sucumbió ante el llanto. La parte cuerda de sí estaba sumida en la agonía más profunda, pero la nueva sensación que se alojaba en su cuerpo como un parásito la obligaba a echarse a reír de su propia agonía; mientras más fuerte lloraba, más histéricas eran sus carcajadas.

Miró a quienes la rodeaban con ojos desorbitados y comenzó a darse cuenta de que éstos más parecían sus súbditos a cada paso que se aproximaba al trono.

Tropezó y cayó de rodillas. Soltó un chillido seguido de una carcajada aguda y volvió a incorporarse con astillas enterradas en la carne; de sus heridas brotaban hilillos de sangre. Sus pies se habían vuelto completamente rojos, así como los tallos bajo ella, pero no dejaba de

avanzar. Tenía una misión, ahora lo entendía.

Lo que sentía en su interior no era una esfera sino una flecha que le indicaba su destino legítimo: era su verdadero yo naciendo desde sus entrañas para ocupar su puesto y transformarla en lo que en verdad era.

Había sido una idiota por no haberse dado cuenta antes.

El dolor no era nada.

Avanzó lo que quedó del camino dando saltitos alegres y, cuando estuvo frente a su trono, alargó las manos hacia uno de los bordes más afilados para cortar de tajo la soga que la aprisionaba. Luego se dio media vuelta para encarar a la tribu, luciendo una sonrisa demencial.

Enterró las palmas en los brazos del trono, sin ser consciente de cómo las espinas le desgarraban la piel. Se impulsó y tomó asiento.

Sus ropas medio desgarradas y sucias de tierra, polvo y sudor, ahora quedaron empapadas de sangre; un charco de líquido rojo bajó desde su espalda y embadurnó el trono casi completamente.

La gente de la tribu que no estaba tocando la música santa se tiró al suelo de rodillas para alabar a la nueva Emperatriz, mientras que los músicos se perdieron por completo en un trance cargado de éxtasis que tenía su desenlace en un mundo lejano donde sólo su mente podía vagar.

Estela sintió cómo las espinas que se le habían enterrado en la carne comenzaban a extenderse dentro de su cuerpo, esparciendo raíces y brotes a través de su esqueleto y tejidos, volviéndose uno con la flecha de obscuridad que crecía más y más hasta poseerla por completo.

Ya no existía Estela.

La sangre que había quedado regada por el camino de espinas desapareció siendo absorbida por la Emperatriz, que ahora controlaba la vegetación a voluntad.

En un parpadeo sus uñas se transformaron en espinas rojas; de entre la carne de su frente aparecieron varias hileras de delgados y alargados aguijones negros cual corona que crece desde el cráneo, y la sangre le bajaba impune por entre los ojos y las sientes. Soltó una nueva carcajada, con lo que reveló su lengua plagada de espinas diminutas.

Los tallos espinosos comenzaron a crecer y multiplicarse como los tentáculos de una criatura infinita. Pasaron por entre los espacios libres que dejaba la tribu, precipitándose hacia afuera para cubrir tanto terreno como fuese posible, enterrándose en la tierra, envolviendo árboles hasta

doblarlos bajo su presión, atravesando escorpiones y empalando serpientes, desgarrando y poseyendo a voluntad cualquier criatura viva que se cruzaba en su camino.

La Emperatriz se relamió los labios, tornándolos rojos en el proceso, y alzó una mano para que la música se detuviera.

Sus súbditos se pusieron de pie en un silencio sepulcral. Al final, el viejo líder preguntó, en un idioma que ahora ella conocía a la perfección:

—Somos su legión, oh, Emperatriz de las Espinas —se llevó una mano al pecho y agachó la cabeza en gesto de respeto—. Desde su trono podrá comandarnos, pedir cualquier capricho, y nosotros estaremos ahí para cumplirlo. Emperatriz, diríjanos y úsenos; y aliméntese de la sangre de aquellos que osen oponérsenos.

La Emperatriz asintió y sonrió tanto que las comisuras de sus labios se desgarraron, mostrando sus encías, de las cuales bajaban espinas como los cientos de dientes de un tiburón. Su sonrisa quedaría estática de esa forma para toda la eternidad.

—Sé lo que quiero —dijo al fin—. Y lo quiero todo.

A mil kilómetros de distancia, sus espinas se tragaban el cartel que le había advertido a no adentrarse en ese camino.

Capítulo 17

17. Gatita

Rainer estaba rellenando con felpudo el segundo triangulito de tela negra cuando escuchó quejidos desde la habitación principal.

Levantó la cabeza en esa dirección, miró su mesa de trabajo ante él, luego a la puerta una vez más, y se apresuró a terminar con lo que le tenía ocupado.

No tardó más de treinta segundos en sellar las costuras; se echó ambos triangulitos en la bolsa del pantalón y, cuando se puso de pie, tomó la aguja más grande de todas: aquella que venía dentro de una bolsita quirúrgica, al igual que un hilo transparente y un par de guantes blancos.

Se alisó la camisa y se dirigió a la habitación.

Respiró hondo antes de entrar, y suspiró aliviado cuando se dio cuenta de que la chica recostada en su cama aún no había recuperado del todo la conciencia pues movía la cabeza ligeramente de un lado al otro, fruncía levemente el entrecejo y luego volvía a perderse en sus pesadillas.

La habitación estaba apenas iluminada por una lámpara anaranjada dispuesta en el extremo izquierdo, y con ella Rainer pudo ver cómo la chica, tras quejarse en voz baja, se llevaba una mano al pecho. Luego se giró, haciendo que la sábana de seda roja se deslizara por su espalda, dejándola al descubierto. Estaba desnuda. Soltó un corto suspiro y no volvió a moverse.

Rainer esperó un par de segundos, oculto tras el umbral de la puerta, pero finalmente se metió a la alcoba y cerró al estar dentro. Se aproximó hasta la cama, mientras su respiración perdía el ritmo al mirar el cuerpo de la chica.

Era absolutamente hermosa, pues poseía ese tipo de belleza que te quita el aliento y te hace creer que la perfección es posible. Cala, la doncella durmiente, tenía veintidós años, haciéndola exactamente treinta años más joven que Rainer.

Cala había sido una prodigio de la gimnasia desde los seis años, deporte que practicaba diariamente y el cual le había brindado un cuerpo delgado, elegantemente formado, ágil y flexible. Su piel era de un tono oliva, mientras que su cabello era negro como el carbón, ondulado y brillante ante la más tenue luz; tenía unos labios pequeños en contraste con sus

grandes ojos color esmeralda.

Rainer estaba loco por ella, pero además de parecer la encarnación misma de Afrodita, Cala poseía una dulzura soberbia que lo encantaba aún más; poseía una personalidad adorable que solo podía compararse a su belleza exterior. Te hechizaba de toda forma imaginable, y era encantadora incluso cuando te rompía el corazón.

Cuando estuvo a su alcance, alargó la mano y tocó las piernas de Cala con la yema de los dedos, apenas rozándola. Estaba tibia, respiraba con tranquilidad.

Desplazó sus dedos mientras más se aproximaba a ella, dejando que las curvas de sus caderas y cintura lo dirigieran hasta su torso y luego a sus hombros. Siguió escalando. Sintió su cuello, largo y delicado, y le apartó un mechón de cabello de la mejilla.

Se inclinó en su dirección, sintiendo cómo las mariposas en su estómago aleteaban frenéticas.

Depositó un beso en su mejilla, apenas un roce de un par de segundos, y aspiró el perfume de Cala.

Se movió un poco para susurrarle al oído.

—Preciosa, necesito que despiertes.

Cala se removió bajo él, soltó un quejido y apretó los párpados con fuerza; de inmediato frunció el ceño como si la luz de la lámpara le molestase.

—¿Cala? ¿Me oyes, linda?

Cuando ella abrió los ojos, no reconoció el lugar en donde se encontraba. Paseó la mirada por la habitación y se estremeció al sentir el rostro de algún desconocido a sus espaldas.

Instintivamente se impulsó hacia adelante para apartarse y tomó la sábana para halarla hasta su pecho en el mismo momento en que se sentaba sobre la cama, mirando al hombre que le sonreía con timidez. Tuvo la urgencia de llorar, pero estaba petrificada.

—¿Quién…? ¿Quién eres?

Rainer soltó una risita.

—¿Ya no me recuerdas?

—No sé quién…

—Dos años atrás, en un bar a medianoche —la interrumpió —. Estabas sola y triste porque acababas de romper con tu novia, y dijiste que tal vez necesitabas de un hombre que te hiciera olvidar por completo a las chicas. Cuando supiste mi edad, no te molestó.

Cala comenzó a negar con la cabeza, pero se detuvo. Rainer supo que comenzaba a recordar, así que continuó hablando.

—Charlamos por largo rato. Cuando te invité aquí, no te negaste. Dijiste que yo te agradaba porque tenía clase y era caballeroso, y apenas llegamos me arrastraste a la alcoba, metiéndonos a ambos entre las sábanas con las que hora te cubres —sonrió por los recuerdos —. No parabas de reír. No te separabas ni por un instante de mis brazos, me besabas constantemente, de forma adorable, casi tímida. ¿Lo recuerdas?

Cala separó los labios y se contuvo de negar con la cabeza. Sí, lo recordaba. Todo aquello era cierto.

—Estaba muy ebria —dijo —. Además… Yo… Te olvidé a los pocos días.

—Pero yo a ti no. En absoluto. Y, ¿sabes qué es lo que menos olvido? ¿Sabes lo que se ha quedado conmigo desde entonces, lo que no me puedo quitar de la cabeza?

Ella lo miró sin parpadear, encogiéndose sobre sí misma. La manera en que había apresurado esas últimas preguntas la asustó demasiado. Entre escalofríos, negó con la cabeza. Rainer sonrió mostrando los dientes. Ante los ojos de Cala, sus fauces eran idénticas a las de un león hambriento.

—No puedo olvidar el apodo que me pediste que usara, porque era la forma en que te llamaba tu novia, y dijiste que te haría muy feliz si yo lo hacía por igual —explicó, y luego pronunció con total lentitud las siguientes palabras —: Cala, mi gatita.

Cala se encogió de hombros, apretando sus manos contra su propio pecho. No supo con qué valentía se atrevió a abrir los labios para ladrar una orden, que en realidad terminó sonando como una súplica:

—Déjame ir. No sé cómo he llegado aquí, no sé lo que quieres de mí, pero tampoco quiero enterarme. Tan sólo…

Rainer volvió a interrumpirla, esta vez levantando las manos. Se acercó

un poco más a Cala y se llevó un dedo a los labios. “Silencio”.

Cala hizo caso y entonces Rainer asintió.

—Eso es. Las gatitas no hablan.

—¿Qué dices? —gimió ella.

—Acércate, pronto me entenderás —le tendió una mano —. Anda, gatita.

—¡Estás loco!

—Shhh, nena, shhh…

Comenzó a treparse en la cama, hipnotizando a Cala con su mortífera sonrisa cual Medusa petrificando a su víctima. Repetía lo mismo como un mantra, transformándose lentamente en lo que era en realidad: un ser demente que lo sumerge a uno en un terror tan primitivo que te impide siquiera oponerte.

—Vamos, gatita.

Se precipitó sobre ella para tomarla por los cabellos; Cala soltó un único grito, se llevó las manos a la cabeza, intentando pelear de alguna u otra forma. Pateó el aire y la aparente seguridad que las sábanas le brindaban la abandonó cuando Rainer continuó arrastrándola hasta que se estrelló contra el suelo, golpeándose la espalda.

—¡Por favor! —chilló, entre gemidos de dolor —. ¡Por favor, déjame! Suéltame, ¡por favor!

—Gatita, obedece —dijo Rainer, con total calma —, guarda silencio.

Continuó tirando de ella hasta que llegaron al baño. La luz endemoniadamente blanca hizo que Cala perdiera la visión por varios segundos. Sintió que Rainer la soltó y él se giró para cerrar la puerta. Se sentó sobre el inodoro y, antes de que Cala pudiese moverse, la acercó hasta sí.

Cala estaba mareada, sentía náuseas y estaba helada de frío; completamente vulnerable. Rainer sacó los guantes de la chaqueta y se los colocó, mirándola sin dejar de sonreír.

—Eres tan linda —murmuró —. Mi gatita.

La tomó por el cabello y la acercó aún más, ella volvió a gritar. Luego extrajo los trocitos de tela, la aguja y el hilo.

Cala le sostuvo por una muñeca, intentando controlar su llanto.

—¿Qué haces? Detente. Detente. ¿Qué es lo que haces?

—¿No es obvio? —canturreó —. Por fin te transformaré en lo que tanto quieres ser… Pero no puedo hacerlo si te mueves tanto.

Rainer, antes de que Cala pudiese suplicar o rogar otra vez, le cubrió la nariz y boca, impidiéndole respirar por un minuto entero mientras ella perdía la fuerza bajo sus dedos. Perdió la conciencia y entonces él pudo comenzar a trabajar.

Dispuso una de las orejas de tela en la coronilla de Cala, calculó que fuese proporcional a su rostro, y comenzó a coserla en su cuero cabelludo. La sangre le escurría entre los dedos, humedeciendo el hilo y haciendo que la aguja se le resbalara, pero no se rindió hasta que hubo cosido ambas orejitas.

Limpió la sangre, salió del baño y regresó con una larga tira del mismo material con que creó las orejas. Utilizó una docena de grapas para adherirla a la columna vertebral de Cala.

Ella despertó algunas horas después, con un gotero clavado en las venas del brazo derecho. Un dolor abominable en su espalda y cabeza la hicieron echarse a llorar, pero nada le dio tanto terror como darse cuenta de que tenía un collar rosa, cuya correa era aferrada por la mano del hombre que la había secuestrado.

Rainer le sonreía.

—Esta noche dormirás conmigo, ¿sí? Pero solo porque estás malherida. Después te irás a tu propia cama, como la buena gatita que eres.

Cuando Cala quiso maldecirlo, se dio cuenta de que ya no tenía lengua.

Capítulo 18

18. El Maravilloso Espectáculo de los Prodigios de Satanás

En 1800, la feria del Condado de Coloma era conocida solo por unas cuantas familias, pero aquellos individuos eran lo suficientemente ricos para que la feria sobreviviera con nadie más que ellos como clientes.

Se hallaba en un lugar remoto, apartado de los lugares poblados por varios cientos de kilómetros. Uno solo podía adentrarse en aquel lugar cuando había pasado largas horas montando a carreta.

Ese show fue el primero y único de su clase porque alojaban a monstruos, entrenándolos para brindar entretenimiento a las mentes más retorcidas.

El propietario, un ex militar de nombre Javier Armendáris, encontró al primer monstruo domesticable en el año de 1789: un ser mitad hombre, mitad sanguijuela, que haría cualquier cosa por algunos cubos de azúcar. Javier comenzó a entrenarlo, orillado por el aburrimiento, pero no tardó en darse cuenta de que un milagro de la naturaleza como ese merecía salir a la luz y ser conocido por todos.

Todos quienes pudieran soportarlo, claro. Javier sabía que el horror no es para cualquiera.

Metió al hombre sanguijuela, al que bautizó como Sally, a un tanque de agua con ruedas y una palanca para que pudiese transportarlo a voluntad, y emprendió un viaje demente a lo largo del país para reunir admiradores y rivales, haciéndose de una fama que era a partes iguales extraña y fascinante.

Medio año más tarde, Javier conoció al segundo monstruo: una jovencita pálida, de ojos púrpura, que aseguraba ser un hada.

Su nombre era Iris y tenía alas en la espalda, que ocultaba detrás de una capa por miedo a que la consideraran una bruja y la mandaran a la hoguera. Javier le aseguró que ya no tendría que tener miedo si se unía a su espectáculo de monstruos. Iris aceptó.

Al comienzo sólo era ese extraño trío: Iris, una chica salida de un cuento infantil que vestía en tonos pastel y era una maestra en las acrobacias; Sally, una criatura sucia de ojos grandes y boca capaz de tragarse a un niño pequeño; y Javier, el comandante y protector del circo.

Conforme pasaron los años, el circo fue haciéndose de renombre entre aquellos atraídos por lo extraño, mientras que era ignorado por el resto de

la sociedad.

Más monstruos acudieron a Javier para pedirle un lugar en su circo, bien porque no tenían ningún lugar a dónde ir o porque admiraban su trabajo y querían formar parte de su macabra sociedad. Al final, todos sabían que dentro del circo estarían a salvo de cualquier cazamonstruos, porque haciendo trucos y tragando espadas no podían hacer daño a nadie.

Javier recibió a vampiros que hacían malabares con bolas de fuego, a sirenas que practicaban la prestidigitación, a gárgolas contorsionistas, a leones con voces humanas que recitaban poemas, a muertos vivientes que eran trapecistas, a duendes que eran usados como balas de cañón, a cíclopes que cargaban cinco veces su peso con una mano atada a la espalda, a hombres lobo que se atrevían a actuar de mimos, a ratas gigantes que andaban en zancos, y a esqueletos que te hacían reír a carcajadas aun si no podían pronunciar una sola palabra.

Y cuando el circo fue lo suficientemente grande, se decidió a nombrarlo como El Maravilloso Espectáculo de los Prodigios de Satanás.

A los monstruos les pareció bastante adecuado, divertido incluso, porque a pesar de lo buenos que fueran sus actos y lo fantástico que fuera el ambiente dentro del circo, seguía resultando inquietante ver a un montón de horripilantes criaturas bajo el mismo techo.

Esa era su naturaleza; pues el ser terroríficos nadie podía quitárselos.

Muchos años pasaron y Javier decidió asentarse en un solo lugar para el resto de su vida y de la existencia del circo. Había aprendido que, aquellos verdaderos temerarios, llegarían como su público de una u otra forma; además, ya estaba demasiado viejo para andar paseándose de un extremo al otro del país.

Sus monstruos apoyaron su decisión yéndose a vivir con él al Condado de Coloma, y su circo se transformó rápidamente en una gran feria gracias a las inversiones generosas de uno de sus más fieles admiradores.

Mandaron instalar carpas y chozas para que todos los monstruos pudiesen vivir cómodamente, construyeron una gigantesca rueda de la fortuna, un carrusel, juegos mecánicos que giraban y se elevaban por los aires, puestos de dulces y comida, e incluso una tienda de recuerdos con muñecos de felpa inspirados en los actos más famosos del circo.

Tenían pocas visitas al año, pero, en estas, la feria se llenaba a tope con muchas de las familias más adineradas del mundo entero, cuyos líderes tenían algo retorcido en la cabeza.

Amaban a los monstruos, tanto, que varios habían llegado a ofertar porque querían llevarse a casa a uno de ellos. Los más jóvenes se asustaban mucho al principio, pero pronto generaban resistencia y pedían por más shows lanzando gritos y aplausos, continuando con el linaje de terror.

Cuando Javier estaba ya en su lecho de muerte, habiendo encontrado un sucesor digno que se hiciera cargo del Maravilloso Espectáculo de los Prodigios de Satanás, confesó a Sally algo que le inquietaba.

—¿Qué es? —le preguntó él, forzando una sonrisa—. ¿Qué puede preocuparle a un tipo como tú?

Javier carraspeó.

—Esta feria alberga a algunas de las criaturas más terribles conocidas por el hombre —dijo, con tono rasposo—. Yo me he aprovechado de ustedes, mis monstruos, y he vendido su crueldad a gente retorcida. Así que, dime, Sally mi viejo amigo. ¿Quién es peor? ¿Aquel que desea lo terrible o quien lo proporciona?

La sala quedó en silencio y Javier murió sin saber la respuesta.

Capítulo 19

19. Mil Cabezas

Sé de una leyenda que jamás creerías.

Por supuesto, ¿quién cree en ese tipo de cosas? Tan solo aquellos con falta de intelecto o con demasiado tiempo libre entre las manos caen en la repetitiva y nada productiva tarea de creer en lo que no tiene razón ni sentido: en aquello que no existe.

Dios, los ángeles, el infierno, o las promesas vacías de algún político de turno. Todo es lo mismo, ¡ah, pero no te ofendas! No deseo meterme en ninguno de esos temas. No quiero que nos volvamos enemigos apenas conocernos.

Sin embargo, como se lo he dicho a todo el que se cruza por aquí por primera vez, es mi trabajo advertirte de él; de esa… Esa cosa que ronda estos lares.

Has oído del Jinete sin Cabeza, ¿no? ¡Claro que sí! ¿Quién no lo ha hecho? Solía ser un cuento para los más pequeños muy famoso por esta misma zona. En este pueblo, lo raro tiene cabida. Pero esa historia de niños no es más que la disminución de lo que estoy por contarte.

En esta historia, la verdadera, no hay ni caballos ni jinetes, ni calabazas o asesinos aburridos. Es, simplemente, una criatura que jamás fue humana y que, para su desgracia, jamás podrá serlo.

Cientos de años atrás los pioneros de este mismo pueblo se encontraron con el cadáver de una mujer. Su cuerpo estaba prístino, sin un solo golpe o rasguño, salvo por el charco de sangre que se formaba sobre sus hombros, pues alguien o algo le había arrancado la cabeza de tajo.

Con la poca información y tecnología que había por entonces, nadie descubrió nunca al culpable y, cuando todo mundo estuvo por olvidarse para siempre del incidente, volvió a ocurrir.

Un cadáver intacto cuya cabeza había sido arrancada.

De nuevo, todos apuntaron dedos, pero había pasado demasiado tiempo entre un asesinato y el otro como para que el culpable siguiese siquiera vivo; entonces, la paranoia se apoderó de nuestros ancestros.

Estaba justificada, por supuesto. Entonces se seguía creyendo que las brujas existían y que una mirada podía maldecirte a ti y a toda tu descendencia, pero lo que nadie esperaría décadas después, es que esa

paranoia estuviese en lo cierto.

Los ancianos pensaban que una criatura no humana era la causante de todo, y tuvieron razón.

Una noche de tempestad y silencio entre los pueblerinos, se escucharon voces desde todos lados: voces en las calles, charlas en las iglesias vacías, risas en los cementerios, gritos en las encrucijadas y suspiros y murmullos apenas lo suficientemente lejanos para que no supieses quién los producía.

Esa noche todo mundo estaba en su propia casa, dormido o aterrado, por lo que era imposible que alguien estuviese en la calle.

¿Qué era eso que hablaba, reía y gritaba?

Cada persona que oyó la locura se preguntó lo mismo, pero solo una mujer pudo enterarse de la respuesta.

La esposa del que entonces era el sheriff se topó de frente con el ente. El ser de las Mil Cabezas, que vino a agregar la del comisario a su colección.

Según relató la mujer, a minutos de caer en la demencia absoluta, una criatura con cuerpo de humano se apareció ante su puerta. Sobre sus hombros, sin embargo, no había una cabeza que tuviese rostro; y sobre esta se apilaban en una hilera que se perdía entre las nubes un centenar de cabezas de todos tamaños y edades. Cada una hablaba, reía, gritaba, o simplemente lloraba, como si aún continuasen con vida.

La mujer se desmayó por la conmoción y cuando despertó, cerca del amanecer, encontró el cuerpo de su esposo intacto, con la cabeza arrancada.

Desde entonces se sabe que esa criatura se ha hecho cargo de muchas de las muertes de aquellos que aquí viven. Aún no hemos podido descubrir cuáles son los requerimientos para convertirte en su objetivo, y es por eso mismo que nadie está a salvo. ¿Le atraen las personas viles que cometen actos ruines, o prefiere a aquellos bondadosos de corazón?

Cada una de esas cabezas espera su turno para ser la milésima y, según dicen, cuando una de ellas alcanza la cima, por fin su espíritu es liberado y pueden pasar a la otra vida. Pueden pasar días, años, o cientos de milenios acompañando a la criatura que las colecciona, siempre sufriendo o riendo como mecanismo de defensa.

Quizá el ser de las Mil Cabezas no sea más que una de las muchas formas que toma la muerte. ¿Tú qué crees?

Capítulo 20

20. Inolvidable

Cursaba la escuela media en horario nocturno cuando conocí a esa chica: Damaris Williams.

Nunca la he olvidado.

Era extraña y solitaria, y siempre se la veía un tanto inquieta, como si necesitase ir a algún lado constantemente, o como si no soportase la idea de permanecer en la escuela más tiempo del necesario.

Era muy pálida, tanto que muchos de sus compañeros especulábamos que debía tener alguna enfermedad, pero nadie nunca se atrevió a preguntárselo. Era rubia, de cabello corto con mechones descuidados y un flequillo que destacaba sus afiladas facciones. Sus ojos eran verdes, brillantes, y sus pupilas eran muy pequeñas; todos apartaban la mirada cuando Damaris les veía directamente, incluyéndome.

Poseía un aire misterioso, no solo porque se aislaba en la parte posterior del salón de clases y evitaba hablarle a cualquiera a toda costa, sino porque además de ocultar su personalidad, ocultaba su cuerpo con capas y capas de ropa negra y roja. Nunca la vi usar otro color.

En especial le gustaba llevar largas sudaderas con capucha, pantalones negros y botas gruesas. Cuando dejaba ver un poco más de sí, podías enterarte que le gustaba usar anillos y dejarse las uñas largas y puntiagudas. Tenía numerosas perforaciones en los oídos, además de un tatuaje críptico indescifrable que le rodeaba el cuello como una gargantilla.

Era siempre la última en llegar a clase y la primera en irse.

Era la chica de las notas perfectas, esa que siempre alcanzaba la puntuación máxima en todos los exámenes sin importar la materia, la que permanecía con la mirada fija en los libros durante la clase entera, la que no se juntaba con nadie a la hora del descanso y que solo comía en compañía de un libro mientras devoraba el sospechoso contenido de un termo caliente.

Pero todos teníamos miedo de llamarla una nerd asocial simplemente porque su pinta era atemorizante, como si pudiese sacarnos los ojos con un bolígrafo apenas nos atreviésemos a bromear sobre ella.

Hasta cierto punto, los pocos alumnos y maestros que convivimos con Damaris nos habíamos acostumbrado a su rareza; así que no exagero

cuando digo que todos nos sorprendimos increíblemente cuando ella logró hacer una amiga en nuestro segundo año en la preparatoria.

Una nueva chica entró a la escuela nocturna porque su padre había muerto y su madre no ganaba lo suficiente para pagarle nada mejor; a pesar de las tragedias ella era una chica dulce que nunca dejaba de sonreír e intentar ayudar a los otros. Su nombre era Joey. Era bajita, pecosa y pelirroja, como un personaje de alguna película infantil. Le gustaba vestirse como sus personajes favoritos de series de televisión y no tenía miedo de decir nada aún si esto la hacía ver como a una tonta.

Era demasiado gentil para que alguien la tomara en serio.

Pero ahí estaba Damaris.

Al principio creí que ella se había acercado a Joey porque se había identificado con su pasado trágico, porque quería aprender a ser alguien más accesible y solidaria, o porque se había enamorado y quería conquistar a su amor platónico; pero la realidad fue mucho más cruel.

Comenzaron a pasar más y más tiempo juntas, cuchicheando en clases, compartiendo tareas, estudiando juntas, entrando y saliendo de la escuela al mismo tiempo.

Una noche escuché que Joey pidió permiso a un profesor para que ella y Damaris usasen las computadoras del centro después de clases. Él accedió.

Cuando el horario de clases terminó, uno a uno, mis compañeros y profesores abandonaron el salón y el colegio, dejando a la peculiar pareja a solas. Me encontraba ya cruzando el umbral de la salida principal cuando recordé que había dejado mi teléfono móvil en el escritorio del profesor después de que este me lo hubiese arrebatado al notar que lo estaba usando en su clase. Le dije a mis amigos que se adelantaran y yo volví a adentrarme en los pasillos solitarios.

Las aulas y corredores se encontraban en completo silencio, y la mayoría de las luces estaban apagándose en el ala este del edificio. Pensé que el lugar era aterrador cuando estaba tan vacío.

Me acerqué a la sala y escuché una especie de siseo desde el fondo del corredor: ahí se encontraba el aula de cómputo que Joey y Damaris supuestamente estaban utilizando. Me asusté, pero pude juntar valor para recuperar mi teléfono.

Cuando salí del salón, el siseo continuaba. Sus ondas de sonido me atravesaban la carne. Era asqueroso e incrementaba su volumen

esporádicamente; definitivamente venía del aula de cómputo.

Decidí acercarme. ¿Qué tal si alguna computadora había entrado en cortocircuito y había estallado? A lo mejor las chicas se habían ido ya y habían olvidado apagar los monitores, que ahora se freían en silencio. Pudiera ser que incluso un animal se hubiese metido en la escuela, ¿qué iba a saber yo?

Viéndolo en retrospectiva, maldigo mi ansiosa preocupación crónica. Esa clase de "¿qué tal si…?" me han llevado a la ruina.

En el aula, las chicas no se habían ido. No ambas. No literalmente.

Conforme me acerqué a la puerta, el siseo se volvió acuoso y escuché que algo golpeaba el suelo con suavidad, como quien tropieza y cae agraciadamente. Por fin giré el pomo y lo vi todo.

Damaris estaba de pie con Joey entre sus brazos, y su boca se había deformado de manera que la quijada se le había salido de lugar cual serpiente; las comisuras de sus labios se habían abierto hasta la altura de los oídos y le enterraba dos largas hileras de afilados dientes en la garganta a Joey. Su boca entera alcanzaba a abarcar fácilmente todo el largo del cuello de la chica.

Los brazos y piernas de Joey habían perdido color, volviéndose pálidas como una hoja de papel, mientras que su cuello estaba hinchado y enrojecido por la sangre que se acumulaba conforme su predadora bebía.

Quedé petrificado y eché a correr tan rápido como pude; a mis espaldas, el sonido no cambió. La vampiresa jamás dejó de devorar a su presa. Yo estaba demasiado asustado como para razonar que no se me echaría encima hasta que hubiera terminado con su cena, sino que me buscaría después para acabar conmigo.

Salí de la escuela, alcancé el subterráneo y me monté en el primer tren que pude ver. Intenté llamar a alguien. No había señal. Pero, aún si hubiese podido, ¿qué iba a decir? Nadie me creería.

No salí del subterráneo hasta bien entrada la madrugada.

Corrí por las calles buscando un lugar seguro y lo mejor que pude encontrar fue un bar donde sonaba música a todo volumen. Me oculté ahí hasta que amaneció, pero incluso entonces no creí que estuviese seguro.

Fui a casa de un amigo e intenté contarle lo que había pasado, pero me di cuenta de lo ridículo que sonaría, así que inventé una historia disparatada

para explicar mi comportamiento.

No asistí a la escuela por algunas semanas. Tenía demasiado miedo.

Pronto llegaron noticias de la desaparición de una estudiante: la pobre Joey se había perdido, pero no por mano de maleantes o malvivientes, sino en el camino que conecta a esta vida con la nada, cuyas puertas se abrieron cuando Damaris le reveló su verdadera naturaleza.

La policía preguntó dónde había sido Joey vista por última vez, si tenía enemigos que quisieran hacerle daño, si alguien a su alrededor había estado actuando de forma sospechosa. Nadie pudo contestar, ni siquiera yo, a pesar de saber la verdad.

Tampoco pude confrontar a Damaris. No pude amenazarla, no pude cuestionarla, no pude hacer nada además de escapar.

Me fui de la ciudad tan pronto como pude, sin importarme abandonar la escuela en mitad del año, pues tenía miedo de terminar tal como Joey.

Conforme pasaron los meses, me enteré que la familia de Joey la seguía buscando y no pude sentirme peor al respecto.

Supe también que entrevistaron a Damaris muchas veces e incluso le hicieron la prueba del polígrafo, ante la cual sostuvo que no había visto a Joey desde que terminaron su proyecto en la sala de cómputo. La máquina dijo que decía la verdad, pero yo sé lo que vi.

Mucho tiempo tuvo que pasar para que pudiese redimirme de la culpabilidad por no poder hacer nada por Joey, pero nunca me he olvidado de su asesina, en especial porque siempre he creído que volverá por mí algún día tan solo para matar al idiota que descubrió su secreto.

Hace unas noches la reconocí en un club nocturno. Llevaba una capucha negra, el cabello corto, uñas largas y un tatuaje cual gargantilla. Han pasado catorce años desde entonces, pero Damaris lucía igual que como la recordaba.

Cuando topó miradas conmigo, me sonrió, y sé lo que sigue. No he abandonado mi hogar desde entonces. No quiero morir de esa forma, como Joey.

A pesar de que lo estuve esperando por tanto tiempo, no lo quiero.

Capítulo 21

21. En Nombre de la Ciencia

Día #007

El sujeto de prueba, Tania (información confidencial), ha estado expuesta a imágenes constantes del personaje ficticio denominado como “Sam” desde el inicio del experimento por medio de una televisión de pantalla plana dispuesta en el fondo de la habitación que ocupa la sujeto.

Ha mirado la pantalla con curiosidad, se ha reído de los chistes de “Sam”, pero perdió el interés cuando la cinta se repitió por tercera vez.

Tania se distrajo leyendo libros dispuestos por la Institución (información confidencial).

Las cintas se reproducen tres veces al día a horas aleatorias.

Hoy se agregará una nueva cinta.

Día #015

Los nuevos filmes de “Sam” han sido aceptados positivamente por la sujeto, tanto así que ha comenzado a responder en voz alta a los comentarios del personaje.

Tania continúa realizando sus rituales de manera prolija: por las mañanas se ducha, por las tardes realiza yoga, y durante las noches opta por leer un libro. Se alimenta adecuadamente gracias a las comidas que la Institución (información confidencial) ha proporcionado.

La cantidad de videos es la misma. Su horario es aleatorio.

Día #021

Tania saluda a “Sam” cada vez que este aparece en la pantalla. Se ríe más fuerte con sus nuevos chistes. Le cuesta apartar la mirada.

Es obvio que la falta de contacto humano comienza a hacer mella en su psique.

La cantidad de cintas ha incrementado. Su horario es aleatorio.

Día #023

Tania aplaudió animada cuando “Sam” improvisó un nuevo segmento en su número como comediante. Las cámaras de alta definición detectaron la dilatación de sus pupilas.

La cantidad de cintas ha incrementado de manera prolija a una cinta más por cada semana que pasa. “Sam” es mostrado en escenas fuera del escenario realizando distintas acciones; Tania admitió en voz alta que eso le parecía interesante.

El horario de las cintas se mantiene aleatorio.

Día #030

Tania comenzó a dormir en el sofá frente al televisor.

Recita en voz alta los diálogos más repetidos de “Sam” y mira con expectación los nuevos.

No se da cuenta de que sonríe al verlo.

Cantidad de videos y horario constante.

Día #035

Tania ha olvidado ducharse y ejercitarse por tres días seguidos. No tiene ánimos de separarse del televisor. Dice que prefiere ver los nuevos segmentos de “Sam”.

Sonríe cada vez que él aparece en pantalla. Se ha detectado ritmo cardíaco acelerado y liberación de feromonas cuando Tania identifica a “Sam”.

Ha perdido levemente el sueño.

Día #039

Pidió conocer en persona a “Sam” y amenazó con escaparse de la Institución (información confidencial) y abandonar el experimento si no se lo permitían.

Hizo una rabieta cuando los investigadores se lo negaron; tomó una manta, acercó el sofá a la televisión y recargó la frente contra la pantalla. Sus latidos cambiaron de ritmo al escuchar la voz de “Sam”.

Durmió poco.

Día #041

Llamó “cariño” al personaje ficticio.

Día #044

Tania realiza todas sus actividades cerca del área de la televisión; lleva su comida al sofá, ha arrastrado su cama desde el dormitorio hasta el living, y evita cualquier distracción fuera de las transmisiones de “Sam”.

Despierta de sueños ligeros cada vez que una transmisión de “Sam” comienza.

Día #050

Tania se niega a comunicarse con los científicos e investigadores. Dijo repetidas veces que solo necesita a “Sam”.

No se separa del televisor. Ha dejado de comer y, por ende, de ir al sanitario.

El número de cintas ha incrementado a petición del sujeto a doce por día. Su horario es aleatorio.

Día #052

La sujeto asegura que “Sam” comienza a responder a sus sentimientos por medio de señas y gestos que sólo ella logra reconocer. Pueden

detectarse síntomas de un episodio paranoide de carácter erotomaniaco.

Día #060

Tania destrozó su habitación, alegando que no quería ninguna distracción al pasar tiempo con “Sam”.

Se refugió cerca de la pantalla, abrazándose a sí misma mientras escuchaba los diálogos del personaje.

Dijo que lo amaba.

Ha habido un éxito en la hipótesis. Ya se ha trazado un plan para terminar con el experimento.

Día #066

Tania ha pasado seis días lejos de la exposición a “Sam”. Su contacto con otros humanos ha sido cauteloso.

Tras numerosas entrevistas e intervención en crisis, ella insiste en que el personaje ficticio es real y hay un intenso amor entre ambos a pesar de haberse reiterado numerosas veces que él es inexistente.

Tania asegura que es real.

Día (información confidencial).

La sujeto ha sido confinada a un ala en solitario del hospital psiquiátrico (información confidencial) por su nula cooperación con las recientes entrevistas de evaluación psicológica.

Tania se limitaba a repetir:

“Está vivo y me ama. No es sólo un hombre en una televisión. Sé que está vivo, sé que me ama.”

“Está vivo.”

“Está vivo.”

“Está vivo.”

Capítulo 22

22. El Ataque de los Desadaptados

—Entonces chicos, tal como menciona el capítulo trece…

Mientras el profesor señalaba las frases anotadas en la pizarra, las luces del aula comenzaron a parpadear. Varias chicas gritaron y lo que antes había sido un salón tranquilo se transformó en un salón lleno de cuchicheos, chillidos y risas nerviosas.

—¿Qué pasa?

—Vamos, todos —pidió el profesor, levantando las manos e intentando hacerse escuchar por sobre el alboroto.

Las luces se encendían y apagaban como en una disco ochentera, volviendo el aula negra y blanca a intervalos aleatorios.

—Cálmense. No hay de qué asustarse; la tormenta debe haber provocado fallos eléctricos. Seguro el conserje ya está echándole un vistazo a la red eléctrica.

—El resto de las luces también parpadean —dijo un chico, señalando con el pulgar al pasillo que se lograba ver a través de una ventana—. Todas las luces del edificio lo hacen.

—No pasa nada —siguió insistiendo el profesor—. Por favor, no se levanten de sus asientos. No hay nada que ver allá afuera.

Pero los alumnos le ignoraron.

En eso, el grito agudo de una mujer cortó el aire. Se hizo el silencio dentro del salón y luego las luces se fundieron. La escuela quedó en una obscuridad casi absoluta, interrumpida solamente por los relámpagos que de tanto en tanto brillaban en el cielo. Lo susurros y cuchicheos se transformaron en quejas y lamentos a los cuatro vientos.

El profesor no pudo impedir que los estudiantes se aproximaran en multitud a la puerta que daba al pasillo, armados con las linternas de sus teléfonos. Del otro lado del corredor varios grupos de preparatorianos salían de sus salones.

—¿Oyeron eso?

—Fue una chica. ¿Alguien se lastimó?

Las linternas iluminaban el pasillo cuando una sombra lo atravesó a toda velocidad; varios alumnos gritaron e intentaron seguirla con las luces, pero esta desapareció doblando a la izquierda, perdiéndose entre hileras de casilleros.

—¿Qué mierda fue eso?

Para entonces incluso los profesores se habían quedado sin nada qué decir.

Cada alumno y maestro salió de su aula, sin saber si avanzar o quedarse donde estaban.

Las puertas y ventanas del edificio entero se abrieron al unísono, dejando entrar la lluvia y el caos de la tempestad; más gritos. Varios grupos de amigos se abrazaron. Alguien entre la multitud comenzó a llorar.

A la vuelta de la esquina, uno de los casilleros se abrió y se cerró. Volvió a abrirse. Volvió a cerrarse.

—¡Basta! —chilló alguien.

Otro de los casilleros comenzó a imitar al anterior, y luego otro, y otro, hasta que cada uno de estos se unió al ritual; las puertas se azotaban de manera frenética y en un parpadeo todos sus contenidos fueron arrojados hacia afuera por manos invisibles. Una lluvia de papeles, libros, mochilas, chaquetas y maquillaje inundaron los pasillos. El aire que entraba desde las ventanas creó un tornado de basura con los elementos regados por el suelo.

Todo el mundo echó a correr en dirección a la salida.

Los primeros en aproximarse se detuvieron tan bruscamente como habían echado a correr, pues una figura encapuchada que empuñaba un bate repleto de clavos les esperaba. La lluvia escurría a cántaros por su ropa, y manchas enormes de sangre le cubrían la parte inferior del cuerpo.

Hubo gritos, empujones, chicos resbalando mientras corrían de vuelta por donde habían venido, cerrando de un portazo la salida.

—¡Al gimnasio! ¡Vayan al gimnasio! —ordenó una profesora, a punto de tropezarse por el agua que ya corría a caudales por el edificio—. Ahí estaremos seguros.

Los alumnos la siguieron, empujándose y chocando. Cuando se acercaron al gimnasio se dieron cuenta de que el resto de profesores habían tenido

la misma idea por la manera en que los grupos restantes de todos los grados se apretujaban en la entrada.

—Muévanse, abran paso.

—¡Rápido! Creo que ese loco nos sigue.

—¿Alguien ha visto a la enfermera? ¡Mi hermanita tiene un ataque de asma!

—Entren, solo entren.

La escuela entera se amontonó en el centro de la cancha de básquetbol, mirando en todas direcciones para intentar detectar cualquier peligro. Tras un rápido chequeo, los profesores dieron por sentado que dentro estaban a salvo, y decidieron cerrar cualquier puerta que conectara con el gimnasio para que ningún demente les encontrara.

La misma profesora de antes se montó en un taburete y aplaudió varias veces para llamar la atención de los jóvenes; no pudo callarlos, pero alcanzó a ganarse la atención de la mayoría.

—Hemos de tranquilizarnos y pensar con cuidado en lo que haremos. La opción más lógica es llamar a la policía. No nos arriesgaremos a que nadie salga herido.

—Pero, señorita —dijo una chica. Todos se giraron a verla por el tono tan asustado con que había gritado—. No hay recepción.

—¿Qué?

—Intenté llamar a mis padres hace un rato, pero la señal se cortó y ahora no hay recepción, ninguna en lo absoluto.

Los chicos a su alrededor intercambiaron miradas.

—¡Es cierto! —chilló alguien—. No puedo llamar a nadie.

Todos chequearon sus teléfonos y comprobaron la noticia. Los profesores palidecieron.

—¿Ahora qué haremos?

Los murmullos volvieron e inundaron la habitación entera. Por más que los mayores buscaron hacerse escuchar por encima del pánico de los alumnos, no lograron nada. La desesperación impregnaba el aire, nadie

sabía qué hacer.

Poco después, alguien señaló el piso y quienes estaban a su alrededor bajaron la mirada. Una capa espesa de humo azulado cubría el suelo, acariciando los tobillos de todos los presentes. Las luces de los teléfonos se perdían al apuntar hacia el humo.

—¿De dónde salió eso?

—¿Es gas? No es letal, ¿verdad?

El humo cubrió por completo el suelo del gimnasio y quedó suspendido por largos segundos, como si no se moviera. Todos lo observaban, sin saber qué pensar.

Un relámpago estalló dentro del gimnasio con una luz cegadora que centelleó en la esquina posterior izquierda, y su alarido acalló a la multitud entera, que se llevó las manos a los oídos y retrocedió lentamente.

Sonó otro relámpago, esta vez incluso más fuerte, y la luz cegadora volvió, pero con ella apareció una figura negra que desprendía llamas azules por todo el cuerpo y tenía dos enormes cuernos a los costados de la cabeza. Su cuerpo femenino y cabello estaban cubiertos por un vestido largo con capa negra, y una corona de llamas rojas flotaba varios centímetros por sobre su cabeza.

Su rostro no podía verse claramente, pero cuando habló todos supieron que debía ser la encarnación de algún demonio.

—Con que —comenzó—, así es como lucen doscientos corazones aterrados.

Se hizo el silencio.

La mujer demonio soltó una risita.

—Listos para el sacrificio. Sí, será divertido torturarlos hasta la muerte.

—¿Quién mierda eres tú? —gritó un chico valiente, aunque en realidad su voz temblaba.

—Ten más respeto. No quieres hablarle así a la Señora de la Obscuridad que tiene tu vida en sus manos, ¿verdad que no? —advirtió. Luego, alisó su vestido y se acercó apenas unos pasos; la temperatura en el gimnasio entero descendió—. Mi nombre es Hioroc, mentora de Hades, madre de Lucifer, creadora de la crueldad y el martirio, Diosa de la Aflicción, Reina de los Malditos. Soy la vampiresa que se alimenta del pesar de seres tan

bajos como ustedes, humanos.

El llanto amortiguado de alguien se escuchó en medio de la multitud, y Hioroc alzó una mano y la agitó en el aire, haciendo un gesto desinteresado.

—Pero, ¿para qué lo explico? No reconocerían a un verdadero Dios aunque les atravesara el pecho para arrancarles el corazón.

—Esto no puede ser —gritó alguien, llamando la atención de Hioroc.

Un chico delgado se abrió paso entre el resto y se plantó al frente de todos, respirando irregularmente.

—Esto no puede ser verdad, porque los Dioses no existen.

—Brian —pidió alguien—, vuelve acá.

—No, no puede ser cierto —dijo, acercándose a Hioroc con paso decidido—. Les probaré que no es verdad, ¡les probaré que es una farsa!

—Te lo advierto, chico. Si te das la media vuelta ahora, no seré tan mala contigo. No mueras como un idiota.

Brian comenzó a correr hacia Hioroc, que soltó un suspiro cansado. Alzó una mano en su dirección y Brian explotó como un globo lleno de agua al haberle lanzado un dardo afilado. Sus interiores salieron disparados en todas direcciones, empapando el suelo y a la multitud que se mantuvo en lugar en todo momento, llenándose de sangre y tejidos; los intestinos de Brian cayeron como tiritas de confeti sobre sus cabezas.

Los gritos se volvieron ensordecedores y los relámpagos que indicaban la furia de la Diosa elevaron su volumen. Una corriente de viento surgió desde debajo de Hioroc.

—Odio que no me tomen en serio —dijo, elevando las manos por encima de su cabeza; su voz se volvió más profunda y sonora mientras el suelo temblaba—. Si quieren verme molesta, entonces, malditos humanos, putas bestias, les enseñaré a mostrar respeto.

La multitud se abalanzó sobre las puertas que antes habían atrancado, cayéndose, empujándose y aplastándose, sin parar de gritar. Muchos lloraban a moco tendido.

Abandonaron el gimnasio como una exhalación, atravesaron los pasillos, chocaron con los casilleros, y cuando iban a alcanzar la salida de la escuela, una docena de cuerpos cayeron del techo y quedaron colgando, mostrando gargantas rebanadas, intestinos, y miembros cercenados. Las

risas de Hioroc resonaban por toda la escuela.

Y, en el gimnasio, mientras las doscientas personas escapaban del edificio, a Hioroc se le unieron otras risas.

—Eso fue maravilloso —dijo Rick, cargando varios controles mediante correas atadas alrededor de sus brazos, manos, y en su pesada mochila. Con un click, encendió las luces de la sala—. ¿Qué tal los efectos eléctricos? ¿Fueron creíbles?

—Fueron perfectos —le aseguró Vanessa, que se unía al resto tras haber entrado al gimnasio. Dejó su bate con clavos falsos sobre el suelo y se quitó la chaqueta mojada—. Todos morían de miedo, ¡fue fantástico!

Esteban, lleno de cordones, hilos y controles remoto, se ajustó los lentes.

—Nuestra coordinación fue precisa.

Brian apareció intacto detrás de una hilera de asientos y, sonriente, aceptó las ovaciones que le hicieron sus amigos cuando se acercó a ellos.

—Gracias, gracias —dijo—. Fue mi mejor acto de magia hasta ahora.

—Tanta sangre falsa —rio Vanessa—. Ha sido perfecto.

—Las luces, los casilleros, las ventanas, los gritos, todo fue genial —dijo Tim, el último de ellos, que cargaba grabadoras y luces en sus bolsillos—, pero la estrella de esta noche ha sido Carla, encarnando a la Diosa Hioroc. ¡Bravo!

Todos aplaudieron y la felicitaron, y ella se sonrojó. Se quitó los cuernos de plástico de la cabeza e hizo lo mismo con el micrófono pegado a su mejilla.

—Me gustó la parte de la vampiresa en tu discurso. ¿Lo improvisaste?

—Así fue.

—¡Pues me encantó! Tenías a todos temblando.

—No fue solo gracias a mí. Todos hicimos un gran trabajo; fue perfecto.

—Cuando descubran que hemos sido nosotros, nos echarán de la preparatoria.

—No importa.

—Tras esto tendremos a cientos de buscatalentos intentando contratarnos como cineastas, actores, y artistas de efectos especiales —dijo Tim, señalando la mochila de Rick—. Lo tenemos todo grabado. Nos haremos virales en pocos días, lo aseguro.

Todos se acercaron, con sus disfraces y dispositivos, y se dieron un gran abrazo. Rieron y saltaron unidos, y luego unieron los puños en el centro del círculo.

—Debieron pensarlo antes de llamarnos “raritos”.

—Debieron pensarlo antes de molestarnos hasta el cansancio.

—Debieron pensarlo antes de hacernos creer que no valíamos una mierda.

Intercambiaron miradas y no tuvieron que ponerse de acuerdo al gritar:

—¡Eso les enseñará a no meterse con los desadaptados!

Capítulo 23

23. ¡Sí, Señor Huesos!

Alrededor de la fogata se reunían los sobrevivientes: un grupo de veintitrés pequeños embelesados por su extraño y divertidísimo visitante.

Chicos y chicas le miraban sin parpadear, con las mejillas infladas, aguantando la respiración mientras el esqueleto caminaba de un lado al otro y los miraba a través de cuencas vacías. Unía las manos por detrás de la espalda y llevaba un simpático sombrerito negro que se balanceaba sobre su cráneo.

Detrás, envueltos en la oscuridad, se encontraban los cadáveres de los perdedores. Nadie les prestaba atención.

El único sonido era el de las llamas crepitando y los huesos de la criatura pisando las ramas y hojas del bosque. El esqueleto se dirigió entonces a un lugar entre los campistas en donde todos pudiesen verlo, y dijo:

–Pueden respirar.

Los pequeños soltaron un bufido, inhalaron aire, y de inmediato gritaron:

—¡Sí, Señor Huesos!

Los chicos se felicitaron los unos a los otros. Señor Huesos hizo lo propio y luego ordenó silencio.

—¡Son unos grandes jugadores! Me han sorprendido. Pasa de la medianoche y han superado ya la mayoría de mis juegos. Ya estamos cerca del fin, ¡se viene lo mejor!

—¡Sí, Señor Huesos! —repitieron, sonrientes.

—Primero, necesito que algunos voluntarios consigan todas las palas, trinchetes y machetes que puedan encontrar en el salón de suministros. No se dejen nada atrás o lo sabré.

En eso, cuatro de los chicos más grandes salieron disparados en esa dirección. Señor Huesos continuó hablando.

—Mientras tanto, para el resto… ¿Recuerdan que, hace unas horas, atrapamos a los líderes exploradores y los encerramos en una habitación lejana para que no pudiesen escapar?

—¡Sí, Señor Huesos!

—Han de sacarlos de ahí para traerlos hacia acá.

—¿Qué haremos con ellos? —preguntó un jovencito.

En ese mismo instante un murciélago gigantesco se materializó dentro de su pecho, trepó por su garganta y salió por su boca, desgarrándole las cuerdas vocales y dislocándole la mandíbula en el acto.

El murciélago cayó lánguido sobre un montón de ramitas; el chico se tiró al suelo convulsionando, con la cara contra el lodo, y dejó de moverse. El murciélago se sacudió las alas ensangrentadas, reptó hasta alcanzar un árbol y se perdió en la negrura de la noche.

—Señor Huesos dijo que nunca hiciéramos preguntas —dijo una niña al lado del chico que había muerto—. Esas son las reglas: nunca hacer preguntas y nunca contradecirlo.

—Es verdad —convino Señor Huesos—. Ahora, presten atención. Necesito que los líderes campistas lleguen vivos hasta acá. Si uno escapa, todos perderán el juego; si uno se lastima, todos perderán el juego; si matan a uno por accidente antes de llegar acá, todos pierden el juego.

—¡Sí, Señor Huesos!

—Andando pues.

Y ellos se alejaron en búsqueda de sus viejos líderes, obsoletos ahora porque Señor Huesos les había robado el puesto.

Ninguno sabía cómo es que había aparecido en el campamento, pero les había prometido el mejor juego que jugarían en toda su vida si tan sólo cumplían con sus reglas y le hacían caso en todo momento. Si llegaban a ganar, todo lo que hubieran hecho se revertiría, pero, si perdían, las muertes y el caos que dejaran a su paso serían permanentes; y nadie creería que les había visitado una criatura mágica que era todo huesos, bromas y sorpresas.

Unos minutos más tarde los campistas volvieron con los siente antiguos líderes de campamento, arrastrándolos e inmovilizándolos con cuerdas bien firmes. Señor Huesos volvió a felicitarlos y ordenó que todos tomar una pala o un arma del montón tras haber dispuesto a los antiguos líderes alrededor de la fogata. El fuego les quemaba las espaldas y les chamuscaba el cabello, pero a los niños no les importaba.

—¡Muy bien, niños! Me enorgullecen —dijo Señor Huesos, aplaudiendo—.

¿Quieren saber lo que sigue?

—¡Sí, Señor Huesos!

Señaló con un solitario dedo en dirección a la fogata y, con voz divertida, dijo:

—Devórenlos.

Los líderes de campamento gritaron aterrados pidiendo clemencia, rogando a los niños que no escucharan a una criatura tan vil, que no los mataran ni los hicieran pedacitos ni los echaran en una cacerola para cocinarlos. Pero no tenía sentido.

Los niños ya habían proferido su grito.

—¡Sí, Señor Huesos!

Pero lo que no sabían era que Señor Huesos era un mentiroso, pues todo el horror y las muertes provocadas en verdad llegarían junto con ellos al amanecer.

Para entonces Señor Huesos ya estaría muy lejos de ahí.

Capítulo 24

24. Tricker

Dicen que, cuando cumples ochenta años y vives en un país solitario, una criaturita te visita para intentar comprar tus dedos.

Se aparece en medio del atardecer, es cuidadoso y, al contrario de muchos otros entes chantajistas, él no es espontáneo o divertido. De hecho, es bastante retraído, tímido, e incluso habla con voz temerosa sin jamás hacer contacto visual.

Pero hará lo que sea para hacerte sellar el trato.

Se te presenta con el nombre de Tricker, y aunque nunca menciona su raza, puedes estar seguro de que es alguna clase de duende. Es pequeñito, de unos veinte o veinticinco centímetros de altura, viste de traje, tiene grandes ojos y cabello negro pegado al cráneo de forma desordenada. Además de eso, nunca se le ve sin una bolsa de tela marrón por la que escurre un líquido blanco de entre las costuras y dentro del cual se remueven criaturas alargadas y pegajosas, creando sonidos viscosos conforme chocan entre sí.

Sólo se aparece ante las personas mayores cuando estas se encuentran solas, holgazaneando, y su presencia, en lugar de asustar, les tranquiliza cual vela aromática que te adormece con su esencia.

Irá directo al punto, preguntándote tu nombre, y jamás lo olvida.

—Verás —dice, tras presentarse—, me dedico a tiempo completo a crear cosas útiles de otras inservibles; creo vida de cosas muertas y soy muy bueno en ello. Sé que no nos conocemos, sé que no tengo el derecho de pedirte nada, pero para eso quiero ofrecerte un trato: si tú me das lo que yo pido, dejaré que tú me pidas algo a mí. Lo que sea. Lo cumpliré.

Cuando preguntas lo que él desea, te lo dirá sin vacilar.

—Quiero tus dedos. Quiero que, cuando mueras, me dejes entrar a tu ataúd y me dejes cortar todos tus dedos. Los necesito.

Si preguntas para qué, repetirá que se dedica a crear a expensas de cosas inútiles. Si preguntas en qué los transformará, evitará contestar e insistirá con el trato.

Y el verdadero talento de Tricker aparece cuando comienzas a pedir tus deseos. Él se encargará de engañarte de cualquier manera posible para hacer que pidas cosas minúsculas en comparación a la posibilidad de tener

lo que fuera por el trato que ya sellaste. Hará que desees cosas que podrías obtener por tu propia cuenta; un nuevo libro que habías visto en la librería, que tus seres queridos te visiten para cenar, o algo tan banal como un nuevo look o un vaso de agua.

Sellarán el trato.

Tu deseo se cumplirá al momento, quizás en unos pocos minutos. Cuando mueras, nadie se dará cuenta de que el pequeño ser le arranca los dedos a tu cadáver.

Se han especulado muchas cosas, pero lo que más ha llegado a tener sentido es una teoría nacida de los testimonios de aquellos que se negaron a aceptar el trato.

Admitieron que, días después de que Tricker les visitase, comenzaron a tener pesadillas donde una criatura como una sanguijuela gigante les apresaba, sofocándolos hasta la muerte como una anaconda lo hace con su presa. Más tarde, las pesadillas eran protagonizadas por el mismo Tricker, que se aparecía al pie de la cama y les arrancaba los dedos con sus dientes; los testigos afirmaron despertar con dolor atroz en las articulaciones y rasguños en las manos y pies.

Al final, soñaban que veían sus propios dedos sobre una mesa cerca de la cual ellos se sentaban. Los dedos comenzaban a moverse por sí solos, se doblaban y crujían, y su color y textura se transformaba mientras del otro lado de la mesa Tricker pronunciaba palabras extrañas y elevaba las manos al cielo.

Los dedos crecían en volumen, tan grandes y pesados que quebraban la mesa, se tornaban completamente blancos y se agrandaban hasta alcanzar los varios metros de altura.

La teoría dicta que Tricker transforma los dedos tal como en los sueños. Los dedos de miles de personas muertas están ya a su disposición, pero nunca se sabrá para qué los quiere.

Por lo menos, no lo sabemos hasta ahora.

Capítulo 25

25. Jaque Mate, Reina

No había cosa que gustara más a la viuda Dankworth que pasar las tardes en el parque, específicamente en el extremo sur, donde se sentaba a tomar el té en una mesita dispuesta para jugar al ajedrez mientras esperaba a algún oponente.

De cualquier forma, no tenía mucho qué hacer después de que su querido esposo hubiese muerto, y el jugar al ajedrez le ayudaba a recordarlo con gran cariño; había sido él quien le había enseñado a jugar, y ella había perfeccionado su habilidad con el paso de los años.

Cuando alguien decidía hacerle compañía, siempre les contaba esa misma historia, a lujo de detalles. Todo lo que decía era verdad, pero eso no evitaba que ocultara ciertos detalles acerca de sí misma.

Pasaron muchos años hasta que una organización especializada en la investigación de lo paranormal atara los cabos sueltos y se diera cuenta de que la viuda Dankworth era la culpable de haber desaparecido a por lo menos siete personas en los últimos veinte años.

Se enviaron a varios agentes a investigar la situación, recurriendo casi exclusivamente a vigilancia sin intervención directa.

El departamento de inteligencia no tardó en darse cuenta de lo repetitivo que siempre era el discurso de la anciana; pero, además, cuando ya había ganado una cantidad aproximada de tres partidas ante su adversario, solía hacer una pregunta en particular:

"¿Cuál es tu pieza favorita?"

Entonces, claro, el rival contestaba con total naturalidad.

Mientras la investigación se llevaba a cabo, la viuda Dankworth jugaba en contra de un joven estudiante de Ciencias Políticas, que respondió que adoraba al alfil por la forma tan simpática que tenía y por la manera que tenía de desplazarse a través del tablero.

Luego, la viuda lo dejó ganar y dio por terminada la tarde de juegos diciendo que debía ir a casa a reposar sus huesos desgastados.

Algunos días más tarde, el estudiante desapareció.

La agencia tomó acción de inmediato pues no podían permitir que otra persona cayera en las triquiñuelas de esa vieja bruja. Se encargaron de

reclutar al campeón de ajedrez de un país lejano para que Dankworth no le reconociera y sospechara.

En el momento, todo lo que tenían para defenderse eran especulaciones de mano de los mejores intelectuales e investigadores de la organización, pero era lo mejor que podían hacer. Carson, el campeón, prometió que nunca hablaría de la organización o de la misión, tras lo cual prometieron brindarle estabilidad económica para sus siguientes cuatro generaciones.

Aceptó y, cuatro días más tarde, ya se acercaba a la mesa que ocupaba la viuda Dankworth, repitiéndose una y otra vez las instrucciones que la joven agente le había dado con tanta seriedad.

"Primero, haz que confíe. Trátala como a una abuelita cualquiera, sé amable y escucha su historia con interés.

Segundo, bajo ninguna circunstancia dejes que te venza en el ajedrez. No permitas que gane siquiera una partida.

Tercero, si sientes peligro, huye. Tan solo huye."

Carson localizó a la viejita mirando hacia el horizonte y se detuvo a unos veinte metros de distancia.

—La veo —dijo, dirigiéndose al micrófono que traía en el oído—. Estoy listo.

—Suerte —respondió la otra línea.

No dijo nada más.

Se acercó a Dankworth ocultando su nerviosismo detrás de una sonrisa amable.

—Buen día. ¿Puedo?

—Oh, querido, claro que puedes. Siéntate, siéntate —dijo ella, señalando la banca vacía delante suyo—. ¿Te gusta el ajedrez?

—Me gusta mucho —dijo Carson, sentándose. Dejó que la anciana colocara las piezas en el tablero, sin sorprenderse cuando notó que lo hacía sin siquiera mirar—. Aprendí a jugar a los ocho años.

—¡Ah, me alegro! Debes ser bastante bueno, ¡qué emoción! Hace tiempo que nadie iguala mi juego.

—Espero alcanzar sus expectativas, señora.

—Dime Reina —le tendió una mano y sonrió tras haber escuchado su nombre—. ¿Sabías que mi esposo, en paz descanse, me enseñó a jugar al ajedrez muchos años atrás? Es una historia divertida, verás… Oh, Carson, querido, tú mueves primero; yo prefiero las piezas negras. Como decía…

Carson dejó de escucharla tras varios minutos. Estaba demasiado concentrado en el juego.

Reina era muy buena, tanto que las primeras partidas quedaron en limpios empates, y tras todas esas horas transcurridas era sorprendente cómo ella seguía hablando. Mientras más pasaba tiempo con ella, más le tenía miedo; era demasiado dulce, demasiado feliz. Resultaba incómodo por lo innatural que era.

Varias veces Carson temió no ganarle.

—Lo haces bien, no desesperes —susurró la voz en el auricular—. Aún es temprano, podemos detenerla.

Conforme avanzaban en el siguiente juego, Carson se dio cuenta de que algo en las piezas de Reina había cambiado; habían pasado de ser de madera a ser cristal cortado dentro del cual flotaba una clase de bruma negra con motitas de color dorado en varias de las piezas.

Había brillos dorados en ocho piezas: en una torre, en ambos caballos, en un alfil y en cuatro peones.

En cambio, la pieza del rey contenía un humo azul obscuro que flotaba un tanto más rápido en contraste con el resto de las piezas.

La pieza de la reina tenía brillos rojos.

Carson creyó que sería mejor no preguntar.

Ganó la primera partida pasados catorce minutos de las cinco de la tarde. Reina se veía sorprendida, pero más lo estuvo Carson al escucharla decir que quería continuar jugando.

Empataron una vez más, pero en la siguiente partida Carson ganó nuevamente. No quería delatar su emoción estando tan cerca de la victoria, así que se mordió la lengua y se limitó a sonreír y asentir cuando Reina pidió la revancha.

A Carson le habían especificado qué hacer en el momento justo en que

ganara la tercera partida.

Él era el que tenía que pedir otro juego, no Reina, y cuando se encontraran a mitad de dicha cuarta revancha, debería preguntarle a la viuda cuál era su pieza favorita.

La agencia le había dicho varias veces que no estaban seguros de que eso funcionara, pero las chances a favor superaban las sospechas negativas; de todos modos, por lo que Carson recordaba de los cuentos de su infancia, la magia de las brujas también era su propio veneno.

Cuando Carson ganó por tercera vez, la sonrisa de la viuda Dankworth ya había desaparecido por completo. Ahora se la veía completamente molesta, completamente humana.

Se levantó bruscamente e hizo ademán de alargar una mano para recoger sus piezas cuando Carson la tomó por la muñeca y la interrumpió.

—Por favor, Reina, no se moleste —pidió, mirándola a los ojos—. Creí que nos estábamos divirtiendo.

—Debo irme.

—No. Juguemos otra partida.

Entonces, el ceño fruncido de la viuda desapareció y se sentó nuevamente sin decir nada, pero en sus ojos podía verse temor puro.

—Una última partida, Reina.

Ella accedió presa de su propia jugarreta y Carson siguió con el plan. Había devorado nueve piezas de su rival cuando se detuvo y preguntó:

—Dime algo, ¿cuál es tu pieza favorita?

Dankworth levantó la mirada. Estaba temblando. Comenzó a negar con la cabeza.

—No —sollozó—. No, no puedes… ¿Cómo…? ¿Cómo lo sabes?

—¿Cuál es tu pieza favorita?

Ella tragó saliva.

—La reina.

Una sacudida procedente del centro del tablero recorrió el parque entero; los árboles se agitaron y los arbustos se estremecieron al ritmo de aquella

extraña vibración. Una bandada de pájaros que reposaban entre las ramas salió volando para perderse en lo lejos. La alarma de un auto se encendió a lo lejos y, tan pronto como comenzó, la sacudida se detuvo.

Cuando Carson bajó la mirada notó que las piezas de cristal brillaban con una intensidad sobrenatural; los destellos rojos, dorados y azules se agitaban velozmente conforme el humo dentro del vidrio chocaba y se movía cual diminutos remolinos.

Vio a Reina a los ojos.

—Es tu turno.

La viuda hizo todo lo posible para ganar; incluso pensó que terminar en empate era mucho mejor que perder, pero no lo logró. Estaba demasiado asustada, aterrada de caer bajo la misma maldición que ella había puesto sobre muchos inocentes.

Carson pronunció las siguientes palabras sin pensarlas, mientras levantaba una de sus propias torres.

—Jaque mate…

—¡No, no, no!

—…Reina.

Ella explotó como un borrón de rojo y negro, e inmediatamente después sus partes deshechas volvieron a juntarse como si las succionara un huracán en la punta de la corona de la pieza de la reina, que se agitaba violentamente sobre la mesa y maldecía con voz deformada.

Dos segundos más tarde, Carson ya estaba solo.

Vio las piezas. Estaban ahora vacías, sin el humo que las poseía, excepto por la pieza de la reina, que era una mezcla de motas rojas y negras chocando contra el cristal.

La pieza del rey estaba rota.

Capítulo 26

26. El I.F.F.

Michael fue educado dentro de una familia escéptica, por lo que nunca había creído en seres divinos o reinos mágicos en los que vivías después de morir; mucho menos se había imaginado terminar dentro de un universo macabro tras el accidente de auto en el que perdió la vida.

Murió casi instantáneamente cuando un camión se estrelló contra el auto que manejaba su padre. El cuello de Michael se rompió antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando. Varias horas después despertó en un lugar muy similar al campus de una universidad.

Estaba tumbado cabeza abajo sobre un bloque de pasto, a su lado había un árbol enorme sin hojas y con cientos de ramas secas. Apenas se puso de pie se dio cuenta de que ese lugar no era normal: el cielo no tenía sol, estaba plagado de nubes grises y criaturas que no podía distinguir surcaban los aires sin preocupación alguna.

Delante de sí se encontraba la parte trasera de un enorme edificio, que recordaba a mucho a un castillo de piedra con musgo y suciedad en los escondrijos más alejados. Dentro, podían verse los resplandores de velas encendidas y sombras paseándose por los pasillos.

Michael dio unos pasos para dejar el bloque de pasto detrás y de inmediato se dio cuenta de que las farolas que alumbraban el patio trasero tenían forma de calabazas enormes, talladas con rostros demoniacos y caricaturescos. Se detuvo, llevándose las manos a la cintura, pensativo.

—¿Dónde…?

En ese mismo instante, algo se materializó delante de él.

Tenía el cuerpo de una joven cualquiera, llevaba puesto un vestido marrón sobre un holgado suéter verde, calzaba botas negras y llevaba una capa roja con cuello alto sobre los hombros. Su piel era azulada, como la de un cadáver, y cargaba contra el pecho varios libros gruesos de los que Michael no alcanzó a leer los títulos. Lo más llamativo acerca de ella era su cabeza, pues era la de un cuervo.

—Hola —dijo, con voz animada—. Mi nombre es Rayo, soy tu tutora asignada.

Le tendió una mano y, tras Michael tomarla, la sacudió energéticamente.

—Mi nombre es Michael.

—Es un placer conocerte, pequeño. Vamos, te llevaré adentro. Quiero que conozcas la escuela lo antes posible.

—¿Escuela? —repitió, un tanto asustado, y comenzó a seguir el paso veloz de Rayo, que se adentraba en un caminito que desembocaba en un puente lejano—. ¿Esto es una escuela?

—Así es. Te encuentras ante el I.F.F.: El Internado para Futuros Fantasmas.

—¿Ahhh?

—Somos una institución que cada año recluta las almas de miles de fallecidos con el sólo objetivo de que estos puedan aprender a adentrarse devuelta en el mundo de los humanos para comunicarles la verdad de su raza.

Michael frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Debo estar soñando…

—No, Michael. Tú moriste —dijo, con tono serio—, por eso estás aquí.

—¿Y por qué me eligieron a mí?

—Verás, cada vez que un humano muere, cosa que sucede a diario, a cada segundo, los espíritus expertos y su legión de informantes analizan las variables de dichas almas —dijo, sin dejar de caminar—. Luego, seleccionan a aquellos más aptos para retornar a la Tierra como fantasmas, basándose en cosas como el poder místico, el talento innato para transmitir y digerir información, la descendencia o la capacidad para adaptarse.

—Bueno… ¿Y entonces nos envían aquí? ¿Con el permiso de quién?

—Con el permiso de su creador, claro.

—¿Dios?

Rayo soltó una carcajada.

—No, claro que no. Con el permiso del creador de tu dimensión, Michael —explicó, como si aquello tuviese más sentido—. Esto lo aprenderás en la clase de historia, pero no está de más adelantarnos un poquito. Verás, en

total existen doce dimensiones y cada una de ellas fue creada por un ser increíblemente poderoso; ellos a veces se topan y entablan relaciones, a veces amistosas y a veces no tanto. Fue en una de estas ocasiones que el creador de la dimensión de los humanos hizo un trato con el creador de mi dimensión: esta, en la que nos encontramos.

—¿Por qué?

—Porque tu creador es bondadoso. Quiere que los humanos entiendan la verdad; no soporta verlos intentando encontrarle un sentido a la vida en lugar de disfrutarla —dijo, e hizo una breve pausa—. Sin embargo, su mente y poder están fuera de la comprensión de los humanos que, si intentaran siquiera comprender una idea de su creador, bueno… Quizá se volverían locos.

—Vaya…

—Entonces, tu creador le permitió al mío extraer la esencia de algunos humanos para adentrarlos a nuestra dimensión, de forma que aprendieran cosas que nadie nunca se hubiese imaginado.

—Vale, entiendo eso, pero ¿por qué nos transforma en fantasmas? ¿Cuál es el punto de asustar a otros humanos?

—Ese no es el objetivo de la Institución. Michael, el viaje entre dimensiones aun es primitivo, a pesar de que el pacto entre los creadores haya ocurrido ya hace cientos de millones de años. Cuando los espíritus graduados vuelven a la Tierra, sus cuerpos sufren cambios brutales; incluso sus mentes y recuerdos. Los humanos terminan viendo estas anomalías como "encuentros paranormales" —hizo comillas con los dedos y soltó un suspiro—. La Institución ha tenido muchos proyectos que intentan resolver el problema de distintas maneras: hemos enviado criaturas que no son humanas, criaturas provenientes de las otras diez dimensiones, pero éstas acaban siendo catalogadas como seres crípticos.

—¿Como el hombre polilla, pie grande o Nessi?

—Exactamente. Sin embargo —dijo, recuperando su animosidad—, hay otros proyectos que han tenido éxito. Hemos logrado que los espíritus de algunos de nuestros graduados influyan en seres humanos destacables; creadores como Mary Shelly, Clive Barker o Junji Ito, todos inclinados a lo extraño, todos proyectan algo de su remoto conocimiento sobre el verdadero universo oculto a los humanos.

—Aunque todos lo tomemos como ficción —dijo Michael, rascándose la barbilla.

—Es por eso que no nos hemos rendido.

Ambos continuaron caminando por uno o dos minutos, hasta que llegaron a la parte frontal del castillo, poblada por cientos de alumnos con capas similares a las de Rayo (salvo que las suyas eran púrpuras) que caminaban y charlaban.

Había estudiantes fantasmas de todas las edades, maestros con rostros extraños, alas y garras, seres amorfos que repartían folletos, herramientas que se manejaban por sí mismas para barrer el césped y recoger las hojas secas.

Rayo y Michael se detuvieron ante la entrada principal del edificio, por la cual brotaba olor a chocolate caliente y libros viejos. Rayo le colocó una mano sobre el hombro.

—Michael, ahora debes escucharme.

Él asintió. Tras todo lo que le había contado y por todo lo que podía ver, ya no creía que nada le sonara disparatado.

—Se te reclutó porque tu alma tiene características sobresalientes. Esto no quiere decir que seas el primer fantasma que podrá comunicarse exitosamente con los humanos, pero no perdemos la esperanza de que puedas ser el que abra las puertas para que ellos vean a los fantasmas desde otra perspectiva, ¿entiendes lo que digo?

—Entiendo que soy especial —bromeó, y Rayo rio—. Sí, comprendo lo que dices.

—De todos modos, no te obligaremos a estudiar aquí. Puedes elegir no hacerlo y tu alma desaparecerá; descansarás en paz.

—Pero —dijo Michael, considerando las posibilidades—, puedo decir que sí y hacer lo posible para revelar la verdad.

—Entonces, ¿qué dices?

Michael apenas lo meditó. A decir verdad, la idea de desaparecer así sin más no sonaba muy atractiva. Aquí, en una dimensión diferente y con una vida nueva al alcance, ¿qué podía perder?

Miró a Rayo a los ojos y asintió.

Cuarenta años más tarde, la noticia de un niño fantasma que acechaba cerca de la autopista 89 se hizo famosa a nivel mundial. Podía

escuchársele decir: “*El creador… me envió…*”

Pero nadie entendía nada más.

Capítulo 27

27. Demasiado Tarde

Un relámpago estalló en contraste con el cielo de medianoche y Katherine tuvo que inclinarse hacia delante para escuchar lo que Zev intentaba decirle.

Se quitó el cabello mojado del rostro y apuntó la linterna en dirección al agujero en el suelo dentro del que Zev trabajaba incansablemente.

—¿Qué dices?

—Pregunto por qué tu sólo te quedas mirando mientras yo hago todo el trabajo físico —dijo Zev, gritando por encima del rugido de la tormenta—. ¡Ya estoy cansado!

—¿Cómo esperas que una chica de cincuenta kilos pueda ayudarte cavando un hoyo? Además, debo quedarme afuera para echar un ojo.

—No es como si alguien fuera a visitar un cementerio abandonado en medio de una tempestad como esta.

—Profanar una tumba sigue siendo un delito —le recordó—. Sólo sigue cavando, ¡no debe faltar mucho!

—Espero que tengas razón.

Katherine dejó que Zev continuara quejándose a solas y se apartó unos pasos.

Hurgó en los bolsillos de su chaqueta hasta que encontró el papel doblado que había guardado con tanto recelo desde el comienzo de la aventura; se dobló sobre sí misma para proteger el papel de la lluvia y alumbró los dibujos con la linterna.

Ahí estaban: cambiando de nuevo.

Manchas de tinta se movían sobre el papel como los tentáculos de alguna criatura mística, las líneas se alargaban y desaparecían para dejar paso a nuevos trazos completamente diferentes a los anteriores. Era una ilusión óptica completamente real nacida de un lenguaje olvidado en el tiempo, que Katherine había entendido desde que se topó con la solitaria hoja de papel varios años atrás.

Aunque, recordar aquello no tenía sentido.

Bastaba con entender que ella venía de una larga descendencia de brujas con habilidades poderosas, y el destino había tomado cartas en el asunto para guiarla hasta la librería deshabitada donde yacía la hoja de papel que ocultaba la ubicación de un tesoro invaluable.

Katherine sabía que no se encontraría con un cofre lleno de oro o diamantes, pero hasta entonces tampoco había logrado descifrar la consistencia del tesoro. Presentía una clase de energía poderosa, algo denso, sin forma, que la llamaba continuamente.

Los trazos en el papel no mostraban más que la escena actual: una tormenta, los restos de una tumba abierta, relámpagos, soledad; pero más abajo en la página podían distinguirse manchones como gotas de sangre y rostros entremezclados unos con otros, gritando como si estuviesen sufriendo.

Luego, los dibujos volvieron a cambiar, mostrando un ataúd abierto. Dentro se encontraba una figura con los brazos cruzados sobre el pecho.

De pronto el dibujo abrió los ojos y miró directo a los de Katherine. Sonrió, mostrando hileras de dientes llenas de colmillos.

Zev gritó con aire victorioso.

—La encontré, ¡aquí está!

Arrojó la pala fuera del agujero al tiempo que Katherine se giraba para encararlo, con ojos desorbitados, sin poder pronunciar palabra a pesar de que algo dentro de sí le dijera a gritos que las cosas ya no iban tan bien.

—La abriré —dijo Zev—, será fácil.

Ketherine soltó el papel y la linterna, y se abalanzó sobre el borde del agujero recién cavado, manchándose de barro.

—¡Zev, espera!

Las palabras que Zev comenzó a pronunciar fueron interrumpidas por algo levantándose. Un crujido monstruoso como el de huesos siendo destrozados inundó los oídos de Katherine; el cielo se quedó completamente oscuro, la linterna había caído demasiado lejos, y Katherine escuchó que algo viscoso se estrellaba a su lado.

Los relámpagos volvieron, revelando la cabeza cercenada de Zev a su lado, con la quijada fuera de lugar y uno ojo desaparecido de su cuenca; chorreaba sangre por el cuello a borbotones, del cual también asomaban

trozos de espina dorsal.

Katherine gritó y se apartó a gatas, pero la visión de algo por el rabillo del ojo la hizo detenerse.

Una criatura se incorporaba desde el agujero, cargando el cadáver de Zev.

Katherine alcanzó la linterna y con esta apuntó a la criatura que flotaba por sobre el agujero; tenía aspecto humanoide pues poseía dos piernas, dos brazos, y una cabeza, pero era demasiado delgado y demasiado alto para ser humano.

Iba vestido con ropas negras y cadenas que le colgaban de los hombros y la cintura como si lo hubiesen clavado al suelo con ellas.

Katherine apuntó con el haz de luz el rostro del ser y vio el tamaño abominable de sus fauces. Su cráneo era alargado, permitiendo que su boca ocupara más de la mitad de su cara; las comisuras de sus labios se extendían hasta por debajo de las orejas y desde sus encías expuestas brotaban cientos de dientes pequeños, afilados y puntiagudos.

De su garganta provenía una lengua blanca que terminaba por dividirse en la punta como la de una serpiente.

Miró a Katherine y, sin apartarle la vista de encima, torció el cuello para beber de la garganta desgarrada del cuerpo de Zev. Luego abrió la boca y le arrancó un trozo de carne que engulló con un chasquido.

Katherine sintió que algo le escalaba la garganta y apenas tuvo tiempo de girar a un lado para vomitar sobre el barro.

La lluvia le limpió la cara.

Detrás de sí continuaba oyendo crujidos y mordiscos, pero logró alcanzar la hoja de papel, que ya se había deshecho en varias zonas.

En los trazos Katherine logró ver a la misma criatura sobre una montaña de cadáveres, teniendo como fondo una ciudad envuelta en llamas y caos.

Un instante antes de que su tobillo fuera alcanzado por una de las garras del vampiro, Katherine se dio cuenta de que había sido engañada para traer de vuelta al mundo a su verdadera plaga, a su único verdugo.

La energía que había sentido hasta entonces no era una llamada sino una

advertencia.

Lo siento, Katherine. Ya es demasiado tarde.

Capítulo 28

28. La Verdad de la Luna

Estaba tumbada en el suelo, de cara contra la madera.

Su cabeza dolía, así como el resto del cuerpo, que punzaba a cada latido. Su piel picaba y también le molestaban los dientes, como si hubiese mordido un montón gravilla y piedras durante varias horas.

Le habían atado los brazos a la espalda con una cuerda que también unía sus piernas, clavada en el suelo. Era el procedimiento que siempre utilizaban para las noches de luna llena, pero Sofía tenía el presentimiento de que ahora no iba a funcionar.

Se sentía demasiado poderosa, tan viva como nunca antes, y sólo tendría que dejarse ir por un instante para dejar que el poder la consumiese por completo.

Sí, esta vez lo haría. La fuerza de la luna corría por sus venas, se acumulaba debajo de su carne, lista para poseerla y manifestarse ante los mortales como en verdad era: salvaje, bestial, indomable.

Sofía comenzó a quejarse en voz alta cuando su quijada se partió y se alargó en el mismo instante; entonces, ambas hileras de dientes, superior e inferior, se volvieron afiladas y crecieron a la par que el resto de su cuerpo. Un torrente de sangre le bajó por la barbilla, por entre los dientes que desgarraban sus encías. Su nariz se acható y se volvió negra y acuosa; sus lloriqueos entonces se transformaron en gruñidos.

Sus brazos se ensancharon violentamente, llenos de músculos y venas que se abultaron bajo la piel. Las sogas cortaron su circulación, pero pronto los hilillos que las conformaban fueron cediendo hasta reventarse.

Sofía sonrió y dejó que las cuerdas se deslizaran hasta caer al suelo mientras ella se incorporaba; alargó las manos ante ella, convertidas ahora en zarpas tan grandes como las de un tigre, que terminaban en uñas alargadas en punta, manchadas de sangre y suciedad. Cuando la cuerda a sus pies estuvo lo suficientemente cerca de sus afiladas garras, bastó con un roce de estas para cortarla limpiamente.

Arriba, pudo escuchar cómo su familia corría a por los muebles más pesados de su casa para colocarlos encima de la trampilla del sótano, donde ella yacía. No le importó, pues para escapar tendría tiempo de sobra.

Ahora necesitaba estar a solas consigo; necesitaba un momento perfecto para que la humana aceptara la llegada de la bestia que se acercaba con el canto seductor de la luna.

Cómo la amaba.

Sin pensarlo, se clavó las uñas en el rostro para deshacerse de la piel que cubría su verdadero ser. Debajo del dolor y los ríos de sangre, se asomó un pelaje marrón obscuro, y su cráneo volvió a cambiar, alargándose. Sus ojos se hundieron.

Cuando se arrancó los oídos, unas orejas puntiagudas brotaron debajo, cubiertas por espeso pelaje.

Eso le gustaba, ¡oh! Le encantaba.

Tocarse, descubrirse, desnudarse, sentir lo hermosa que era.

Dejó que los trozos rosados de carne cayeran entre el polvo con sonidos pegajosos, y luego se arrancó el cuero cabelludo del cráneo, revelando más pelaje marrón.

Se arañó el cuello, los brazos, y clavó cada una de sus zarpas entorno a cada seno, arrancándolos también con un grito inhumano de dolor y placer, que a oídos de sus padres y hermanos sonó como un aullido de ultratumba.

Su piel caía a jirones sobre charcos de sangre, y pronto su cuerpo, su verdadero cuerpo, estuvo por completo al descubierto. Se trataba de un ser que no era humano ni animal, pero que era perfecto en mente de Sofía.

Había crecido hasta alcanzar los dos metros. Andaba en dos patas y su cuerpo entero estaba cubierto de pelaje marrón manchado de coágulos espesos de sangre; sus ojos eran enormes, de un tono amarillo enfermizo y de pupila alargada que reflejaba sólo locura y crueldad.

Se irguió con una mueca de satisfacción y pasó una de sus manos enormes por el techo, haciendo saltar astillas conforme hería la madera. Su familia se echó a gritar y Sofía soltó una risa gutural.

—¡No te atrevas a salir de ahí! —advirtió su padre, con voz temblorosa—. Sofía, te lo ruego.

Pero a Sofía no le importó que su familia entera estuviese suplicándole. Ahora tenía más parentesco con la luna que con cualquier otra criatura de

la tierra entera. Esos humanos ya no significaban nada para ella.

Comenzó a avanzar en dirección a las escaleras que llevaban a la trampilla abarrotada por el otro lado.

—El pueblo te asesinará —imploró su hermano—. Si no te matamos, ellos lo harán.

Eso no la detuvo, era demasiado poderosa para cualquiera.

Así era la luna.

Capítulo 29

29. Excesos

Un vecindario común no hubiese soportado la fiesta de aquella noche, y era por eso que la granja abandonada a las afueras de la ciudad se ajustó a la perfección.

No hizo falta más que conseguir varios generadores eléctricos, un sistema de sonido digno de un festival musical, y limpiar un poco la suciedad acumulada en la granja por el paso de los años. De todos modos, no es que el aspecto del sitio importara mucho en medio de la noche, teniendo por habitantes a un montón de chicos y chicas ebrios y probablemente drogados.

También pudieron conseguir un sistema de luces estroboscópicas y bolas disco que reflejaban una gama increíble de colores.

Hacerse con las bebidas y el DJ fue lo más sencillo, y los invitados se presentaron apenas el sol se ocultó en el horizonte.

Ahora, era casi la una de la madrugada, pero la fiesta parecía apenas estar comenzando; todos saltaban y bailaban al ritmo de la música, algunos gritaban líricas, otros se limitaban a orillarse en una esquina del edificio para beber con sus amigos e intentar charlar entre el alboroto.

Fue en el momento de mayor juerga que el pedido arribó.

Nadie se dio cuenta más que el par de anfitrionas, Payton y Rain, que fueron llamadas a la parte posterior de la propiedad para firmar papeles. Cuando le regresaron los contratos al trabajador, este hizo una seña y otro par de empleados sacaron la máquina del camión enorme en que venían montados.

Ahí estaba, en todo su esplendor, midiendo dos metros de alto y tres o cuatro de ancho. Era una máquina construida con barrotes de acero que rodeaban casi por completo una silla del mismo material, muy parecida a uno de esos aparatos en los que los futuros astronautas se meten para girar sin sentido. Salvo que la máquina que estaban mirando contaba con un casco unido a la silla, y esta no se movía. Varias mangueras de goma colgaban de tubos justo a la altura de la cara de la persona que ocuparía el asiento.

El aparatejo tenía ruedas en la base para que su transportación fuese sencilla y también varias palancas que servían para asegurarla al suelo si así se deseaba. En la parte posterior tenía tres tanques de veinte litros de

los cuales salían mangueras, pero justo ahora estos estaban vacíos.

Payton y Rain se despidieron de los trabajadores y arrastraron la máquina devuelta a la fiesta; el escándalo fue disminuyendo conforme arrastraban el aparato hacia el centro de la pista de baile. El DJ detuvo la música y anunció que algo raro estaba pasando, pero animó a los invitados a que se acercaran a averiguar.

Llamaban al aparato "El Fertilizador" y, los chicos ebrios lo adivinaron, aquello que las mangueras de plástico disparaban al ocupante de la silla era cerveza. Decían que te inflaba la tripa de tal manera que, cuando tu turno terminaba, parecías preñado de varios meses. Vulgar, sí ¡pero también divertidísimo!

Todos se reían y miraban al Fertilizador con interés mientras llenaban los tanques con litros y litros de cerveza helada, pero sólo hubo una chica valiente que se acercó cuando la máquina estuvo lista. Payton se sentó, riendo alegre al vitoreo del público.

Al parecer, el reto sólo era válido si permanecías atado, y Payton no se acobardó.

—¡No es como que estar amarrada me disguste!

Le ajustaron el casco, ataron sus piernas y muñecas a la silla, y le colocaron dos mangueras en la boca; tuvieron que deslizarlas hasta su garganta para que la presión con la que la cerveza salía no hiciese que esta se deslizara fuera de su boca. Payton apenas se molestó, su ebriedad ya latente y la atención de todos aquellos desconocidos le borraban algo de su sentido común.

Rain tuvo el honor de jalar la palanca para poner en marcha al Fertilizador.

De inmediato la cerveza fluyó a través de los tubos; Payton se estremeció cuando el primer chorro de cerveza le atravesó la tráquea, pero su alegría regresó al notar cómo el público vitoreaba y le miraba como a alguna clase de heroína.

Levantó ambos pulgares y los gritos se hicieron más ruidosos, ¡la adoraban!

Su estómago crecía bajo su camiseta, de manera antinatural, como si un monstruo fuese a reventarle el vientre.

El rostro de Payton cambió un momento, incómoda, y comenzó a hacer gestos con las manos: las extendió y comenzó a agitarlas de un lado al

otro. Sus rodillas temblaron, sus ojos se cerraron y frunció el ceño.

Rain se iba a acercar, pero un chico robusto y tambaleante se le adelantó, empujándola a un lado.

—¡Quiere más! —dijo el chico.

Pateó la máquina, tomó la palanca y la subió y bajó varias veces.

Payton intentó proferir un grito, pero los tubos en su garganta se lo impidieron. Un chorro de saliva salió disparado de entre sus labios, con gotitas de sangre que pasaron desapercibidas por la multitud.

Volvió a agitar las manos, con su estómago creciendo cada vez más a cada instante que pasaba. El paso le era impedido a Rain por cómo el chico de antes se mantenía delante de ella, moviendo constantemente la palanca.

La barriga de Payton se desbordó por encima del borde de su pantalón y su camiseta se enroscó hacia arriba para dejarle paso a la carne creciente. Apretó los puños y comenzó a sacudirse, sin lograr librarse. Cuando intentó gritar otra vez, una arcada subió desde su garganta, y esta vez sólo se trataba de sangre.

Varios de quienes le rodeaban intercambiaron miradas. Rain se congeló. La panza de Payton seguía creciendo, las venas en su cuello y rostro se abultaban bajo su piel.

—¿Estás bien? —dijo alguien.

Payton intentó negar con la cabeza, pero la tenía perfectamente sujeta por el casco. Su vejiga cedió y se orinó en los pantalones; su estómago no dejaba de alargarse a un ritmo alarmante.

—Pay, ¿estás bien?

Ella levantó los dedos índice de cada mano y los movió de un lado al otro. Era una bomba de tiempo, sentía que estallaría en cualquier instante. Su cuerpo no lo soportaría por mucho más.

—¡Apágalo! —gritó Rain, haciendo a todo cuanto se cruzaba en su camino a un lado.

Tomó la palanca y la bajó hasta donde una etiqueta señalaba “APAGADO”, pero palideció cuando el torrente de cerveza no se detuvo.

—No puede apagarse… ¡No puede apagarse! —gritó—. ¡Ayúdenme a

sacarla de aquí!

Media docena de chicos y chicas se le acercaron, intentando arrancarle los tubos a Payton y separar sus extremidades de la silla, pero revotaron cuando no pudieron abrirse paso a través del enorme estómago de Payton.

Las lágrimas le escurrían por las mejillas, y un rastro de sangre todavía fresca le empapaba la barbilla y el cuello, misma que se mezclaba con el líquido de tono amarillento que bajaba sin parar por los tubos.

—¡Rompan los tanques! —gritó Rain.

Varios jóvenes comenzaron a patear los tanques y alguien intentó lanzar una silla de madera contra el acero, y estos no cedieron.

Payton siguió creciendo, creciendo, creciendo increíblemente. Podía escucharse cómo su piel se expandía hasta no poder más. Su camiseta se desgarró, su cuello se hinchó y de pronto lo único que podía hacer era mover las manos e intentar girar la cabeza para librarse del Fertilizador.

Su predicción se hizo verdad antes de que nadie pudiese encontrar una solución.

Explotó como una granada de mano, empapando de sangre y cerveza a todos los que se encontraban cerca; sus tripas se escurrieron entre sus piernas, que temblaban en medio de espasmos, y su estómago se había agrandado tanto que el tejido del mismo alcanzó a manchar el techo y las paredes de los cuatro muros de la granja.

Su cuello estaba desgarrado por la mitad, su garganta también había explotado, y los tubos de goma aún se asomaban por entre la carne rosada, desbordando lo que quedaba de la cerveza almacenada en los tanques.

Todos se quedaron congelados en el mismo lugar, llenos de ácido estomacal y tejido graso.

Rain echó a gritar.

Nadie se lo pensó dos veces para salir disparado fuera de allí.

Unos minutos más tarde, todo lo que acompañaba a Payton eran las burbujas de cerveza que hasta hace poco habían estado en su estómago.

Capítulo 30

30. Sangre Negra

La sangre continuaba chorreándole por la nariz cuando despertó de su siesta, aunque nunca supo cuándo cayó dormida. Se sentía atontada, pero su estado de ánimo mejoró levemente al ver a través de la ventanilla a su lado, pues notó que había salido de la ciudad y estaba de vuelta en el apacible pueblito en el que vivía.

Había casitas blancas llenas de grafiti aquí y allá, siguiendo el camino que marcaban las calles retacadas de baches y numerosos agujeros que jamás serían arreglados. Había señales torcidas de ALTO, tiendas con dependientes de miradas vacías, personas andando por la calzada sin apartar la vista del suelo. No había edificio alto a la vista. Incluso el resplandor del sol en ese lugar se notaba triste, apagado, ansioso de morir y dejarle el turno a la luz de la luna.

No tenía nada en la mente. No era que le alegrase ver aquel escenario, sino que estaba tan acostumbrada a este, tan unida a él, que no se sorprendía al percatarse que había perdido el gusto a la vida con el pasar de los años.

El abandono era parte de sí, e incluso se había habituado al dolor.

Bajó la mirada y su rostro permaneció indiferente al ver el líquido negro escurriéndole desde la barbilla hasta volverse un charquito espeso en su regazo.

Otra vez la sangre negra.

Había aprendido que aquello era parte de sí, pero esta vez, esta tarde, parecía diferente. El sangrado había durado mucho más que cualquier otra vez.

La sangre no paraba de salir por más que levantase la vista al cielo o intentara meterse pañuelitos a las fosas nasales. Se llevó las manos a la cara e intentó limpiarse con las mismas. De inmediato machó sus dedos y palmas; gota tras gota, la sangre seguía deslizándose sin que ella pudiera hacer nada.

Notó que el camión anunciaba su próxima parada frenando lentamente, y Sara se dio cuenta de que aquel era su destino. Se dejó una mano sobre la nariz mientras se levantaba, y utilizó la mano libre para hurgar en sus bolsillos y sacar las monedas necesarias para pagar por el transporte.

Cuando se los tendió al chofer, se dio cuenta de que los había manchado con el líquido, pero él los recibió sin hacer ni una mueca. Eso aún la confundía: a pesar de lo frecuente que eran sus hemorragias nasales, nadie más que ella podía verlas, y no tenía dinero suficiente para consultar con ningún doctor. De todos modos, no debía ser nada muy grave si el sangrado tan solo le provocaba un vacío en el estómago y la hacía tener ganas de lanzarse desde el piso más alto de un rascacielos.

Y, aun así, eso era normal en ella.

El autobús siguió su camino y el sonido del motor se perdió a la distancia mientras Sara caminaba hasta su hogar. Se sostenía el puente de la nariz con dos dedos. Iba dejando gotitas en la calzada cada varios pasos, pero estaba demasiado cansada como para preocuparse.

Conforme se acercó a casa, notó el suelo manchado con moho, y un olor extraño impregnaba el aire, como algo metálico, tan fuerte que le permitió identificarlo a pesar de su nariz taponada.

Cuando el terreno bajo sus zapatos se tornó completamente oscuro, alzó la mirada y abrió la entrada a casa. A los lados de esta había musgo y vegetación de un verde apagado. Dentro, en el recibidor, el olor ya era abominable. Cerró la puerta detrás de sí y abrió las ventanas, pero el aroma de las calles tampoco era reconfortante.

Apenas dio unos pasos, vio unas cartas regadas en el suelo. Las levantó para llevarlas hasta la cocina y, mientras avanzaba, no podía evitar sentir que el vacío dentro de sí crecía al ver el estado de su propia casa.

El piso estaba resquebrajado, los azulejos se salían de lugar como si algo creciera debajo; las paredes estaban despintadas y agrietadas, manchadas por goteras constantes. El techo parecía amenazar con caerse en cualquier momento.

La cocina era diminuta y no había comedor, pero esta conectaba con el patio trasero, lleno de plantas que crecían bajo el sólo cuidado del cielo y las estrellas, como una selva en diminuto que Sara no se molestaba en recortar o arreglar. Nunca estaba de ánimos para arreglar nada.

Soltó un suspiro y tomó asiento en una silla al lado de una mesa pequeña para leer las cartas.

La primera venía del departamento de apoyo económico para personas en dificultades. Utilizaban demasiadas palabras complejas para decir que su pensión había sido negada.

La segunda era una invitación escrita a mano y con una ortografía terrible, que le pedía hacerse parte de la iglesia local, listando los numerosos

beneficios que traía consigo volverse una hermana fiel. A Sara le dio pena. Los únicos devotos eran un trío de hombres ancianos que se la pasaban siendo ignorados mientras intentaban cambiar el mundo entregando folletos y ofreciendo sonrisas desesperadas a todo el que les miraba.

La tercera venía desde muy lejos.

Sara sintió un nudo en la garganta apenas leyó el nombre del remitente. Era su padre.

Depositó la carta sobre la mesa y se levantó.

No necesitaba volver a ser víctima de sus acosos y reproches pues suficiente había tenido con sus gritos constantes, con sus palabras hirientes, con aquel tono siempre insatisfecho y decepcionado que usó durante toda su infancia y adolescencia, hasta que se fue de casa. Era como si la culpara de todo lo malo en sus vidas.

Sara sabía que era la misma cantaleta de siempre: decirle lo inútil que era, lo poco que valía, lo mucho que debía agradecer a él por no haberla dejado en la calle apenas salió del vientre de su madre muerta; pero, ahora, en vez de gritárselo a la cara, lo había enviado a través de tierra y mar, redactándolo con tinta que dejaría su marca en el mundo.

El llanto le quemó la garganta. Los ojos se le llenaron de lágrimas y sintió que su rostro se tornaba rojo.

El vacío dentro de sí la envolvió.

El goteo incrementó.

Abrió la boca para intentar tomar una bocanada de aire, pero cuando lo hizo, escupió sangre negra. Manchó la silla donde había estado sentada, manchó el suelo y también parte de la mesa.

De repente, durante el mismo instante en que se llevaba la mano a la boca, sintió que algo se le escurría por los oídos y se deslizaba hasta su cuello. Lo tocó con las yemas de los dedos y se las puso delante de la cara. Vio sangre negra.

Sara rompió a llorar.

Todo el cuerpo le dolía. Quería derrumbarse y desaparecer sin sentir nada, sin efectos especiales o música triste de fondo.

Solo quería irse.

Dejar de existir.

Conforme las lágrimas escurrían, se dio cuenta de que estas también eran negras.

¿Acaso no había otra cosa dentro de sí además de oscuridad?

Quizás y era cierto lo que decía papá. No debía valer nada.

Capítulo 31

31. El Infierno llega con un Ángel

Su voluntad era fuerte, pero no tardaría en destruirla.

De cualquier forma, todos los humanos eran iguales: frágiles, moldeables, capaces de quebrarse de una forma u otra. Sólo era necesario saber qué botones apretar.

Tomar una forma de ángel etéreo, algo que hacía milenios no intentaba, había sido increíblemente extraño, pero era suficiente para llevar a cabo el trabajo que se le postraba delante.

Era como si su cuerpo se hubiera transformado en humo o en un líquido que paseaba a voluntad dentro del cascarón de aquel humano; pasaba a través de sus órganos, flotaba alrededor de sus huesos, se aferraba a su alma como una sanguijuela que nunca se siente satisfecha.

Crecía y crecía, como palpitando, y dejaba numerosas huellas de su estadía en el cuerpo del humano; este tenía cicatrices en el pecho, marcas de moretones en la espalda, sus ojos habían comenzado a cambiarle de color y se estaba quedando ciego.

Al principio había sido todo demasiado lento.

En ángel se había intentado acercar al humano utilizando palabras dulces, intentando hacerlo entrar en razón con fundamentos inteligentes, con insistencias desesperadas, incluso le suplicó que se uniera a su causa. Pero luego se dio cuenta de que ser amable no servía con la raza humana, y lo invadió a la fuerza, como haría un demonio para alejar a un hombre devoto de la luz de Dios.

Salvo que lo que hacía el ángel era por una causa mayor: algo que beneficiaría al Todopoderoso y, de paso, purificaría a la humanidad desde su raíz más podrida.

El humano resistió al principio, pidiendo piedad e intentando razonar. El ángel estuvo a punto de burlarse de cómo antes había parecido tan desinteresado en la lógica y ahora intentaba utilizarla para convencerlo de cambiar. Era patético; otra característica común en los humanos.

Tras haberlo desgastado con maltrato y abuso, el ángel se dio cuenta de que ser cruel estaba justificado si era por una causa más grande que Dios mismo, a pesar de que éste aún no se diera cuenta.

A pesar de que condenaran al ángel por ello, de que le vieran como a un demente o que lo tacharan de engendro, él sabía que lo que hacía era correcto.

El humano debería estar agradecido de haber sido elegido como el instrumento con el que la vida de cada ser de la tierra se salvaría justamente.

Si lo viesen desde esa perspectiva, todos entenderían, estarían de acuerdo; pero el tiempo corría tan rápido que no había manera de hacer que todos entraran en razón, así que se limitaría a utilizar métodos barbáricos y salvajes. Correría sangre, morirían hombres, las viudas llorarían, las ciudades caerían en cenizas, incluso los primogénitos serían juzgados por la mano del ángel.

Nadie le había escogido para llevar a cabo esa tarea, pero nadie, ni siquiera Dios, elige a los que cambian el rumbo de la historia. Uno ha de tomar sus propias decisiones y tener el valor suficiente para volcarlas contra el mundo, incluso los ángeles.

Ahora, en la noche de todos los santos, el ángel sentía que el fin estaba cerca. La posesión llegaría a su fin.

Estaba tomando control completo del cuerpo del humano y éste comenzaba a sentirse más como un hogar para el ángel de lo que alguna vez había sido para el hombre; sentía el alma del mortal temblando, retrayéndose hacia alguna parte oculta, dejándose consumir por el poder agridulce del ser divino, cayendo a pedazos por el dolor y la impotencia que un agente de Dios le había brindado.

Mientras el alma del hombre más se empequeñecía, sus pensamientos con ella se esfumaban y traían consigo nada más que sensaciones: desesperación, confusión, temor, duda, miedo, perdición, condena; y el ángel, al depositar el alma del hombre en el centro de la propia para aprisionarla hasta el fin del tiempo, escuchó cómo este se preguntaba si siquiera existía un Dios de verdad. ¿Y si todos eran enviados del mismo ser? ¿Y si Dios y Satán eran lo mismo? ¿Y si los ángeles y los demonios eran sólo niños confundidos que intentaban hacer algo bueno en nombre de una criatura que ni ellos entendían?

Y el alma se calló.

El cuerpo del humano se quedó quieto por un instante, y luego hubo una explosión de luz a su alrededor. Abrió los ojos, ahora completamente blancos, y con ellos se examinó. Lo había logrado.

Antes de ponerse de pie, se arrancó la camiseta con uñas afiladas. Cuatro alas colmadas de plumas inmaculadamente blancas le brotaron de entre la

carne.

Unos hilillos de sangre le escurrían por entre la piel desgarrada, pero ni siquiera hizo ademán de limpiarse. Se dirigió a la puerta con sólo una misión en la mente. Tenía que erradicar todo el mal de la tierra, no importaba cuántos años tardara o a cuántos inocentes hiriera.

Desplegó sus alas. Una espada se materializó en cada una de sus manos y luego echó a volar.

Así comenzaba el juicio final.